

**Elecciones 1997: Nun • Torre • Halperin**  
**Viajes: Rimbaud • Saer • vanguardias**  
**Buenos Aires: construcción y presente**

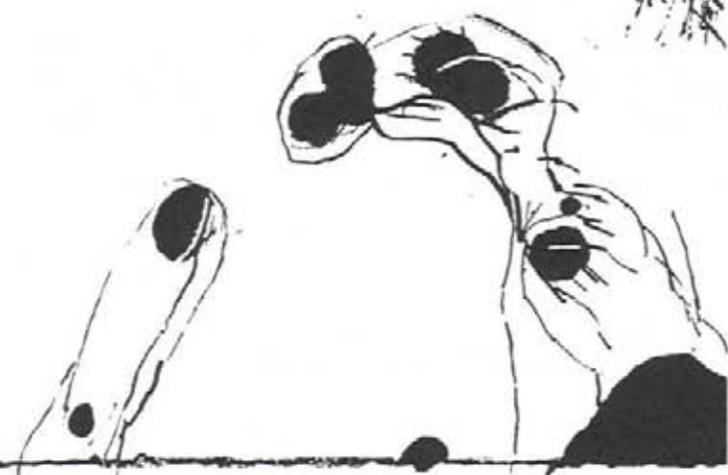
El cine según Kiarostami / Antisemitismo desde Freud

**PUNTO  
DE  
VISTA**

**59** Revista de  
cultura  
8 \$  
Dic. 1997



Las ilustraciones de este número son obras de Guillermo Núñez (Santiago de Chile, 1930).



59

Revista de cultura  
Año XX • Número 59  
Buenos Aires, diciembre de 1997

### Sumario

- 1 Tulio Halperin Donghi, José Nun, Juan Carlos Torre, *Elecciones 1997: el triunfo de la Alianza*
- 7 Adrián Gorelik, *Buenos Aires en la encrucijada: modernización y política urbana*
- 13 Jorge F. Liernur, *Buenos Aires fin de siglo: el desconcierto de la forma*
- 20 David Oubiña, *Algunas reflexiones sobre el plano en un film de un cineasta iraní*
- 26 María Teresa Gramuglio, "Murió en la rada de Marsella". *Imaginaciones colonialistas en Rimbaud*
- 30 Gonzalo Aguilar, *El cuerpo y la sombra. Los viajeros culturales en la década del 20*
- 35 Beatriz Sarlo, *Aventuras de un médico filósofo. Sobre "Las nubes" de Juan José Saer*
- 39 Hugo Vezzetti, *La nave de los locos de Juan José Saer*
- 42 Jorge Belinsky, *La distancia justa: una aproximación a la historia del antisemitismo desde la perspectiva freudiana*

**Consejo de dirección:**  
Carlos Altamirano  
José Aricó (1931-1991)  
Adrián Gorelik  
María Teresa Gramuglio  
Hilda Sabato  
Beatriz Sarlo  
Hugo Vezzetti

**Consejo asesor:**  
Raúl Beceyro  
Jorge Dotti  
Rafael Filippelli  
Federico Monjeau  
Oscar Terán

**Directora:**  
Beatriz Sarlo

**Diseño:**  
Estudio Vesc

Este número ha recibido apoyo de la Fundación Antorchas.

**Suscripciones**  
**Exterior:**  
50 USS (seis números)  
**Argentina:**  
24 \$ (tres números)

**Punto de Vista** recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires, Argentina.

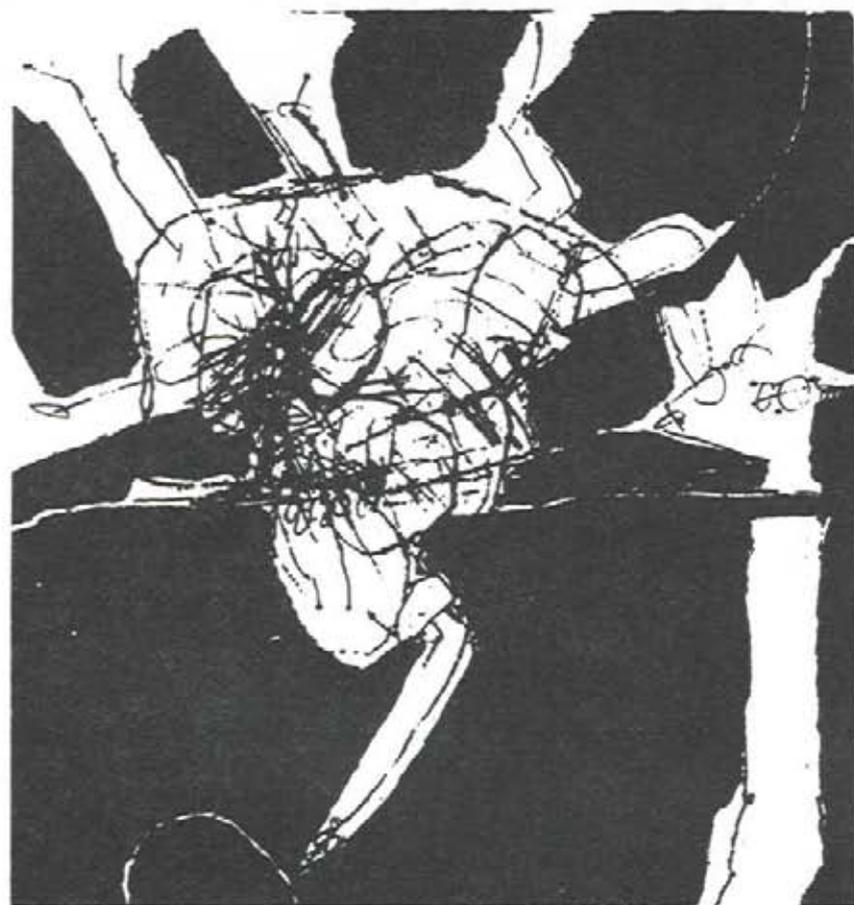
**Teléfono:** 381-7229

**Composición, armado e impresión:**  
Nuevo Offset, Viel 1444,  
Buenos Aires.

DE VISTA  
PUNTO

## Elecciones 1997: el triunfo de la Alianza

Tulio Halperin Donghi, José Nun, Juan Carlos Torre



El lunes 27 de octubre, apenas unas horas después de la victoria de la Alianza, *Punto de Vista* reunió en su redacción a Tulio Halperin Donghi, José Nun y Juan Carlos Torre para un debate sobre el contenido del voto y el campo de posibilidades inmediatas de acción política.

**José Nun:** En una elección se expresan muy distintos sectores sociales y muy distintas situaciones locales. Uno de los mayores errores del menemismo fue quedar fijado en la elección presidencial de 1995 que tuvo lugar cuando la crisis no se había generalizado tanto y el impacto inicial de la estabilidad todavía estaba muy presente. La preocupación por el desempleo y la inseguridad laboral, que las en-

cuestas atribuyen prácticamente al cincuenta por ciento de la población económicamente activa, se agudiza después de las elecciones presidenciales de 1995. Su magnitud los diferencia de la experiencia europea neoliberal, posterior a los años setenta, por dos motivos: en primer lugar, porque en Europa se optó por la lucha contra la inflación pero también por pagar el costo del desempleo; así, el desem-

pleo no afectó demasiado los resultados electorales, porque existieron mallas de protección social que dieron contención a los excluidos. Pero, sobre todo, porque los excluidos cristalizaron en ciertos grupos sociales marginalizados; frente a ellos estaba lo que Galbraith llamó la "mayoría contenta" que mantenía la rutina electoral sin que el desempleo la afectara mucho. En la Argentina, falta esa mayoría social; y, además, la inseguridad ocupacional toca directa o indirectamente a estratos muy amplios de la población. Esta es una de las razones que explica el corrimiento de sectores que tradicionalmente votaban al peronismo. Entre otras cosas, esto supone una responsabilidad muy grande para la Alianza, porque tiene que responder a la fuerte demanda de gente que seguramente sigue siendo peronista, pero que buscó en la Alianza una solución a su inseguridad y su pobreza.

**Tulio Halperin Donghi:** La victoria de la Alianza, entre otras cosas, muestra que la sociedad tiene cierta capacidad de reacción como tal, dejando de lado las motivaciones que llevan a cada uno de sus sectores a actuar de cierta manera. Lo que pasó en las elecciones es el resultado de ese tipo de acciones que alarmaban tanto a los psicólogos de las multitudes. Ha habido algo más que la coincidencia de gente que en su casa decidió votar contra Menem por tal o cual razón. Y ese algo más permitirá tener lo que, en términos del pasado, se llamaba una vida cívica.

En verdad, no estoy tan seguro de que el desempleo y la estabilidad laboral estuvieran en el centro del resultado de estas elecciones. O por lo menos, si esa fue una de las motivaciones del voto, la Alianza no la subrayó demasiado. Cada vez que la Alianza presentaba sus objetivos mencionaba *trabajo*, y no agregaba otra cosa; mencionaba *justicia* y explicaba perfectamente bien lo que quería decir; lo mismo ocurría cuando mencionaba *seguridad* o *educación*. De manera tal que, en su argumentación, *trabajo* parecía ser un pío deseo, mientras que el programa de la Alianza se apoyaba en los otros tres puntos. Creo que eso no podía escapársele a nadie y que, en medio de los problemas terribles que hay en el Gran Buenos, la cuestión del trabajo es muy seria pero las otras cuestiones son tanto o quizás más urgentes. Además, me parece que la Alianza es más creíble cuando dice que va a poner en caja a la policía que cuando dice que va a crear trabajo. La gente sabe que crear trabajo es algo muy difícil y que las promesas de hacerlo llevan a resultados que no son duraderos. A pesar de que creo que la Alianza tiene que tener una agenda social, esa agenda social no tiene en su centro la promesa de crear trabajo. Por razones bastante obvias: porque el crecimiento no crea trabajo. Hay un deseo de la gente, pero también existe una percepción de que exigirle a la Alianza que resuelva ese problema ocupacional es exigirle demasiado.

*Juan Carlos Torre:* Quisiera comenzar por otro lugar. Creo que el mensaje del comicio es que los votos se pierden y los votos se ganan. Esta es una novedad histórica para el peronismo en el gobierno. Quizás con esta novedad la Argentina se esté moviendo hacia lo que Halperin describió como "una vida cívica": que haya elecciones y los resultados no se puedan dar por descontados. En el caso particular de esta elección, los resultados fueron bastante novedosos y muchos se resistían a imaginarlos. Había encuestadores que tenían estos resultados, y temieron hacerlos públicos porque desconfiaron de sus propias encuestas. ¿Por qué la resistencia a creer en esas

encuestas? Por el mito de la invencibilidad del peronismo. La novedad es que la Argentina ha dado un paso más en el camino de convertirse en un país organizado alrededor de una vida cívica plural con alternancia. Han pasado muchas cosas en la Argentina desde 1983, pero ésta es una novedad que llama la atención. Es difícil sustraerse a una primera impresión de terremoto político, o de ola que se desparrama. En este punto, hay que introducir alguna precisión: esta elección, en algún sentido, se parece a la del año 1987, cuando se votó en contra del gobierno de Alfonsín, que alcanzó alrededor del 37 % pero perdió a lo largo y ancho del país. Menem, con un porcentaje parecido, ha logrado mantener algunos bastiones provinciales intactos. El epicentro del terremoto está en la provincia de Buenos Aires (ya que en la capital, los resultados se compaginan con las expectativas). No hay entonces una ola nacional como la de 1987. Es un quiebre importante pero con un centro donde los factores mencionados por Halperin y Nun pesaron más que en otros lugares donde no necesariamente se está mejor.

*José Nun:* No tengo dudas de que mucha gente votó dándole prioridad a otros factores, pero creo que influyó mucho que el gobierno no haya respondido a la promesa de crear fuentes de trabajo y de encarar la pobreza. Me parece que la Alianza se esforzó en marcar todo el tiempo el tema del empleo. Lo que nos remite a una cuestión más grave: Halperin juzga que es casi mejor que la Alianza no haya dicho demasiado sobre el tema, porque hay poco para decir. Yo me permito discrepar sobre todo en el caso argentino. El debate sobre el empleo tiene una falta de originalidad que seguramente debe asombrar más a un historiador que a un politólogo, porque se replantean las mismas cosas que en las décadas del veinte y treinta, cuando creció el desempleo masivo; ya entonces la discusión estaba centrada en si se trataba de las imperfecciones del mercado de trabajo, que había que corregir (tal como hoy piensan los grupos más neoliberales), o si debía responsabilizarse a las políticas ma-

croeconómicas. Esta discusión tenemos que darla a fondo en la Alianza y en el país. Hay economistas que hacen una descripción tan optimista de la macroeconomía que parece que estuviéramos en el mejor de los mundos. La política macroeconómica argentina requiere ajustes profundísimos. La Alianza no puede defender una política macroeconómica intocable que nos conduzca al *statu quo*. Una estrategia reformista, para tener éxito, no necesariamente debe ser moderada. Esa es una confusión repetida. Hay tácticas defensivas u ofensivas que se aplican tanto a una estrategia reformista como a una revolucionaria. Me parece que la Alianza haría bastante mal en creer que debe embarcarse en una táctica defensiva para llevar adelante una estrategia reformista.

*Tulio Halperin Donghi:* En los años veinte y treinta el estado tenía una libertad para definir políticas macroeconómicas que hoy no tiene. Si la Alianza comenzara a hablar de cambios macroeconómicos, la Argentina se quedaría en seco y el dinero se iría. Hay que acordarse de lo que era sacar dinero de la Argentina en la época de Perón. Si la Argentina trata de imponer trabas, va a tener una fuga preventiva. Con este ejemplo quiero decir que el estado argentino va a estar todo el tiempo dando examen, no frente a los votantes de la Alianza sino frente a tenedores de capital que se mueven por todo el mundo.

*Juan Carlos Torre:* Quisiera recordar que esta elección consagró a una fuerza de oposición con un programa francamente moderado, que no promete grandes transformaciones estructurales. La Alianza fue muy moderada en sus argumentos económicos y eso jugó, en todo caso, en su favor. El voto fue a un conjunto de dirigentes que no se colocó en una tradición presidida por la idea de cambiar la historia. La Alianza innovó subrayando su disposición a moverse dentro de ciertos marcos establecidos y modificar o corregir algunas de las consecuencias del plan económico. La Alianza está hablando de renegociar los costos del ajuste y la transformación, pero sus

dirigentes fueron, a veces hasta el exceso, muy moderados. De quienes los votaron, no creo que tampoco se pueda decir que están detrás de soluciones ni muy drásticas ni muy inmediatas. La Alianza está ubicando a los argentinos en una ruta de tiempo y no de viraje histórico. Frente a esto, por cierto, hay gente que cree saber más que los dirigentes de la Alianza y que sus votantes. Señalan que los votantes se equivocan si piden poco y que la Alianza se equivoca si promete poco. Pero, hoy por hoy, esta es una posición bastante acotada, aunque dentro de la Alianza haya sectores que quieran algo más portentoso que lo que se ha propuesto. Pero quienes están dirigiendo este proceso tienen una conciencia, para mí auspiciosa, de que se pueden hacer cosas, pero no cualquier cosa. Aquí y en el mundo, la capacidad que tienen los gobiernos para dar giros económicos es discutida y negociada. Los dirigentes de la Alianza son bastante realistas. Por cierto, no de un realismo que ratifique las condiciones actuales sino que permita ampliar los límites de lo posible, con cautela, sabiendo que los poderes públicos, como uno hubiera deseado, no son los únicos ejes de las grandes transformaciones. La Alianza ha dicho: hay problemas en el mercado de trabajo porque el país ha cambiado, en consecuencia la institucionalidad laboral debe ajustarse a este país otro; hay que rediscutir las garantías laborales en el marco de una agenda más amplia. La otra palabra que se ha pronunciado es crecimiento, pero un crecimiento de otro tipo, con medidas que no tienen la trascendencia de una redefinición, aunque puedan ser importantes.

*José Nun:* Me parece que estamos frente a un riesgo, que ya se vivió con el alfonsinismo, y sería lamentable una recaída. Es falso que la Alianza no haya hablado de los temas económicos que afectan al empleo. La Alianza habló, por boca de dirigentes principales como Chacho Álvarez y Terragno, de la implementación de políticas económicas y de empleo activas. Y esto abre un campo de debate. Halperin dice que entrar en este campo equivale a estar condenado al voluntarismo.

Torre objeta que yo paso por alto el hecho de que no estamos frente a un gran giro histórico, y me recuerda que hay gente que cree saber más que los dirigentes de la Alianza y sus votantes, que es una forma de decir que se puede hacer muy poco. Yo creo, en cambio, que el reformismo tiene un campo de acción importante, necesitado de discusiones que no podemos cerrar de antemano porque puedan parecer inútiles. Tanto no lo son, que en diferentes partes del mundo se están experimentando alternativas por parte de gobiernos que conocen, como todos nosotros, las restricciones que enfrentan: se están ensayando políticas de empleo para los jóvenes, o formas sustitutivas de las políticas sociales universales. Todo esto es un campo de debate y experimentación en el mundo y no hay razón para que la Argentina no lo explore. Como bien dijo Torre, no se trata sólo de crecimiento sino de qué tipo de crecimiento que lo que se está haciendo es lo único posible, recaemos en una historia que no fue buena para este país.

*Tulio Halperin Donghi:* Estoy totalmente de acuerdo en que se pueden desarrollar políticas activas para los jóvenes; también creo que los servicios sociales están sesgados en favor de quienes saben usarlos mejor, que no son siempre quienes más los necesitan. Cambiar eso es posible y hacerlo está en el discurso de la Alianza. Pero el primer planteo de Nun, cuando se refirió a la posguerra, sugería una serie de transformaciones macroeconómicas mucho más ambiciosas, que hoy son una alternativa peligrosa.

*José Nun:* Lo que yo intentaba decir es que el debate, como en los años treinta, enfrenta a quienes intentan restringirlo a una cuestión de mercado de trabajo y a quienes quieren discutir las políticas macroeconómicas, que no significa necesariamente cambios radicales, sino controles de la apertura, políticas antimonopolistas, medidas que podemos discutir teniendo el horizonte de 1999. Medidas que disminuyan la terrible vulnerabilidad de la

Argentina frente a los capitales internacionales y sus flujos.

*Tulio Halperin Donghi:* Sinceramente confieso que cuando se empieza a hablar de protección relativa y demás, me estremezco un poco.

*Juan Carlos Torre:* Quisiera plantear alguna otra perspectiva. La nacionalización de la campaña hizo que la sombra de Menem, un político que está en un nivel muy bajo de su popularidad, pesara sobre la imagen del gobernador Duhalde, proyectando sobre él efectos que son del orden de la política nacional. No obstante, hay problemas que están al alcance del gobernador y que tienen que haber gravitado en el voto. Me refiero al problema de la seguridad y de la policía de la provincia de Buenos Aires: una demanda que recorre buena parte del electorado, no sólo de los sectores medios y altos que temen ser asaltados en sus *countries*, sino de la gente común que ve a una policía de gatillo fácil a la vuelta de la esquina. El tema de la seguridad debe haber jugado un papel en estas elecciones y es significativo que Aldo Rico haya hecho la elección que hizo. Estamos hablando de una comuna donde la gente dividió su voto de manera interesante: votó por la Alianza a diputados y votó por Rico para que los protegiera. Esto muestra una punta del iceberg: la clase media de General Sarmiento creyó que podía combinar las dos cosas, votar por Graciela y por Rico. Y esa capacidad de combinar lo heterogéneo, por decirlo de la manera más superficial, nos revela los problemas y las distintas evaluaciones que pesaron a la hora del voto, y que no se dejan capturar todas en una motivación única. Lo mismo vale para la ciudad de Santa Fe, donde se combinó el voto a la Alianza con el voto al intendente peronista. La capacidad de manejar distintas motivaciones por parte de la gente se une a lo que dijimos al principio: el voto se da y el voto se retira. No es sólo la incertidumbre propia del juego democrático, sino que a ella se agrega una incertidumbre adicional que proviene de las tensiones que atraviesan el cuerpo social y que no se

dejan pensar en una sola dimensión. En la provincia de Buenos Aires, el clientelismo de Duhalde y la exuberancia de su obra pública no fueron suficientes para detener la condena general al gobierno de Menem y para relegar a un segundo plano el problema de la seguridad. ¿Qué hizo Duhalde frente al problema de la seguridad? Compró autos último modelo. Reforzó el equipamiento, cuando la gente lo que estaba esperando era una policía que lo tratara como a un ciudadano. El caso de Duhalde es un buen ejemplo de un estilo peronista de encarar la política: ante el problema de la salud, ponemos un hospital, el tema de los médicos no se toca; si hay problemas de educación, universalizamos la educación secundaria, lo de los maestros no se toca. Esto es un clásico y sus limitaciones revelan la necesidad de explorar nuevas maneras de resolver los problemas. La indigencia para resolver problemas no es sólo del PJ, sino que, en general, está bastante distribuida. En ese sentido la Alianza tiene mucho trabajo por delante. Hay en la provincia de Buenos Aires, que es el epicentro de este terremoto, problemas que no son sólo el del empleo; los problemas de seguridad se pueden resolver de distinto modo. A pesar de que a primera vista este terremoto pareciera sencillo en su análisis, creo que podemos mejorar nuestro entendimiento de lo que sucedió con un poco más de tiempo. La cuestión de la seguridad habla de las instituciones que ya no importan sólo a la clase media afluente sino que están instaladas en la vida cotidiana de todos porque estamos en una sociedad fracturada.

*Tulio Halperin Donghi:* También hay otro problema. La estructura Duhalde, aparte de ser clientelística, tiene que haber sido autoritaria en un nivel donde la gente tenía miedo a expresar la disidencia. Si no, son incomprensibles ciertos resultados de las encuestas previas a las elecciones, donde creo que la gente escondió su voto por la Alianza. Y creo que el milagro de Graciela no viene de lo que dijo sino de que simplemente se metió donde no debía y mostró que era posible estar allí, en el territorio de Duhalde, diciendo con

su presencia que se podía usar el voto secreto. La actitud de Chiche Duhalde también era muy autoritaria, como si fuera una almacenera hablándole a gente que no tenía al día la libreta. Se sentía muy cómoda en una estructura autoritaria tradicional, más que demagógica.

*Juan Carlos Torre:* Yo creo que una gran novedad de esta elección es una demanda por otra forma de gobierno. Los peronistas siempre han sido fuertes en dar gobierno y los argentinos les compraron esta idea frente a otros de los que se dudaba que pudieran gobernar. Pero estas elecciones marcan que los votos piden otra cualidad de gobierno. Y para esa demanda, los ciudadanos descubrieron que los peronistas no son los mejores. El descontento (que en 1995 todavía estaba en el voto a favor de Menem, porque, a falta de otra cosa, se prefirió sobrellevar el malestar de votar por algo que no se

quería en el fondo) encontró a la Alianza, que se ha vuelto portadora de una demanda de regeneración política. La Alianza dice: por otra forma de gobierno. ¿Qué es otra forma de gobierno? Un gobierno que respete las instituciones de la república y que se haga cargo de los costos sociales de las transformaciones.

*Tulio Halperin Donghi:* Y quizás algunos sectores que, en el fondo, no sienten ninguna devoción por el marco institucional de la república, de todas maneras estén irritados por la total indiferencia frente a ese marco institucional, porque el gobierno no sólo no se preocupa por los costos sociales sino que se comporta de modo cada vez más peroniano. Yo creo que es demasiado decir que hay una exigencia de austeridad republicana en nuestras masas, pero hay una sensación de que no se puede ser tan indiferente. Eso explica que ciertos temas



que primero sólo interesaban a las capas medias, ahora interesan y ofenden a sectores mucho más amplios. Este voto expresa también que la mayoría de los argentinos se sienten ofendidos por Menem.

*José Nun:* Se ha expresado algo que podríamos llamar una especie de sistema de equivalencias: el tema de la seguridad se conecta muy rápidamente con el tema de la justicia y del deterioro del poder judicial. Esto tiene su equivalente en el plano de las inseguridades económicas y en el de la corrupción y la evasión fiscal. Una nota que me parece potencialmente optimista, al margen de que haya sectores del PJ que puedan irse incorporando a la Alianza, es el haber planteado que no habrá ni marcha atrás ni indulto de los corruptos. Esto automáticamente opera aumentando el costo de la corrupción y el riesgo de cometer actos corruptos desde ahora mismo. Además hay algo que no se ha tocado suficientemente cuando se habla de reforma institucional y transparencia, pero a lo que me parece indispensable referirse: desarrollar una conciencia fiscal para que haya funcionamiento regular de las instituciones. Pero, volviendo a la corrupción: tampoco en este punto sería bueno una estrategia de la Alianza demasiado moderada.

*Tulio Halperin Donghi:* Alvarez, en la noche del 26 de octubre, le pasó al gobierno un ultimátum centrado en temas cruciales como el Consejo de la Magistratura. Ahí está marcando una línea. Aunque no creo que tenga sentido armar, como dijo hace unos meses, una CONADEP de la corrupción. En primer lugar, porque la gente que se dedica a la corrupción suele tener un cierto oficio. Y, como se trata de llevarlos a la justicia, es necesario tomar en serio ese oficio y esa destreza. Habría que evitar la situación horrible de darle un certificado de alta moralidad a Corach. Otra posibilidad es detectar algunos temas específicos, algunos *affaires*, elegidos con criterios morales pero también con criterios políticos. La Alianza tiene que descubrir tres o cuatro lindos asuntos que sean eficaces políticamente y ejemplariza-

dores para que otros no tengan ganas de ser los próximos acusados. Además la corrupción, como la economía, tiene dos caras, una nacional y otra internacional. Es un campo difícil y sin embargo, hay que hacer algo porque se espera que pase algo.

*Juan Carlos Torre:* Efectivamente, hay que hacer algo, pero con la prudencia política adecuada para que los resultados que se alcancen sean visibles y efectivos y no compliquen la gestión de la Alianza. En todo caso, no estamos hablando de cosas que se pueden hacer ahora, porque todavía la Alianza no tiene todos los poderes como para lanzar una gran operación. En realidad, la idea de la CONADEP de la corrupción es para 1999. De todas maneras, la fórmula "CONADEP de la corrupción", como estrategia general, es susceptible de muchas observaciones de razonabilidad política. Por eso no me extraña que haya pasado a un segundo plano o haya sido abandonada por parte de unos dirigentes que, entre sus méritos, cuentan el haber cambiado el panorama político del país en sólo tres meses, de modo que merecen algún crédito sobre su inteligencia. Entiendo, sin embargo, que en este campo, el de la corrupción, hay una expectativa que debe ser satisfecha y para eso quizás se puedan pensar en comisiones, con objetivos limitados, que trabajen procurando ser eficaces en todos los planos. No creo que el próximo gobierno pueda comenzar su gestión sin hacer una operación simbólica de regeneración de las instituciones. Las instituciones están bastante deterioradas frente a la opinión pública y hay algunas operaciones de eficacia política y simbólica que tienen que servir para fundar una relación de mayor solidaridad de la gente con las instituciones y, a su vez, con la clase política. Porque todo lo que hemos hablado se da sobre un telón de fondo: el de la devaluación de lo político y la falta de confianza en los partidos. La gente se está moviendo por sus necesidades y sus esperanzas, pero quienes son portadores de esas necesidades y esperanzas todavía deben ratificar sus títulos. Se necesita una intervención de gran inteligencia

política capaz de controlar sus propios efectos. La Argentina en 1983 venía con el clamor de refundar el estado y poner un corte respecto del terrorismo de estado. Se puso en marcha un proceso que escapó muy rápidamente a quienes lo habían iniciado. Creo que un corolario de aquella experiencia es, al cabo de tantos años, invitar a la prudencia a la hora de actuar en el campo de la corrupción. Habría que aprender de aquella experiencia anterior para hacer cosas que sean eficaces y que sirvan. Los dirigentes de la Alianza deben construir un complejo equilibrio entre sus votantes, sus militantes y los que tienen responsabilidades de gobierno. De aquí en más, van a revelarse contrastes, explicables por cierto ya que la manera según la que se razona es distinta entre los militantes y los dirigentes.

*Tulio Halperin Donghi:* Al mismo tiempo, creo que el problema de la corrupción no puede esperar hasta 1999. Una posibilidad podría pasar por reflatar una vieja institución que es la interpelación. Las interpelaciones siempre han servido como plataforma para este tipo de denuncias y quizás sea afortunado que ése sea, por ahora, el único vehículo que tiene la Alianza, porque es el que más le conviene. Podría elegir un buen caso y cumplir con las expectativas. Porque, además, la Alianza no puede pasarse dos años diciendo que después de 1999 va a empezar la limpieza. Creo que no hay aguante para tanto.

*José Nun:* Eso va de la mano del tema de la justicia, del Consejo de la Magistratura, el ministerio público y la ley de ética pública, que la Alianza se ha comprometido a impulsar en el congreso a muy corto plazo. La Alianza tiene que solucionar el problema de un Senado menemista y adverso a estas leyes. Pero hoy podríamos decir que el problema comienza a tenerlo el menemismo, porque va a tener que pagar el costo de impedir que se aprueben estos proyectos. En cuanto a la frase "CONADEP de la corrupción", nunca la tomé literalmente, porque además no admite una interpretación literal. Sin embargo creo que, como

fórmula, sintonizaba bastante con el disgusto generalizado por la impunidad de los indultos, por una parte, y de la corrupción, por la otra. Después eso podrá concretarse en casos puntuales, como ocurrió con *mani pulite* en Italia, pero lo que no puede hacerse es cerrar el tema diciendo sólo que se garantizará el futuro sin penalizar el pasado. La idea de hacer borrón y cuenta nueva me parece muy costosa políticamente y muy injusta en un momento en que lo que se trata de afirmar es el republicanismo. Entonces, aunque se abandone la expresión "CONADEP de la corrupción", creo que la idea debería mantenerse.

6

*Tulio Halperin Donghi:* No sería imposible que se diera una operación *mani pulite*. Buena parte de los jueces que protagonizaron *mani pulite*, hasta que tomaron ese camino, habían seguido bastante de cerca las orientaciones del gobierno democristiano-socialista. Si los jueces argentinos creen que se está preparando una depuración de la justicia, no sería extraño que algunos se decidieran a participar en ella, en cuyo caso podrían poner a la Alianza en una situación delicada. El otro problema que veo es que, si el peronismo obstruye desde el Senado leyes como la del Consejo de la Magistratura y otras conectadas con el tema de la justicia, colocaría a la Alianza en una situación difícil porque la obligaría a hacer alguna clase de obstrucción y, si lo hiciera afectando la política económica, su posición se volvería extremadamente vulnerable. Ese es uno de los problemas que la Alianza tendrá que enfrentar de inmediato. Porque, a esta altura, el gobierno de Menem tiene muy poca reputación que salvar: Menem no puede ser candidato para 1999; probablemente vaya perdiendo control de cómo se elige ese candidato; y lo que le va a importar centralmente es mantener el control sobre la justicia. Es curioso el peronismo: el general Perón quería controlar la justicia porque tenía una idea perversamente autoritaria del funcionamiento de las instituciones, y Menem quiere el control sobre la justicia porque lo necesita tanto que no puede renunciar a él.

*Juan Carlos Torre:* La cuestión del control menemista sobre el Senado nos introduce en el tema de cómo va a ser la convivencia institucional en los dos años que van entre 1997 y 1999. La Alianza tiene peso en la Cámara de Diputados pero no lo tiene en los otros poderes. ¿Cómo se hace para actuar teniendo poder pero no todo el poder necesario? Se trata de ver cómo la Alianza resuelve algunos dilemas: hay un gobierno presidido por Menem que ya no puede perder otra cosa más que su propio cargo y, por eso, mantiene a todo el mundo en vilo esperando la forma en que va a reaccionar frente a este nuevo cuadro y de qué manera va a buscar afectar la suerte de la Alianza. El terreno no se presenta simple.

*José Nun:* Así como están las cosas, creo que Menem va a dar una batalla muy dura en la designación de su sucesor, un sucesor que le permita vivir tranquilo y volver en el 2003. Creo que no se excluirá ni se pondrá al margen de esa lucha. Y esto va a plantear problemas muy graves en el interior del justicialismo, porque Duhalde no va a renunciar a su postulación. Se avecina una lucha muy encarnizada, que complicará la tarea de la Alianza, aunque quizás sea un poco más aliviada de lo que ahora nos parece.

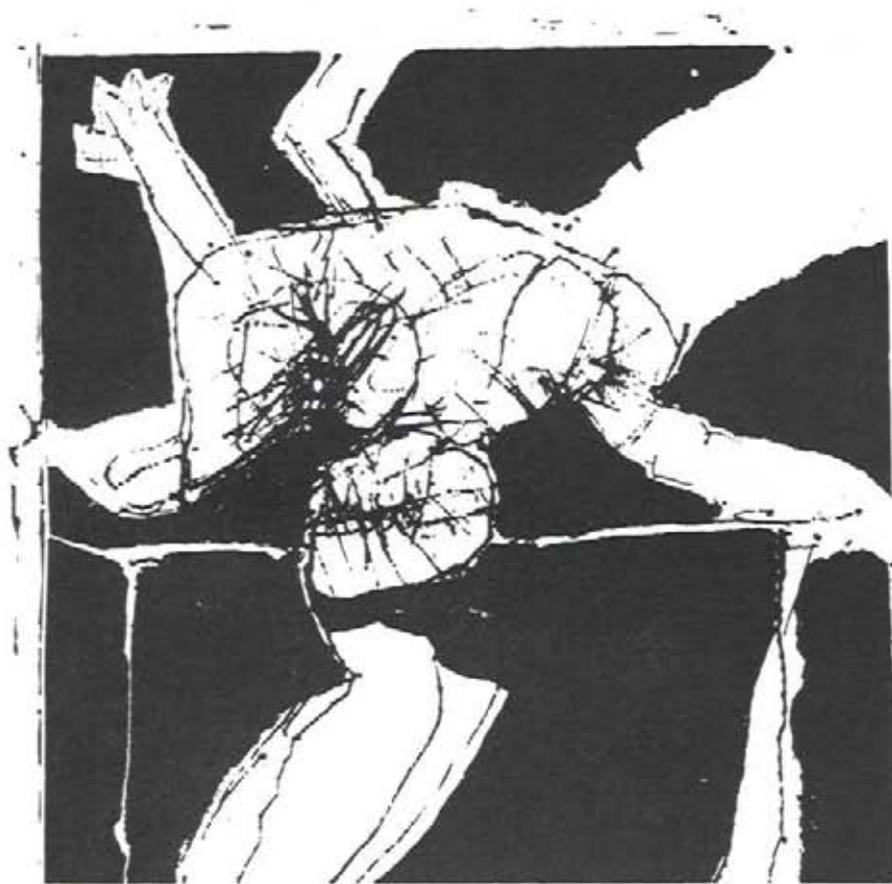
*Juan Carlos Torre:* A propósito de eso. Sabemos que una oposición debe manejarse en dos planos: como oposición política que tiene responsabilidad institucional. Sobre la base de mantener las instituciones, la Alianza tiene que evitar ser salpicada por lo que se presume que va a ser una crisis dentro del peronismo. Así como en 1983 el peronismo tuvo que sacarse de encima a los Herminio Iglesias y refundarse, hoy creo que el peronismo vuelve a tener el problema de cómo regenerarse para volver a ser competitivo en la nueva situación. Creo que deberá sacarse de encima aquello que es su lastre. Claro que las condiciones son muy distintas a las de 1983: entonces, Herminio Iglesias era un caudillo de Avellaneda y Menem, en cambio, está en la Casa Rosada. Por eso no descarto un movimiento de recu-

peración del peronismo para adecuarlo al camino que conduce a 1999. El peronismo no va a querer enfrentar el desafío de esa elección presidencial cargando con la hipoteca de Menem cuya gestión ha comprometido los votos de su propio electorado. Sobre la base del stock electoral que ha logrado mantener, el peronismo tiene una posibilidad de sobrevivida, pero esa sobrevivida está muy asociada a una operación de cirugía como la que, después de las elecciones de 1983, dio lugar a la renovación. El peronismo querrá colocarse en el plano en el que la Alianza está operando, que implica otra manera de gobernar haciéndose cargo de los costos sociales de la transformación y con una gestión más republicana de las instituciones. De manera que, de 1997 a 1999, de un lado tenemos la relación entre la oposición y el gobierno, y del otro lado esta otra incógnita interna al peronismo y su correlato respecto de la posición que deberá adoptar la Alianza. La Alianza tiene adentro distintas sensibilidades respecto de lo que debe hacerse: desde posiciones muy moderadas hasta posiciones más reformistas radicales; pero también sabe que tiene que desempeñar el doble rol de oposición política y sostenimiento institucional. No en vano, dentro de la Alianza, hay figuras que, en nombre del sostenimiento institucional, firmaron el pacto de Olivos.

*Tulio Halperin Donghi:* No tratamos la cuestión de las bases regionales del peronismo. El peronismo sobrevivió mejor a esta elección en las provincias donde los gobiernos locales no pueden soportar ningún tipo de progreso institucional. Gente como Juárez o como Romero en Salta no podría sobrevivir en un marco republicano fortalecido. Por eso, en este momento, el peronismo enfrenta una especie de dilema: si se regenera donde perdió, arriesga lo único que tiene. Porque mientras Herminio Iglesias era bastante marginal, esos caudillos provinciales son los grandes barones del peronismo, y definen un partido de clientela y corrupción. Finalmente, la Alianza también tendrá que tocar en estas regiones difíciles.

## Buenos Aires en la encrucijada: modernización y política urbana

Adrián Gorelik



1. Buenos Aires está cambiando bajo nuestros ojos. Al menos si se ponen en relación con las varias décadas de estancamiento urbano, las transformaciones de los últimos años y las que están en marcha le están imprimiendo a la ciudad una tendencia dinámica, un impulso vertiginoso que la relocaliza en el imaginario de las ciudades modernas. Nuevamente los turistas de la región vienen a asombrarse con imágenes flamantes; nuevamente los periódicos muestran proyectos ambiciosos; nuevamente los transeúntes se entusiasman ante el espectáculo de la transformación urbana fulminante, como se entusiasmaron otros transeúntes

en los años ochenta del siglo pasado, hacia el centenario, en los años treinta o en los sesenta, en cada uno de esos momentos en que Buenos Aires se sacudió a sí misma de modo ostentoso, cuando la frase más habitual fue "...pensar que hace sólo unas semanas aquí había...", y el paisaje urbano se volvió un ensamble de ruinas fáusticas desde las que la ciudad pareció reinventarse. Pese a la fuerza poderosa de ese mito fundacional de la cultura porteña que es "el barrio", Buenos Aires nunca aceptó plenamente las versiones nostálgicas para encarnar su identidad: el único mito paradójicamente duradero en esta ciudad es el

de lo nuevo. El único orgullo posible para una ciudad moderna está en el futuro, y es en este sentido que las transformaciones en curso se asientan en una tradición legítima y demuestran satisfacer una legítima demanda. Aceptar esto es un paso previo para cualquier consideración del cambio, porque sin el cambio una ciudad moderna pierde sentido.

Buenos Aires, en los noventa, no sólo ha entrado nuevamente en uno de esos fabulosos y complicados momentos de modernización, sino que, por añadidura, puede decirse que ha iniciado un verdadero giro epocal, ya que se modifican tendencias de larga duración. Quisiera proponer algunas hipótesis para entender la transformación en curso y, sin sucumbir a la nostalgia de lo que nunca existió, intentar romper el hipnotismo que genera el remolino del progreso. Como en todo momento de modernización, es muy difícil fijar su carácter de modo unívoco, entender las diferentes dimensiones del cambio, establecer un balance, separar lo importante de lo anecdótico o, mejor aún, aprender a leer lo primero en lo segundo; en especial ahora, cuando las nuevas tendencias apenas parecen esbozadas. Tentar aproximaciones, en todo caso, supone reconocer la necesidad de representarnos el cambio para sustraerlo del orden de lo dado; pensarlo políticamente. La transformación actual de Buenos Aires, este giro epocal, se produce por la acumulación de tres tipos diferentes de cambios —todos

ellos de una inusual radicalidad—, que operan en dimensiones específicas, activan lógicas propias y procesos de relativa autonomía, y que, por lo tanto, podrían dar lugar a diferentes dinámicas en su relación mutua; analizarlos es un modo de romper la naturalidad de lo que ya han establecido, mostrando el margen de elección que todavía le queda a la política.

8

2. La dimensión más visible de la transformación es la que cristaliza en imágenes urbanas novedosas, en postales de la modernización: los grandes emprendimientos realizados o en proyecto, como Puerto Madero, el Proyecto Retiro, el Abasto, Warnes, el Tren de la Costa, la metamorfosis del Tigre y de Hudson vinculada con la red de autopistas y la radical transformación de los accesos a la ciudad, la Aerofsla, etc. Macroemprendimientos que son los emergentes de uno de los principales cambios para computar en este giro epocal: la participación de importantes capitales privados en iniciativas que afectan sectores urbanos de escala territorial.

Podría decirse que durante todo el ciclo de la Buenos Aires moderna la inversión privada no produjo intervenciones concentradas de esa magnitud y de tal capacidad de configurar ciudad. Los diferentes modos de la intervención privada estuvieron siempre fuertemente determinados —y esto es una característica que diferenció a Buenos Aires de otros procesos clásicos de modernización— por la iniciativa o la guía pública: los grandes loteos actuaron sobre la traza pública amanzanada previamente delineada por el estado y se tradujeron en microemprendimientos privados del tamaño del lote o, a lo más, de una manzana. El propio tamaño de la manzana de Buenos Aires no favoreció grandes implantaciones; incluso cuando en las sucesivas coronas metropolitanas, ya avanzado el siglo XX, las normas de uso del suelo fueron mucho más permisivas que en la Capital, la modalidad pareció repetirse: sin control del plano público, sin infraestructura de servicios garantizada por el estado, los loteos o las ocupaciones de tierra buscaron de todos modos reproducir el

modelo probado de la cuadrícula universal y pública, dando lugar a lo que podría denominarse una 'modernización hormiga', que combinó la guía del espacio público con la autoconstrucción privada de pequeña escala.

También los servicios urbanos de los que se producían grandes inversiones privadas alimentaron, a su manera, esta lógica: con la excepción de los primeros ferrocarriles, que trazaron los tres ejes de la expansión de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX, los grandes monopolios del transporte no hicieron más que reforzar la guía de la grilla pública, y el único modo de transporte que se mantuvo privado durante todo este siglo, el autotransporte colectivo, por su flexibilidad técnica, su organización empresarial y su distribución territorial fue el mejor puntal —y, a la vez, seguramente el mejor ejemplo— de la "modernización hormiga". Sólo el estado emprendió grandes intervenciones territoriales, en general sobre los sectores menos valorizados de la metrópolis, como Ezeiza o los ambiciosos conjuntos habitacionales en el suroeste, que al mismo tiempo que aprovechaban el bajo costo de mercado, buscaban funcionar como complementos del desarrollo desigual de la ciudad, instalando allí la dinámica pública.

Ese ciclo parece haber terminado y por primera vez asistimos a una verdadera "urbanización" del capital privado, es decir, a la conversión en negocio de fragmentos completos de ciudad o grandes extensiones territoriales no como asiento neutro de inversiones, sino en tanto ciudad y en tanto territorio; una aplicación económica que presupone en su propia lógica de rentabilidad la configuración, el funcionamiento y la naturaleza propiamente urbana: de sus emprendimientos. Se trata, también, de un nuevo tipo de inversiones, vinculadas decisivamente a los procesos de globalización: a diferencia de lo que se pensó en las consideraciones iniciales sobre los efectos de la globalización, lejos de prescindir de asentamientos, han convertido las principales metrópolis en "ciudades mundiales", en centro material de operaciones, haciendo-

les protagonizar buena parte de la cara visible de esta transformación planetaria. La globalización, en efecto, parece funcionar en simetría con procesos de *localización* en las grandes metrópolis: es lo que está sucediendo en Barcelona, París o Berlín. Es lo que ha producido ese peculiar juego de espejos distorsionados, por el cual con la imagen de Manhattan se edifican ciudadelas de torres cada vez más altas en las ciudades de los Tigres asiáticos y, a su vez, esas imágenes fulgurantes revierten sobre los procesos de conversión de las viejas áreas desindustrializadas de las ciudades occidentales (la Enterprise Zone de los Docklands londinenses o la futura urbanización de Puerto Madero), como ambiciosas maquetas que buscan replicar el dinamismo financiero de Hong Kong. Es lo que ha llevado a la creación *ex novo* de la ciudad de negocios Euroville, corporizando en fantásticas formas urbanas lo que desde una concepción unilineal del proceso de globalización económica podría haberse creído que sería apenas un cruce virtual de rutas de tráfico de información.

3. La segunda novedad que integra este giro de época en Buenos Aires no es menos radical ni menos explosiva: se trata de la crítica situación de la sociedad civil, y uso este término para expresar del modo más abarcante una crisis que no tiene que ver sólo con la situación económica o social sino que afecta de modo decisivo el espacio público. Es sabido que el creciente empobrecimiento de amplias capas de la sociedad urbana ha encontrado su combinación fatal en una retirada del estado —la palabra retirada es en verdad escasamente apropiada para describir un fenómeno que tiene más que ver con la descomposición que con la desaparición—, que se manifiesta en la decadencia de las infraestructuras de la ciudad, en la caída de instituciones clave de la cohesión social como la escuela, en la baja calidad del medio ambiente, en la aparición protagónica del tema de la seguridad en el repertorio de los problemas acuciantes. Si pensamos el espacio público no como el espacio abierto, verde o

de propiedad estatal, sino como el tablero político-urbano que hace posible la aparición de lo diferente, el lugar plural cuya riqueza favorece tanto el conflicto como una potencial integración social, política y cultural, creo que se hace fácilmente entendible el significado de esta crisis. Porque la principal novedad de estos años quizás no sea tanto la mera caída económica de extensos sectores de las capas medias y bajas, como el hecho de que la sociedad la haya tomado como un dato ineliminable y que haya configurado su nuevo paisaje cotidiano haciendo de ese dato una realidad permanente: el paisaje de la fractura social y urbana.

La aceptación de este nuevo paisaje es sin duda una transformación gigantesca en una sociedad que, al menos hasta hace dos décadas, se auto-representaba en un horizonte de expansión de las fronteras sociales y urbanas, a partir de un imaginario de la inclusión. Las vinculaciones urbanas de este imaginario con la "modernización hormiga" que mencionamos más arriba son múltiples, y configuraron la metrópolis como esa mancha urbana de aspiraciones homogeneizantes que caracterizó el "cielo clásico" de la modernidad de Buenos Aires y que tanto tiene que ver con su peculiar clase media y con el modo en que ésta dominó en las representaciones urbanas a partir de la experiencia del ascenso. No se trata de afirmar que esas representaciones hayan tenido un correlato preciso con los aspectos más crudos de la vida material urbana: la existencia en el Gran Buenos Aires de extensas áreas densamente pobladas carentes por completo de infraestructura mínima (agua potable y cloacas, por ejemplo) muestra sus límites y la estratificación piramidal de sus logros. Pero el horizonte del crecimiento, a partir de la combinación complicada de lógicas culturales, sociales y urbanas pero también económicas (y aquí debe computarse una experiencia realmente única de Buenos Aires: el éxito y el alcance del modelo de la casa propia),<sup>1</sup> mantuvo viva la expectativa del ascenso en la propia representación inclusiva de la ciudad.

La desaparición lisa y llana de tal

horizonte, la aceptación de que ésta es una sociedad injusta, tienen enormes efectos, por lo tanto, sobre la misma estructura urbana, porque materializan la fragmentación consolidando las fisuras de lo que antes se veía como un continuo público, estableciendo bolsones diferenciales de bienestar y seguridad recortados contra el conjunto, generando áreas protegidas que exacerban el contraste frente a la desprotección del resto. En el espacio público de la ciudad expansiva había seguramente enormes límites materiales y sociales para hacer efectivo el horizonte de la integración, pero, viceversa, sin ese horizonte no hay espacio público, porque queda cortada de raíz su propia condición de posibilidad.

4. Antes de pasar a la tercera dimensión del cambio, conviene detenerse en el modo en que estas dos dimensiones, la "urbanización" del capital y la crisis del espacio público, conjugan un peculiar sistema modernizador. Así como es importante notar la relativa autonomía de sus lógicas, debe reconocerse que, puestas en comunicación, han tendido a funcionar solidariamente, alimentándose mutuamente en un proceso circular. Hay una tendencia a la concentración urbana en la propia naturaleza económica del proceso de "urbanización" de los capitales privados —la producción de una urbanización de enclaves, los *malls* y los *centers*, tienen que ver con el tipo y el volumen de las inversiones puestas en juego—, que en este marco de fractura social se refuerza, reforzando a su vez la crisis del espacio público. El carácter *privado* de estos emprendimientos se potencia simbólicamente, debilitando aún más los lazos públicos, cubriendo una demanda de seguridad y orden que hoy parece poder encontrarse sólo en ciudades ensimismadas.

No es secundario, en este sentido, notar que la privatización a gran escala —posibilitada y posibilitante de un cambio radical en los circuitos de circulación de capitales— tuvo expresión territorial y urbana recién después de que la sociedad había dado lugar a intensivos procesos de *microprivatiza-*

*ción*: desde la instalación de garitas de vigilancia en las esquinas de los barrios residenciales altos y medios, hasta la conversión de los viejos *courtyards* en residencia permanente, pasando por la ostensible retirada de la clase media de la escuela pública o el creciente reemplazo del transporte público por el privado individual; retirada basada, por supuesto, en la caída también ostensible de la calidad de esos servicios, pero a la que se le opuso escasa o nula resistencia —y hablamos de servicios conformadores de la clase media argentina, cuya publicidad en términos sociales implica más que una opción entre otras de gestión. ¿Acaso esta secuencia en los cambios no puede ser un modo de entender que durante la dictadura militar la instalación de autopistas haya sido uno de los pocos motivos de resistencia social y profesional en temáticas urbanas, mientras que la fabulosa reorganización privada de los accesos a la ciudad gozó en estos años de un tácito consenso, como si no fuera el resultado de claras opciones en las políticas del transporte y el desarrollo territorial, sino simplemente la satisfacción de una necesidad inscrita en la lógica de "la modernización"? En otros términos, ¿está desligado de este estado de la sociedad el que la privatización de las infraestructuras para el transporte privado haya movilizó recursos extraordinarios, transformando en muy poco tiempo la fisonomía de la metrópoli, mientras la privatización de la infraestructura para el transporte público apenas consiguió mejorar la frecuencia de los subtes en la limitadísima red existente desde hace seis décadas, y garantizar puntualidad en los ramales ferroviarios que quedaron en funcionamiento? Podría decirse, desde este punto de vista, que no es que las políticas estatales urbanas y de servicios del menemismo no hayan encontrado demasiada resistencia, sino que, en realidad, tuvieron la capa-

1. De acuerdo con Horacio Torres, hacia los años setenta el área metropolitana contaba con un 70 por ciento de propietarios; cfr. "Primera reunión del Foro Permanente de Transportes", *Apuntes / Serie transportes* N° 1, Centro para la Gestión Urbana, Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1997.

ciudad de sintonizar —poniendo de manifiesto y dándoles forma en el mismo proceso— fuertes tendencias ya presentes en la sociedad.

Ojea los sábados la sección "Countries y barrios privados" de *La Nación*, por ejemplo, permite estimar la magnitud de algunos de estos cambios: la combinación de las urbanizaciones privadas y la autopista configurando un —para Buenos Aires— novedoso sistema urbano, encuentra allí su expresión cultural. Cultural y no meramente especulativa, porque hay que recordar que se trata de la sección normal de un diario *serio*, con notas firmadas, no de un suplemento

ción, aun como una de sus expresiones más espúreas, expresa una extendida sensibilidad social que parece haber encontrado sus nuevos modelos urbano-territoriales.

En este sentido, podría afirmarse que nunca fue tan fácil como ahora apreciar el efecto de los imaginarios sociales en la transformación de la ciudad: esta suma de pequeñas decisiones produce modificaciones gigantes, seguramente inadvertidas y quizás hasta indeseadas por sus propios protagonistas. Porque lo que está ocurriendo en esta ocasión, lo que configura el giro epocal, es que esta articulación de micro-respuestas con macro-em-

claves, por lo tanto, no puede tomarse como una mera decisión de vida en la naturaleza suburbana —la mezquindad de los barrios cerrados que comienzan a proliferar para la clase media es otra buena desmentida—; ni la inversión en ellos, como la diversificación del mercado inmobiliario hacia la descentralización; son dispositivos que para prosperar, como negocio o "alternativa de vida", suponen la decadencia de las redes públicas de la ciudad. Son *máquinas de dualizar*, en una ciudad que se había resistido tradicionalmente —que se resiste todavía— a la simplificación dualista con que era muy fácil caracterizar a la mayoría de las ciudades latinoamericanas.

5. La ciudad "globalizada", modernizada a través de este ensamble de enclaves y autopistas, está lejos de conformar, en Buenos Aires, un sistema urbano ya plenamente desarrollado. Pero es fundamental entender que las transformaciones en curso —y se trata, por añadidura, de uno de los sectores más dinámicos de la economía actual— llevan en su seno esa tendencia sistémica, aunque apenas comienza a esbozarse en una ciudad todavía muy peculiar.

A diferencia de lo que este sistema implica en culturas urbanas tradicionalmente descentralizadas como la norteamericana o la alemana (con todas las diferencias entre ellas, por cierto, especialmente la importancia del transporte público en la distribución territorial de Alemania frente al supuesto de la "plena motorización" privada de los Estados Unidos); a diferencia también de las ciudades latinoamericanas que se modernizaron muy tempranamente con el patrón norteamericano pero en el marco de enormes contrastes sociales, por lo que la modernización con autopistas-suburbios-malls modeló una *ciudad legal*, mientras otra ciudad, *ilegal, marginal*, quedó como mero caos reproduciéndose en los intersticios de un sistema excluyente, cerrado y autosuficiente; a diferencia de esos casos, en Buenos Aires asistimos al conflicto entre dos formas, entre dos sistemas diferentes que portan lógicas antagónicas. Ese es el carácter idiosincrático de esta mo-

de publicidad ocasional: de modo simétrico a las revistas ilustradas que en la primera parte del siglo hacían didáctica sobre la vida moderna, el suplemento de *La Nación* conjuga la *entente* "vida en la naturaleza / nueva domesticidad / consumos sofisticados de equipamiento y tecnología / plena privatización de los circuitos de sociabilidad / modelo territorial autopista-automóvil-barrio cerrado-mall-shopping center" en todas sus declinaciones. Asimismo, libros de lectura de escuelas primarias —también en forma simétrica a cuando se proponían enseñar en zonas rurales a cruzar la calle con semáforo— hoy estigmatizan la vida en la ciudad como el mal principal de la modernidad, al que le contraponen un idílico contacto con la naturaleza: el suplemento de *La Na-*

prendimientos privados en el novedoso marco puesto por la fractura social y urbana, no significa meras alteraciones de la ciudad existente, sino la conformación de un sistema urbano completo y nuevo, con lógicas diferentes de recambio: el momento de quiebre, podría decirse así, en que lo cuantitativo se vuelve cualitativo.

No se trata, por lo tanto, de una discusión entre modelos centralizados o descentralizados de ciudad; la diferencia está inscrita en la misma denominación; son *barrios cerrados*, no meros *suburbios*. El efecto buscado es el mismo de las *torres-country* en las zonas centrales de la ciudad y de los megacentros de esparcimiento y consumo. Ya se señaló la lógica circular con que se realimentan las dos dimensiones: la elección de los nuevos en-



modernización: no se trata simplemente de renovación, sino de conflicto y búsqueda de reemplazo. Aun sin la vitalidad y sin el alimento político-público que le da actualidad, hay una masa urbana construida con los parámetros homogeneizantes de lo público que ofrece resistencia material, y que incluso en zonas muy extensas del área central y en los centros tradicionales del suburbio todavía deja ver parte de sus logros. ¿Es posible aferrarse a ellos para pensar una ciudad futura alternativa a la ciudad de la exclusión?

Para responder es necesario evitar, como primera medida, el dilema entre conservación y cambio: no es posible "restaurar" un supuesto "carácter urbano tradicional-moderno" amenazado por la novedad de la "modernización global". Esa posición reactiva está condenada al fracaso, y oculta bajo el barniz de la nostalgia la suma de inequidades que caracterizaron a la Buenos Aires moderna. Por el contrario, la comprensión de las diferentes lógicas políticas de cada sistema debería producir una estrategia urbana capaz de hacerse cargo de la multiplicidad fragmentaria de la ciudad real.

Aquella ciudad moderna se produjo desde el centro hacia la periferia, mostrando a medida que se alejaba sus pústulas, sus incapacidades, sus omisiones. Esta ciudad de la modernización se está produciendo en sentido inverso: precisamente desde la periferia, desde los puntos más débiles del sistema anterior, hacia el centro; lo que en el sistema anterior era una *falla*, se convierte en el nuevo núcleo de sentido. No es posible decir ahora si este nuevo sistema podrá dotar de sentido global a Buenos Aires, si los ámbitos consolidados de la ciudad central podrán mantener su carácter, si están condenados a ser residuales o directamente, también ellos, a la dualización. Pero ya es necesario notar que después de décadas de caída del sistema moderno, desde los intersticios de sus fragmentos cristalizados y anómicos, esta modernización busca sobreimprimirse como *otra* ciudad. Una ciudad cuyo piso es la fractura social que antes aparecía como techo, como límite de lo representable en la sociedad del ascenso.

6. Finalmente, el tercero de los cambios que integran este giro epocal: la transformación político-institucional que le dio autonomía a la Capital, es decir, al fragmento central y dominante de la metrópoli. Es un cambio tan fundamental como los otros dos, porque por primera vez en la historia se ha colocado en la voluntad ciudadana la decisión sobre el futuro de la ciudad; es decir, ha aparecido la dimensión política en una ciudad que, hasta ahora, había sido meramente *administrada desde arriba*. En un momento inicial de la modernización, hace un siglo, ese tipo de administración permitió una configuración inclusiva, porque el estado nacional pudo pensar y proyectar la ciudad por fuera de los más directos y espúreos intereses locales. Pero, a partir de los años veinte, cuando la política local dio lugar a nuevos reformismos municipales (encarnados por antonomasia en el socialismo) y el estado nacional, por oposición, renegó del único instrumento que podría haber justificado todavía su rol, la ampliación de los derechos urbanos a la incipiente área metropolitana, la capitalidad funcionó como traba principal para que esta ciudad pudiese ser concebida políticamente por sus habitantes y pudiese, por ende, formarse una clase política local con visión de la metrópoli.

La novedad de la autonomía es, por ello, fundamental: pero todavía más importante en el marco crítico descripto, porque sólo la política parecería poder intervenir con eficacia en el círculo perverso en que se han conjugado aquellas dos dimensiones: un círculo perverso que no está inscripto en ningún destino ineluctable, sino que hasta ahora ha sido el resultado de políticas perversas o de la perversidad de su ausencia. A un año ya de asunción del primer gobierno electo por la ciudadanía, y a pocos días de que asuma la primera Legislatura de acuerdo con la flamante Constitución de la ciudad, es conveniente poner en foco esta novedad.

En realidad, fue una política específica a comienzos de la década la que rompió la inercia del estancamiento de la ciudad post-expansiva, y abrió compulsivamente las compuertas al tipo

de desarrollo urbano que inmediatamente prosperaría en el nuevo contexto de apertura económica y privatización. Fue la política de la *ciudad de los negocios* de la gestión Grosso; más allá de la mera corrupción, la *ciudad de los negocios* es la del realismo cínico que, sobre las fisuras de las redes públicas obsoletas, se lanzó a celebrar la heterogeneidad privada para ratificar la diferencia social como nueva base de operaciones.

Pues bien, esa política ha dejado sus marcas en megaproyectos realizados por fuera de cualquier estrategia metropolitana, simplemente eligiendo los sitios concentrados de la renta urbana. Lo único que ha hecho al respecto el gobierno autónomo en su primer año fue celebrar su continuidad; ratificar, con un *dictum* francamente menemista, la preeminencia privada sobre el interés público ante cada nueva propuesta polémica: "la ciudad no puede perder esta inversión". A pesar de las modificaciones en los procedimientos, de la preocupación explícita por la transparencia en la gestión, en relación con los grandes procesos urbanos, la actitud de fondo no es muy diferente a la de aquel modelo: fortalecer los megaproyectos en el consenso automático de las principales corporaciones profesionales —arquitectos e ingenieros eufóricos con la fiesta modernizadora con la única condición de poder participar en ella— y, por otro lado, enfatizar el carácter correctivo de unos pocos remiendos públicos cuya generalización, por supuesto, no deja de postularse una y otra vez como política urbana deseable —mejoramiento de la ribera del Riachuelo o rediseño de fragmentos de la Costanera Norte—, como si pudieran ponerse en el mismo plano con el impacto de aquellas transformaciones.

Un megaproyecto como Retiro, por ejemplo, más allá de sus cualidades arquitectónicas, implica una hiperconcentración de inversiones en el área más saturada de inversiones de la ciudad, incrementando de un modo desconocido en Buenos Aires el abismo con el resto del área central, acelerando el desequilibrio que se manifiesta en la expresión *Costa rica*, recientemente creada para referirse al desa-

rollo explosivo del área costera norte. De todos modos, debe reconocerse que, aunque así planteados contribuyen a un efecto similar, no todos los megaproyectos son iguales —no toda la inversión privada tiene porqué ser igual. Es indudable que Retiro es un área de importantísimo potencial urbano y que, a mediano plazo, luego de una serie de operaciones de magnitud en otras áreas para compensar el desequilibrio de la ciudad, debería discutirse el tipo de modernización que permitiera desarrollarla y que fuera más conveniente en una estrategia metropolitana. La Aeroísla, en cambio, es un negocio inventado cuyo sentido técnico o urbano no resiste el menor análisis. Sin embargo, quizás por ello, ahí ha aparecido con mayor crudeza el carácter del proceso en curso: los promotores de la Aeroísla argumentan que el aeropuerto de Buenos Aires tiene que estar en la zona costera norte porque las encuestas indican que el mayor porcentaje de usuarios de líneas aéreas vive en esa zona de la ciudad. Se hace explícita así la poco novedosa ley de hierro de la renta urbana privada, por la cual las áreas de mayor inversión son las más eficaces para seguir invirtiendo; pero si esto no es extraño en el comportamiento de los inversores, la actual legitimidad social del argumento muestra la ausencia del interés público en la discusión: ¿sería hoy imaginable, ante esa legitimidad, un emprendimiento del calibre de Ezeiza, con su búsqueda de cambiarle el frente a la metrópoli, su propósito de alteración de las lógicas autosuficientes de la renta urbana? En estos megaproyectos se está jugando buena parte de la suerte de la metrópoli, porque lejos de ser incrustaciones modernizadoras sobre un tejido decadente, son motores de la fractura sobre la que prospera el nuevo sistema urbano.

7. ¿Puede la política modificar esta política? La nueva Legislatura encuentra sus primeros obstáculos para dar una respuesta en la estructura de la Alianza, con una mitad de ella en el gobierno de la ciudad y la otra —el Frepaso, el sector con mayor dinámica política— al parecer decidida a no ser go-

bierno ni oposición. Buenos Aires podría ser un lugar y un momento adecuado para que la Alianza intente mostrar que la aparición de un nuevo modo de hacer política está destinada a modificar políticas de gobierno. Pero a ello se oponen graves límites.

En primer lugar, otra manera de hacer política debería significar un nuevo tipo de gestión. Pero el gobierno actual ha heredado y reciclado los viejos vicios burocráticos, efectistas, particularistas y segmentados de la gestión municipal —un gabinete con secretarías que compiten entre sí, como si las políticas de transporte público pudieran definirse por fuera de las políticas urbanas o de medio ambiente. No se trata simplemente de que un grupo de técnicos elabore planes estratégicos en los que parezcan ponerse en caja las diferentes intervenciones como en un *puzzle* más o menos ingenioso, sino de una modificación global del modo de pensar la ciudad desde la política, que incluya formas democráticas de gestión que no se agoten en las consultas corporativas.

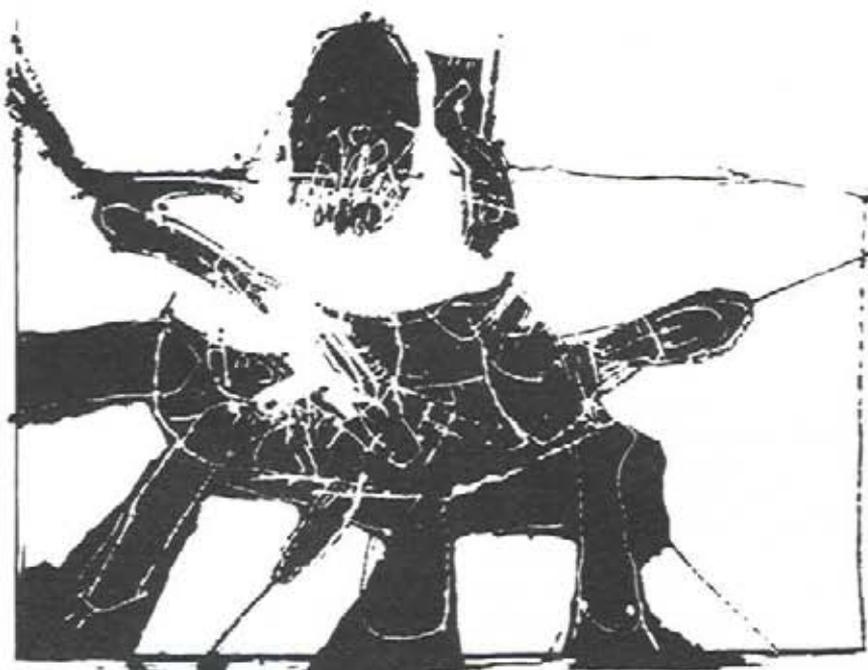
En segundo lugar, la ausencia más absoluta de un sector político que haya comprendido el estatuto específicamente urbano de la crisis actual y crea necesario comenzar a producir una nueva visión atenta a la gravedad de lo que está en juego. La discusión actual sobre la ciudad se sigue desarrollando entre las viejas antinomias con que los sectores movilizados de la sociedad civil intentaron reaccionar contra la modernización autoritaria desde Cacciatore a Grosso, pero que son falsos dilemas con los cuales es muy difícil avanzar: modernización versus preservación; gestión centralizada versus participación descentralizada de los vecinos; edificios versus espacios verdes; inversión privada como amenaza versus inversión privada como regalo innegociable; proyectos puntuales versus planificación global. El sentido común alimenta la agenda de los políticos que siguen pensando como municipales, desde la administración y no desde la política metropolitana; y que creen ser más o menos progresistas o realistas según se acercan a algunos de esos términos, mien-

tras que en el hueco se esfuma la comprensión de la crisis urbana. En el medio falta la política, sus respuestas novedosas a una situación inédita: ¿cómo se gestiona una ciudad fracturada?, ¿cómo se moderniza sin el horizonte del ascenso social, es decir, cuando la modernización de un área significa expulsión social, y su preservación, turgurización?

El obstáculo central es el carácter metropolitano de la crisis frente a la fragmentación de la política urbana. La autonomía, en este aspecto, es un arma de doble filo. Puede tender a favorecer la fragmentación, encerrando la política pública en el espejismo de que debe gobernar el sector central consolidado, donde los restos del sistema moderno-inclusivo todavía lucen semiflorecientes; o puede advertir la fuerza política que emana tanto del carácter renovador de la Alianza y del respaldo ciudadano, como del carácter simbólico de toda transformación en el corazón de la metrópolis, generando condiciones inéditas para incidir en el conjunto. La responsabilidad del gobierno autónomo, pronto completo, es enorme, porque lo que está en juego en esta transformación es el tipo de relaciones que se definen en la metrópolis entre el interés privado y la esfera pública, entre el impacto del primero y la construcción de las necesidades de la segunda. La autonomía tenía como tarea primordial instalar en la esfera pública un dinamismo que permitiera producir una ciudadanía en condiciones de tomar en sus manos el futuro de la ciudad; abría la posibilidad de que desde la política y las instituciones se refundara un pacto público sobre la ciudad. No sólo para afectar el relativamente pequeño territorio autónomo de la capital, sino para generar una movilización de recursos ideológicos, sociales y culturales capaz de desplegarse sobre el conjunto de la metrópolis, capaz de demostrar, con el ejemplo de las ciudades más avanzadas, que la modernización no tiene mano única. Con la integración de la Alianza y la asunción de la Legislatura se abre un nuevo capítulo de esta transición delicada: lo que está en juego es la definición política de la metrópolis del próximo siglo.

## Buenos Aires fin de siglo: el desconcierto de la forma

Jorge F. Liernur



### Todas las ciudades

Como tantas otras, la ciudad de Buenos Aires creció con uno ojo ciego y el otro fijo en un mito.

En los comienzos republicanos de la modernización la ciudad se representaba a sí misma como la Atenas del Plata, la sede del saber y las luces, a la que Minerva daba fundamento. Tiempo después, para los hombres de la Confederación Argentina, contra la que la ciudad guerreó por largos años defendiendo las rentas de su puerto, Buenos Aires no era Atenas sino Cartago. Muchos de los que vivían en ella se veían en cambio habitando un

campamento, una factoría con modelos deshonrosos y porvenir sin nombre. Su posición en la rica llanura y su crecimiento vertiginoso la hermanaban, según otros, a Chicago. París llegó al final del ochocientos, o más bien a comienzos del novecientos. Con las ceremonias y construcciones en celebración del Centenario, con el impulso de crecimiento y consolidación, con las portentosas obras de infraestructura y embellecimiento público y privado, no era descabellado imaginarse que en el sur de América se instalaba una réplica —inicial pero ferozmente lanzada hacia el futuro— de la capital del siglo XIX. Todavía en 1929, sin

saber que estaba viviendo en Buenos Aires los días de la gran crisis, Le Corbusier la proponía como la futura Nueva York latina. Esa fue probablemente la última representación antigua de Buenos Aires, el último intento de reducirla mediante el recurso a una imagen única, que sintetizara su totalidad aunque, paradójicamente, el modelo fuera la metrópolis.

Moderno, ese aglomerado contaba con un "proyecto" flexible que, presuntamente, ponía a todo el suelo de la ciudad en condiciones de igualdad o, dicho de otro modo, lo transformaba en mercancía. Un trazado abstracto, una cuadrícula impuesta sobre la casi plana y arbitrariamente fijada superficie de la Capital Federal, fue el fondo homogéneo donde se incorporaron los "accidentes" preexistentes y se desarrollaron las acciones urbanizadoras. Dentro de la trama, la ciudad reproducía porciones de París, paisajes napolitanos, barrios británicos, imágenes vienesas, aires de Berlín y avenidas de España.

Revisar los modelos y el imaginario en el que se apoyaban quizás permita *no* volver a buscar un modelo antiguo, contemporáneo o futuro (en un gesto del que nos apartamos por su autoritarismo). Sabemos también que la más ingenua de las formas que he-

Una primera versión de este artículo fue presentada como ponencia, en marzo de 1997, en el International Interdisciplinary Symposium on Urban Cultures in Spain and Latin America, Centro Rey Juan Carlos I de España, New York University.

redamos cobija el fantasma de vencedores y vencidos; hemos advertido que la eliminación de toda diferencia es el augurio aterrador que depara el triunfo universal del mercado. Entonces: ¿cómo aprender de la propia experiencia de la modernidad?, ¿cómo pensar la pluralidad de fin de siglo?, ¿en cuáles formas hoy deslumbrantes o queridas acechan los dolores de mañana?, o (más difícil de responder) ¿bajo qué aspectos que ahora deploramos se preparan los goces futuros?

### París

- 14 El modelo de París encarnó poderosamente en la imaginación de los habitantes de la capital argentina, que siempre han exhibido con orgullo las semejanzas de su ciudad con la francesa. Pero en las últimas décadas los paralelos ya no son los mismos. Por un lado, al tiempo que han beneficiado el patrimonio de los sectores sociales que inventaron esa similitud, el crecimiento y la explotación salvaje de la renta urbana han destruido muchos de aquellos rasgos calcados; por otro, el propio París ha cambiado. De manera que sin demasiada conciencia de lo que ocurría, ambas ciudades fueron construyendo nuevas semejanzas.

Veamos el caso de los *Grands Ensembles*, por ejemplo. Aproximadamente un quinto del distrito federal argentino está formado por gigantes conjuntos habitacionales y equipamientos construidos en los años sesenta y setenta. Esas enormes aglomeraciones de altísima densidad fueron producto de presiones sociales, políticas populistas, concentración de la industria de la construcción y, en el campo de la arquitectura, de las ideologías de crecimiento, cambio, e intensificación de los encuentros, difundidas por el Team X y experimentadas a gran escala especialmente en Francia. En su mayor parte se ubicaron en el sector sudoeste de la ciudad. En la zona del bajo de Flores estaban los pantanos dependientes de las crecidas de un arroyo que en su desembocadura recibe el nombre de Riachuelo. De propiedad pública, el territorio fue utilizado como basural a cielo abierto de

la ciudad, y sólo desde los años cuarenta comenzó a ser visto como reservorio urbano y objeto de proyectos de transformación.

En los sesenta comenzaron los rellenos y las obras, y actualmente la mayor parte de esos terrenos están ocupados. Como es habitual, las viviendas corresponden a sectores de escasos o nulos recursos, imposibilitados de cualquier tarea de mantenimiento, lo que empeora aún más las ya lamentables condiciones de unos edificios realizados generalmente por debajo de los límites mínimos de calidad constructiva. Todo el paisaje físico y social se ha ido deteriorando: las zonas verdes son barriales llenos de mugre, las calles parecen cubiertas por los restos de un bombardeo, las fachadas exhiben su obscena escualidez originalmente ocultada por macrográfica de colores chillones, las escaleras han perdido para siempre sus bombitas de luz, muchas de las persianas metálicas se han oxidado y ya no cierran o se han caído. En Lugano hay 60.000 metros cuadrados de espacios destinados a comercios clausurados con tapias. El bajo de Flores extiende a lo largo de unos seis kilómetros su paisaje futurista y decrepito. Es la fachada fallida de algunos sueños modernos.

Ese territorio devastado encierra demandas y promesas. Por más que difieran entre sí, otras zonas de la ciudad se perciben como retazos de la misma colcha. El bajo de Flores no. Es como si, a falta de otra cosa, entre los trozos de sobadas telas familiares se hubiera añadido una bolsa de supermercado. Sus dimensiones, el esfuerzo social invertido en sus edificios hacen impensable su demolición. Esas construcciones desmesuradas pueden ser las montañas de un paisaje nuevo.

La del Abasto es otra zona neoparisina de la ciudad. Abarca más de veinte hectáreas y en lugar de inmigrantes argelinos o ugandeses, otros hombres y mujeres de piel oscura, igualmente corridos de sus países por la miseria, se mezclan en ella con los viejos residentes. Hasta hace pocos años equivalente porteño de Les Halles, el Abasto era un barrio que dependía de la existencia del gigantesco

mercado central de la ciudad construido a comienzos de siglo y ampliado en la década del treinta con una estructura descomunal de hormigón armado inventada por Luis Delpini, el más arquitecto de los ingenieros civiles que actuaron en la ciudad.

*Developers* extranjeros han adquirido la estructura que, con sus aires de catedral, ocupa casi dos manzanas, y procuran cuanto antes adueñarse de los ruinosos edificios de los alrededores. A partir de un proyecto confeccionado en Boston trabajan para instalar allí un "Centro Pompidou" porteño. Con espectáculos, museo infantil y salas de exposiciones, pero sobre todo con docientos locales comerciales, doce salas de cine, restaurantes y patios de comidas ocupando cien mil metros cuadrados de superficie, el Abasto será un "Pompidou" privatizado: París visto desde Eurodisney.

Mantener el paradigma de París para Buenos Aires podría parecer un anacronismo reaccionario. Pero eso ocurriría si evocáramos *aquella* y no *esta* ciudad. Podemos imaginar las cosas de otro modo. Hace cien años, de la ciudad de Francia, Buenos Aires duplicó además de sus monumentos la baudeleriana vida de los cafés y de las calles que todavía hoy sus habitantes disfrutamos. Monumentos y vida se constituyeron como presencias luego de haber sido sentidos como ausencias: se quería ser París para dejar de ser la aldea, el campamento, o la ciudad fenicia.

¿Qué París *no es* Buenos Aires de fin de siglo? ¿Qué transformaciones podrían promoverse, no negando sino llevando a sus extremos la vigencia contemporánea de ese modelo que tanto ha determinado su historia? Veríamos por un lado nuevas semejanzas como Lugano o el Abasto, pero ¿no se advertirían también las paradojas del centralismo, la carencia de Plan, las ausencias de La Villette y La Défense, la endeblez del Estado?

### Los Angeles

En el medio del campo, rodeada de jardines palaciegos, en el borde del bosque más bello de la región, a po-

cos kilómetros hacia el norte de la capital de la provincia de Buenos Aires y a unos centenares de metros de la costa del Río, una rica estanciera construyó en 1927 una magnífica residencia en elegantísimo estilo Luis XVI. La mansión no está lejos de una estación de tren que lleva el nombre de Guillermo Enrique Hudson, un argentino enamorado de esos lugares a los que describió en inglés. El parador ferroviario está rodeado por lindas arboledas, algunas casas, unos enormes silos para granos y otras instalaciones industriales de principios de siglo. El lugar, al que se accedía después de trajar dos horas de tránsito desde el centro de Buenos Aires, languidecía en decadencia hasta que una noche estallaron en la mansión unos fuegos de artificio que creían calcar alguna ceremonia barroca. Como solía ocurrir en ocasiones similares en los siglos absolutistas, detrás de las rejas recién pintadas el pobrerío se entretuvo viendo de lejos a centenares de huéspedes que, en los jardines, jugaban a los aristócratas bebiendo champagne en copas de plástico. Desde entonces otros visitantes acudieron masivamente —esto ocurrió en los últimos meses de 1996— y Hudson ha comenzado a convertirse en un nuevo suburbio de la Capital Federal.

Los fuegos de artificio anunciaban una operación inmobiliaria de subdivisión de los terrenos de la vieja estancia y preludiaban la inauguración de la más glamorosa exposición anual de decoración que se realiza en Buenos Aires, eligiendo año a año un sitio distinto. En ocasiones anteriores la muestra había utilizado viejas instalaciones cuyos ajados ropajes de cenicienta urbana había convertido (como un hada madrina) en los envidiados vestidos de la princesa más bella del baile. Pero hasta ahora esto ocurría dentro del distrito federal. La novedad de Hudson es que el fenómeno ha comenzado a alcanzar el territorio. Y esto se debe a que en pocos años, y mediante el sistema de peajes, se completaron accesos que hacia el sur y el norte de la ciudad han acelerado las comunicaciones y con ello han acelerado bruscamente, transformándolas por esta nueva forma de urbanidad,

porciones de territorio que hasta entonces nadie había pensado que podían conectarse.

Hacia el oeste no se han terminado todavía obras similares, pero de todas maneras comienza a percibirse el impacto del nuevo fenómeno. Ubicada a un centenar de kilómetros de Buenos Aires, la ciudad de Luján, por ejemplo, era hasta ahora un núcleo rural que atraía a los porteños como modesto polo de miniturismo y —merced a su gigantesca basílica— como capital católica del país. En el último año, las nuevas autopistas de vinculación con la Capital Federal hicieron que las tierras agrarias cercanas a Luján, de cotizarse por hectárea, pasaran a venderse por metro cuadrado. Y ya se han iniciado en sus alrededores las obras de urbanizaciones privadas de elite.

La aceleración de las comunicaciones no se limita a las autopistas; se completa con la masiva expansión de las empresas de telefonía y con la extensión de las redes informáticas. Pero sería ingenuo pensar que esta *losangelización*, esta suerte de metropolización de un territorio, calcará formalmente lo ocurrido en la ciudad californiana.

En la costa uruguaya del Río de la Plata, exactamente frente a Buenos Aires, el imperio portugués construyó en el siglo XVII una fortificación para vigilar el tráfico de navíos y presionar sobre el otro imperio ibérico asentado del lado occidental. La Colonia del Sacramento es hoy una pequeña ciudad de aire pueblerino rodeada de campos ondulantes, arbolados con hermosos montes de eucaliptus, dedicados a la ganadería, a la agricultura, y parcialmente cubiertos de viñas. La costa de arenas blancas y playas amplias o bruscos acantilados, y el carácter pacífico y hospitalario de los uruguayos dan al lugar un importante atractivo turístico. Pero es necesario recordar que en este tramo angosto el río tiene más de 50 kilómetros de ancho y que hasta hace veinte años el trayecto lo cubría el "vapor de la carrera", un transatlántico en miniatura que para llegar al puerto de Montevideo demoraba una noche de restaurante, bingo y camarote.

En los años sesenta comenzó a funcionar un servicio de lanchas rápidas que conectaban la capital argentina con la ciudad uruguaya en menos de una hora. Se inició así un proceso de restauración de los vestigios históricos de Colonia, y la *gentrificación* del pequeño centro por parte de numerosos intelectuales argentinos. Desde hace dos años un nuevo servicio de ferrys rápidos permite cruzar el río en el mismo tiempo pero llevándose consigo el automóvil. Aunque reducido por ahora a un público minoritario, todo el litoral y los bellos campos en torno a Colonia están desde los últimos años incorporados de hecho a Buenos Aires. El resultado son numerosas escenografías postmodernistas en las lomas que dominan el irreplicable paisaje del mar de bronce.

En pocos años más, como parte de los acuerdos del Mercosur, las dos costas serán unidas por un puente, y el fenómeno todavía de escala reducida adquirirá una dimensión gigantesca. Todo hace pensar que Colonia está camino a Santa Mónica.

## Mogadiscio

A comienzos de los noventa las cámaras de la CNN mostraban escenas desgarradoras de miseria y de violencia en la capital de Somalia. Gentes descalzas, vestidas con descoloridas prendas "deportivas" de hilado sintético, recorrían mugrosas calles de tierra buscando comida o refugio. Bandas armadas se parapetaban en caseríos miserables enfrentándose por la posesión de lo que fuera.

Para muchos millones de sus habitantes, Buenos Aires no se diferencia demasiado de Mogadiscio. Ellos viven sin instalaciones de agua potable, sin cloacas, en terrenos inundables, cobijándose en precarios ranchos contruidos con desechos, sometidos a la miseria, la marginación, el maltrato, la degradación, las mafias de rateros, *dealers* o explotadores de niños, la carencia de empleo decente. Hace no mucho más de dos décadas se suponía que los Mogadiscios encerraban potencialidades que aportarían nuevas energías al debate estético y urbano.

Las autosatisfechas sociedades de Europa o los Estados Unidos de la posguerra habían redescubierto *l'ennui*, y se pensaba que en esos conglomerados tercermundistas de la extrema pobreza anidaba una energía, una vitalidad, una capacidad de transformación y una *otredad* que pondrían en cuestión los modelos que no se habían desplomado en los lechos confortables del conformismo y el relativismo. Pero a esos pobres se les pedía demasiado: tenían que soportar sus humillaciones y sus bocas sin dientes, los embarazos de sus niñas, sus barriales y sus aires hediondos, y además, como si todo aquello no fuera suficiente, tenían que

concentración de capitales disponibles y necesarios era lo que hacía más evidente la disparidad entre los dos casos. La trama de Buenos Aires se hizo sólida a partir de intervenciones sobre cada uno de los terrenos que componían la manzana. Salvo casos puntuales —como el edificio Kavanagh en la década del treinta o las torres de Catalinas norte en el sesenta— viviendas, instituciones u oficinas, modestas o lujosas, ocupaban porciones de los grandes cuadrados.

En este sentido Buenos Aires no ha superado la década de los veinte: la reproductibilidad continúa siendo una condición decisiva; vivienda y ciudad no han dejado de ser las componentes fundamentales de una fórmula indivisible.

#### New York

*Manhattan*. Buenos Aires tiene una

En los años sesenta una ordenanza estimuló en el barrio de Belgrano la unión de terrenos para construir torres dejando las plantas bajas libres, en ha-

bitual jibarización de la Carta de Atenas. Pero a pesar de eso el resultado fue, a lo sumo, la unión de dos o tres predios. En la última década, la economía de escala y las nuevas expectativas —que incluyen la aparición de instalaciones deportivas, sistemas de seguridad o combinaciones con establecimientos comerciales— han dado lugar, por primera vez en la historia de la ciudad, a operaciones sobre la totalidad de una manzana. Al principio estas operaciones se producían en los barrios ricos, pero hoy se extienden sobre otros sectores sociales.

Las nuevas manzanas son unidades-isla, y en eso se asemejan a las manzanas de Manhattan. Pero es difícil imaginar que repitan el fenómeno. En primer lugar, porque las recientes supertorres no albergan mayoritariamente oficinas sino viviendas. En segundo lugar, porque estas islas de Buenos Aires fin de siglo son introvertidas, autocentradas, y no forman parte de un sistema de multirrelaciones como el de la isla neoyorquina. En ella, la

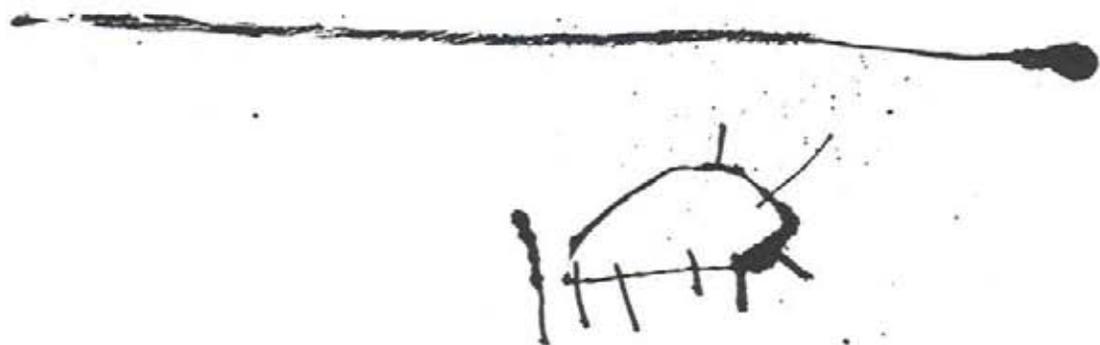
proporcionar modelos de vida a las clases medias.

Otras cosas cambiaron en la ciudad, pero ésta no. No solo no ha cambiado sino que, como una suerte de versión aligerada de aquellas idealizaciones, ha parecido progresista otorgar la tierra a los pobladores. Esas mismas "tierras" inundables, con las mismas casillas miserables, que antes tenían al menos un carácter precario, ahora han sido transformadas en condenas definitivas.

La pobreza, la miseria y la fealdad no son estetizables ni debieran ser modelo de nada sino, exclusivamente, denuncias de la persistencia de un sistema injusto que niega a la mayoría de los seres humanos los elementos básicos que hacen amar la vida. Mogadiscio no es un objeto de deseo sino una imagen de pesadilla. Si de algún modo sigue siendo un enorme reservorio de potencialidad urbana es porque representa una masa gigantesca de carencias que deben ser completadas. Sus millones de viviendas deficitarias son una demanda que promete a esta ciu-

tradición de rascacielos que se remonta a la década de 1920. A partir de los setenta se ha desarrollado una nueva área especial de torres en el norte de la vieja *city*, y es probable que el impulso de la economía expanda estas operaciones de concentración constructiva e inmobiliaria. A la manera de lo que ocurre en varias ciudades asiáticas, el crecimiento de estos artefactos dependerá de procesos económicos y es probable que la ciudad se sume a la carrera por lo desmesurado. Sin embargo no es en este sentido, evidente pero puntual, que rasgos de manhattanismo, como lo ha llamado Rem Koolhaas, están comenzando a observarse en Buenos Aires.

Entre New York y Buenos Aires ha habido, hasta aquí, una diferencia sustancial superpuesta a una diferencia formal. Esta última consiste en la dimensión de las unidades que definen al damero en ambos casos: 100 m x 100 m en la ciudad argentina, 50m x 200m en la norteamericana. Pero el volumen de las operaciones inmobiliarias, el grado de



interioridad de esos edificios se continúa en la exterioridad del parque central y las avenidas privilegiadas; la interioridad de las nuevas manzanas porteñas es autorreferente. Esa autorreferencia es un rasgo que también comienza a percibirse en otras neomanhattans del globo: las torres se construyen en pares, no según el modelo bicórneo pero monolítico del Dakota sino en la clonización perfecta del World Trade Center. El par constituye la más elemental de las formas de construir un orden de sentido. Al reproducirse por todas partes en versiones innumerables, los grandes objetos urbanos aislados de las décadas anteriores parecen haber perdido la batalla por su diferencia en un territorio sin plan y sin orden. Las islas con pares son el enunciado de un fracaso redoblado.

*Conney Island.* La mole ha sido objeto de críticas feroces. Es cierto que sus altísimos consumos de electricidad han desequilibrado la distribución de energía en el barrio, donde ahora son frecuentes los cortes de luz. No es menos cierto que el tránsito por la Avenida Santa Fe a lo largo de varias cuadras antes de llegar a la esquina de Coronel Díaz se ha hecho imposible porque nadie ha previsto que decenas de autos, recogiendo o dejando gente a la entrada del nuevo shopping, requerían un lugar apropiado en el interior de su predio porque de lo contrario esa función sería cumplida sobre terreno público, vale decir sobre la calle. Pero la mayor parte de las críticas son de carácter estético/sociológico y apuntan a la exaltación alienante del consumo del que la mole es uno de los primeros monumentos en la ciudad. Es frecuente que los bienpensantes cultos denunciemos el espantoso gusto postmoderno, la vulgaridad de las columnas pseudogipcias, los falsos arcos romanos y las palmeras de plástico que decoran el hall central. No solemos advertir en cambio que, cubiertas bajo tan evidentes capas de características detestables, Alto Palermo ha introducido en la ciudad algunas novedades de interés. Nombraré dos.

Los centros de compras son un pro-

ducto de la concentración acelerada de la economía, y de los cambios en las modalidades de comercialización y consumo. Por razones de accesibilidad, disponibilidad y costos de la tierra, estos artefactos ocupan generalmente predios ubicados en zonas periféricas o marginales. Los centros de compras son un fenómeno articulado con el desarrollo de las autopistas, y por eso suele acusárseles de vaciadores de urbanidad. Alto Palermo es, en cambio, un artefacto de gran complejidad funcional nacido en el corazón comercial de la ciudad. Sus calles interiores representan no una ruptura con la trama preexistente sino una continuidad con una tradición de la avenida Santa Fe, donde desde los años cincuenta se concentraron las más vistosas y concurridas galerías comerciales que en muchos casos permiten conectar, caminando por el interior de la manzana, dos o más calles de la ciudad. Pero, además, como artefacto urbano renovador y revitalizador Alto Palermo materializó la "ciudad en el espacio" con la que soñábamos los admiradores del edificio de la Bauhaus y del Team X. La mole pudo construirse tomando dos grandes terrenos a ambos lados de una calle que preexistía como continuidad teórica de la cuadrícula pero no en la realidad. Para eso el edificio se proyectó como una totalidad que atraviesa en puente esa calle que, de este modo, continúa con su función pública y se recupera para un tránsito hasta entonces interrumpido. Esta interpenetración público-privado es relativamente común en otros sitios, pero en Buenos Aires su presencia constituye una ruptura significativa y un quiebre de la ideología que hasta ahora había bloqueado estas potencialidades morfológicas.

Sabemos cómo juzgar Alto Palermo por sus finalidades unidimensionalmente consumistas o desde cánones estéticos establecidos. Pero, ¿lo estamos comprendiendo bien como organismo nuevo? ¿Qué ocurre si, en vez de rechazarlo, lanzáramos su paradigma hacia adelante? Esa cosa fue gestada como la caricatura de un mundo feliz, limpio, ordenado, seguro y homogéneo, como una utopía reaccionaria, es cierto, pero ¿no es también el

anuncio de nuevos usos de la ciudad, de nuevas mezclas, de formas ambiguas de articulación entre lo público y lo privado que, por obediencia a antiguos mandatos, hasta hoy la ciudad ha negado?

Llevar a una chica a caminar por el terraplén abandonado en la orilla norte de la ciudad era un buen recurso de seducción de jóvenes románticos en los años sesenta. De un lado, sobre la barranca que bordeaba las viejas vías, se asomaban mansiones fastuosas; del otro, los pajonales y la superficie lustrosa del río eran una invitación a la contemplación y el silencio. Era una aventura y un anuncio atravesar tomados de la mano los pequeños puentes que pasaban sobre los arroyos haciendo equilibrio sobre los durmientes; la melancolía del lugar y su soledad eran estímulos insuperables para los amores adolescentes. Las viejas estaciones diseñadas por ingenieros ingleses habían sido ocupadas por familias pobres, y en algunas de ellas se habían improvisado elementales puestos donde podía comerse por poco dinero exquisitas porciones de carne asada.

Ese mismo trayecto es recorrido desde hace dos años por un tren eléctrico de pocos vagones, de diseño reciente y conservación impecable. Por una senda paralela a las vías circulan *mountain-bikes* y patinadores calzados con altos *rollerblades*. Las estaciones más pequeñas han sido convertidas en bares elegantes, y en las más grandes se han construido centros de compras. En una de ellas funciona una suerte de enorme parque de diversiones con cines, juegos electrónicos y mecánicos, realidad virtual y patios de comidas. Donde antes sólo había agua y pajonales se han creado nuevos terrenos de relleno y han crecido clubes de wind-surf desde cuyas sedes de madera se dispersan centenares de deportistas colgados de sus velas de colores flúo en plásticos reforzados. Aunque los usuarios habituales viven en esos barrios para ricos, decenas de miles de porteños provenientes de toda la ciudad acuden los fines de semana a viajar en el confortable trencito, curiosear entre los comercios y comer fast-food.

El Tren de la Costa, que cubre un trayecto de 16 kilómetros, comenzó como una suma de centros de compras articulados por la trayectoria. Las ventanillas del tren son como pantallas de televisión en vivo desde donde la multitud contempla la buena vida de los otros. Pero se ha generado una actividad de masas en escala inédita.

### Montevideo

18 El Uruguay fue un país próspero en el que se construyó en las primeras décadas del siglo una de las sociedades más organizadas y avanzadas de la región; pero su acelerado crecimiento se detuvo a comienzos de los años sesenta. Cuando se visita Montevideo —y especialmente si se llega desde Buenos Aires—, se tiene la sensación de llegar a una ciudad detenida en esos años. Pero si en Montevideo no se advierten los característicos signos de lo que se consideran avances recientes —rascacielos de vidrio, gentrificación de las zonas antiguas, cambios en el equipamiento urbano, etc.—, tampoco se sufren las consecuencias de esos cambios. La del Uruguay ha sido la única economía del Mercosur que no ha llevado a cabo los procesos de privatizaciones del patrimonio público que en distintas escalas han excitado a sus vecinos y socios. Agobiadas por la falta de mantenimiento, las calles y plazas de Montevideo son todavía lugares en los que se percibe una fuerte presencia de lo público.

¿En qué se diferencian esos espacios de los que han acaparado la atención de los porteños en los últimos años? Como ocurre en las viejas ciudades europeas, en las plazas y calles de Montevideo se siente la presencia del pasado y especialmente la pertenencia a una comunidad. Sus barrios albergan todavía esa instancia intermedia entre lo privado y lo público que es lo comunitario: los patios de las casas son como miniplazas y los bancos, que muchas veces los vecinos aportan como equipo permanente a las veredas arboladas por grandes plátanos, son propicios para tomar mate y ver pasar el tiempo difícilmente en soledad, porque a diferencia del ful-

minante sorbo del café, la infusión rioplatense es una bebida lenta y compartida. Grupos de ancianos, de madres o de chicos pueden adoptar plazas o parques como lugares de encuentro. Por las calles circulan toda clase de viejos modelos de autos dignamente mantenidos y por todas partes se siente que el consumo no ha penetrado cada una de las fibras de la vida urbana.

En los shoppings o en las nuevas áreas privatizadas de Buenos Aires no hay bancos porque el tiempo que esos lugares proponen es el del vértigo del instante. En ellos todo es vegetación de plástico, hormigón y a lo sumo formas que simulan el pasado, porque se trata de productos de actos autoritarios, instantáneos, caprichosos, a los que nadie puede adherirse sentimentalmente sabiendo que pueden desaparecer al menor sobresalto del mercado. Dejados en libertad, los árboles verdaderos suelen ser voraces consumidores de espacio e insoportablemente lentos para crecer.

En su extraño anacronismo Montevideo no es muy diferente de Praga o Budapest, del modelo de ciudades detenidas en el tiempo por la estupidez, el cinismo y la impotencia del "socialismo real".

Hay enormes sectores de Buenos Aires que pueden ver su imagen en el espejo de la capital uruguaya. En su mayor parte permanecen al margen de las políticas de las administraciones de los años recientes. Se trata de zonas como Barracas o Parque de los Patricios, en el sur, pero también de numerosos barrios en el oeste y en las periferias más allá del límite político, donde se conservan algunas lecciones de urbanidad pública y señales del pasado de la ciudad. Sus calles no han reemplazado los viejos empedrados, sus frentes son compactos, baja su densidad y magníficas las bóvedas de sus arboledas. Es cierto que, junto con su pasado, esos bancos y esas calles traen ignorancia, inmovilismo, pequeños egoísmos, y también es probable que, en su interior, esas casas guarden oscuridad y olores de encierro. Esos barrios dispersos mediante los que la ciudad se extendió sobre la llanura crecieron con los recursos escasos que generaciones y generaciones invirtie-

ron sacrificadamente para equipar su decencia a costos desmesurados. Pero allí están como testimonio de esos esfuerzos y de esos errores, y quizás también de unos valores que convendría repasar antes de cambiarlos apresuradamente. Al revés que en el bajo de Flores, pueden oponer poca resistencia a las topadoras y, en muchos casos, ocupan posiciones que prometen rentas tentadoras. Con sus infraestructuras ya provistas y su baja densidad invitan al administrador o al técnico urbano a reemplazarlos por concentraciones mayores de población.

En el mejor de los casos, la lógica de la economía de recursos y la igualdad moderna se opone aquí a la de la memoria y el comunitarismo antiguo. El trabajo, a la labor. La moneda, a los botones de Lou; la transparencia, a la opacidad. ¿Resistencia o nostalgia?

### Generic City

Desde hace apenas algo más de un par de décadas, la ciudad ha comenzado a recibir en número creciente esos objetos neutros y opacos que son la perfecta representación física de la globalización: los contenedores. Sus dimensiones son universales, como universales son sus maneras de ocupar enormes superficies de las ciudades. Todo puede habitar su interior, desde las más pequeñas e inofensivas pertenencias de un niño hasta las armas más terribles. Vorazmente, estas cajas apiladas forman nuevas *Siedlungen* alucinadas. Cuando se transitan las calles de cementerio de esos nuevos territorios urbanos, se conoce el infierno de la neutralidad y la homogeneización total. En Buenos Aires estos objetos siempre distintos pero siempre iguales a sí mismos están conformando el paisaje de importantes barrios; en el puerto, en el Dock Sur, en la vieja zona de las Barracas. En teoría, las nuevas *Siedlungen* sin seres humanos deberían ocupar en el futuro superficies mucho mayores por el aumento de los volúmenes de intercambio comercial que, según nos dicen, traerá como consecuencia la felicidad de los habitantes.

Aislados por el Océano, la selva y los Andes, los argentinos somos propensos a las exageraciones acerca de lo que ocurre en el resto del mundo del que más que contactos directos siempre hemos recibido imágenes. No hace mucho, por ejemplo, creímos que nuestro ejército podía derrotar al de la OTAN. No es extraño entonces que las historias sobre los Tigres Asiáticos, la realidad virtual, los nuevos paradigmas, las economías emergentes, las autopistas de información, y la globalización, adquieran aquí un valor de realidad no menor que otros mitos capaces de movilizar enormes energías sociales.

En ese nuevo mundo Buenos Aires podría ser no sólo una metrópolis regional sino mundial. Paraíso de un capitalismo desbocado, interlocutora por tradición de Europa, cabeza de un país convertido en socio advenedizo —y por ende fanático— de los Estados Unidos, primer puerto de un nuevo enlace transpolar de América con Oriente a través de Sidney, la ciudad debería equiparse para su nuevo rol. En el mundo sublunar, el aeropuerto internacional de Ezeiza impresiona al viajero por su precariedad. Ofrece los servicios, tiene las dimensiones y aloja las actitudes de una pequeña terminal de provincias.

Aunque el sistema portuario ya se está transformando —se han acelerado las velocidades de operación y reordenado las condiciones de estiba—, la ciudad carece de verdaderos centros de transferencia de cargas, las redes

territoriales de transporte terrestre son precarias, y la coordinación entre distintas modalidades de tráfico es prácticamente inexistente. La ciudad genérica existe más en la imaginación que en la realidad.

En 1995 el presidente de la nación inició una campaña dirigida a la construcción de una gigantesca isla aeropuerto en el Río de la Plata, a pocos kilómetros de la costa. Como muchas otras desmesuras, la idea pretende proveer a la ciudad del mejor aeropuerto del mundo; un nuevo retazo: una verdadera ciudad-aeropuerto. A continuación, el gobernador de la provincia de Buenos Aires promovió una alternativa de dimensiones similares pero localizada en la costa provincial al sur del territorio federal. El nuevo centro establecería conexiones entre las distintas modalidades de transporte y con la cabecera del puente que, muy pronto, unirá el área metropolitana con Uruguay y Brasil.

Grupos de empresarios privados argentinos y de otros países están planeando y comenzando a construir en el área sur del viejo puerto Madero lo que debería convertirse en un gigantesco centro de comercio internacional, con salas de convenciones, instalaciones para ferias comerciales, hoteles y todas las características de las nuevas ciudades sin ciudadanos que están surgiendo en vinculación con los aeropuertos en otras zonas del mundo. El negocio hotelero ha crecido en forma vertiginosa.

¿Los futuros yuppies, visitantes eff-

meros?, ¿los buscadores de "naturaleza virgen" en tránsito hacia la selva o los glaciares?, ¿la cada vez más populosa farándula de los medios masivos de comunicación?, ¿los que todos los días viven la homegeneización y el desconcierto? ¿Quiénes son los destinatarios de la armonía de juguete que defienden los docks reciclados del puerto antiguo? Viejas damas dignas pintadas como putas, sus construcciones de ladrillo y sus magníficas piletas de piedra son la porción de pasado que la ciudad genérica preserva, hueca, para creer que en ella está su alma. Absurdo: la ciudad genérica debe ser distinta para ser igual. En todos los aeropuertos están las mismas/distintas fotos que aseguran que estamos en un lugar concreto del planeta.

Puerto Madero será un perfecto simulacro de Buenos Aires en el que las casas y negocios del presente ocupen el centro de la ciudad ideal, abrazado desde el oeste por el diminuto protectorado de la "historia", y desde el este por el simétrico y también diminuto protectorado de la "naturaleza" que es la "reserva ecológica". Sin los contradictorios rasgos de Mogadiscio, París, New York, Montevideo, o Los Angeles, el simulacro ofrecerá al viajero ideal que descienda en la isla de los sueños presidenciales las mismas emociones civilizadamente controladas del paradigma que sugiere un gigantesco Club Medite-  
rranée.

19

## La Ciudad Futura

Revista de cultura socialista

Bmé. Mitre 2094 - 1º p. (1039) Capital  
Tel.: 953-1581

ENTREPASADOS (REVISTA DE HISTORIA

Año VI - Número 12 - Principios de 1997

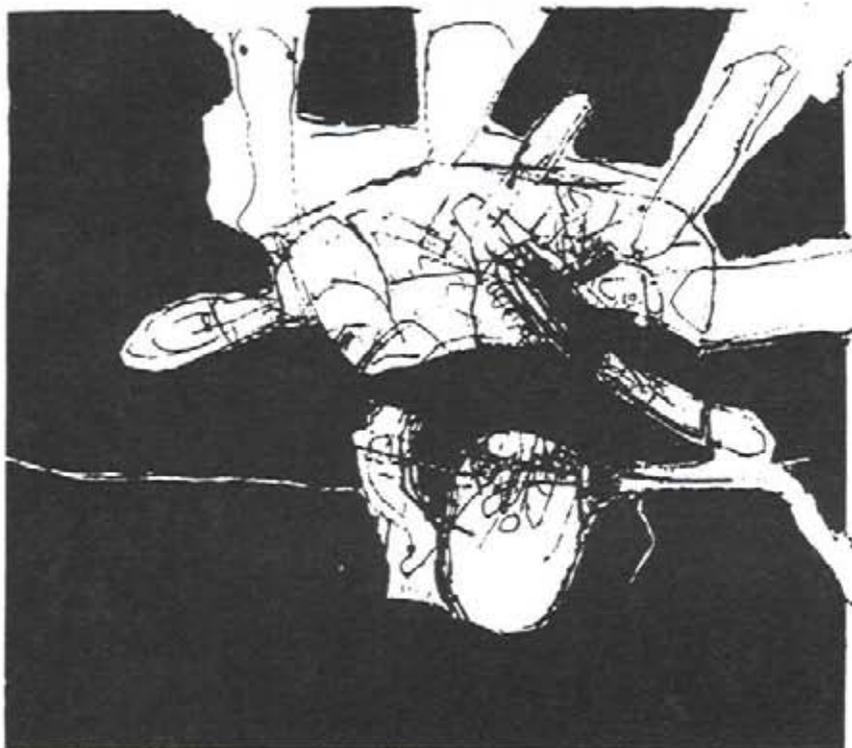
Elizabeth Fox-Genovese: feminismo sin ilusiones • Merridale: muerte y memoria en Rusia  
Halperin Donghi: crítica a Florencia Malon

Suscripciones: en Argentina, u\$s 24.- (dos números).  
En el exterior, vía superficie, u\$s 30.- (dos números); vía aérea, u\$s 40.- (dos números).

## Algunas reflexiones sobre un plano en un film de un cineasta iraní

David Oubiña

20



"Pienso en Matisse dibujando un olivo desde la cama, observando los espacios vacíos entre las ramas, descubriendo, con este nuevo modo de observar, que ha superado la imagen habitual del objeto dibujado, el clisé del *árbol de olivo*. Lo que Matisse ha descubierto es ese principio del arte oriental que elige pintar el vacío o, mejor, que atrapa al objeto a representar en ese raro momento en el que la totalidad de su identidad cae bruscamente en un nuevo espacio: el intersticio".

Roland Barthes, "*Querido Antonioni*"

### Principio de indefinición

La muchacha avanza por el campo, atravesando pequeños bosques de olivos, sin decir una palabra. Sabemos que se llama Tahereh. No corre, pero camina a ritmo sostenido, sin detenerse, sin dudar en ningún momento sobre la dirección que debe seguir. Sus

pasos son firmes y seguros, casi impacientes; su mirada altiva, despreocupada de las imperfecciones del camino, parece concentrada en algún punto invisible del horizonte y —sobre todo— nunca gira hacia el joven que trota a su lado. Él no para de hablar. Sabemos que se llama Hosein. Agitado, enumera candorosamente las

conveniencias de la vida conyugal y reclama ansioso una palabra de aceptación, un gesto de aliento, una mirada: alguna señal que insinúe que sus propuestas no resultan del todo indiferentes.

Aunque ella tiene una posición social más alta y él es analfabeto, ambos son habitantes de una pobre zona rural, en las afueras de Teherán. La región, asolada recientemente por un terremoto, fue el escenario elegido para una película que reconstruirá las terribles consecuencias del cataclismo. Reunidos durante unos días por el azar del rodaje, los dos jóvenes interpretaron a una pareja de recién casados. La filmación se realizó bajo un clima incómodo porque ella se negó sistemáticamente a dirigirle la palabra a su compañero quien, entre toma y toma, no cesó de proponerle matrimonio. Ahora el rodaje acaba de concluir y ella se dirige a su casa a través de los huertos de olivos mientras él la persigue repitiendo su larga, ininterrumpida declaración de amor.

Están a punto de separarse para siempre y el joven monologa con desesperación, sabiendo que se escapa su última oportunidad: viene siguiéndola desde que dejaron al equipo de filmación y sin embargo no ha logrado que ella le dirija la palabra. Ni siquiera se ha detenido para escuchar las promesas apasionadas y las bondades que un futuro juntos les depara. ¿Es simplemente desinterés? ¿O es que su familia no vería con buenos ojos esa relación? Seguramente él piensa

que, de ser invisible, su demanda no causaría menos efecto. O quizás no, tan concentrado se halla procurando dar con algún argumento convincente. Y aunque ella parece no advertir su presencia, lo cierto es que alguna incomodidad se delata en su cuerpo rígido, alguna tensión se adivina en su andar decidido.

Keshavarz, el director del film — que ha intercedido como diligente celestina durante el rodaje — los sigue a una prudente distancia, interesado en conocer el desenlace. La pareja desciende una loma y el director se detiene para observar desde arriba. Lo vemos por última vez mientras la cámara adopta su perspectiva y muestra la escena desde la cima de la colina, a distancia, en un gran plano general. Los dos jóvenes cruzan el campo y se alejan, entramándose con las arboledas ralas, cada vez más pequeños. Ahora son dos manchas diminutas, casi confundidas con el paisaje; ella avanza adelante y él la sigue muy de cerca, gesticulando sus últimas esperanzas, inaudibles salvo para ellos. Cuando nuestra visión no alcanza a distinguir nada, adivinamos que ella se da vuelta y lo enfrenta. Él se detiene y parece escucharla. Por un momento, la escena flota en suspenso. Pero si Tahereh dijo algo, debe haber sido una respuesta muy breve porque enseguida le da la espalda y sigue caminando. Hosein permanece en su lugar. Duda. Está conmocionado. Evidentemente. Pero ¿por qué no reacciona?, ¿qué ha dicho ella? De pronto lo vemos girar y volver corriendo sobre sus pasos mientras los tersos acordes de Cimarossa anuncian el final de la película.

El plano pertenece a la última escena de *A través de los olivos*, tercera parte de una constelación de films que el cineasta iraní Abbas Kiarostami inició con *¿Dónde está la casa de mi amigo?* y continuó con *La vida y nada más* / *Y la vida continúa*.<sup>1</sup> En *¿Dónde está la casa de mi amigo?*, el pequeño Ahmad se escapa de su hogar, empeñado en devolverle a su compañero de clase el cuaderno que se llevó por equivocación. En *La vida y nada más*, el supuesto director de ese primer film regresa a la región del rodaje, destruida por un terremoto, enar-

bolando la foto de Ahmad en el afiche promocional de *¿Dónde está la casa de mi amigo?* y preguntando a todo el mundo por el paradero de los niños que protagonizaron la película. Por su parte, *A través de los olivos* se presenta como un falso documental que registra algunos momentos de la filmación de *La vida y nada más*: Keshavarz, que dice ser el realizador de ese segundo film, observa cómo un joven iletrado intenta seducir a la muchacha con quien comparte una de las escenas.

Cada film documenta uno previo y, a su turno, se convierte en el motivo ficcional del siguiente. En este extraño despliegue de palimpsestos, donde cada película se escribe encima de la anterior, Kiarostami se desplaza constantemente entre los polos de la ficción y el documental: no es una unidad doble que pasa de un régimen al otro; es un orden complejo de permutaciones. En *La vida y nada más* las situaciones son ficcionales pero el terremoto es real (el sismo que efectivamente asoló la región de Gilán en 1991), y no constituye un mero decorado para la acción sino que establece sus condiciones de posibilidad narrativa. Si, por un lado, lo documental funda la ficción, por otro, la ficción bordea constantemente el testimonio. Ambos aparecen conectados como a través de un anillo de Moebius: la narración es siempre el resultado de una contaminación que desplaza el sistema de verosimilitud hacia un territorio indecible.<sup>2</sup> En la escena inicial de *A través de los olivos*, por ejemplo, Keshavarz dice a cámara: "yo soy el actor que interpreta al director de esta película", pero enseguida la script-girl lo llama para que entreviste a unas jóvenes para el rol de la protagonista y, sin solución de continuidad, el hombre se introduce en la acción del film.

Si esta oscilación tiene alguna importancia, no es porque anime un mero truco autorreferencial sino porque construye el lugar de la visión como esencialmente ambiguo. Captura la película en un umbral de indefinición. En el torbellino de superposiciones, desdoblamiento o reescrituras, la enunciación se vuelve inadjudicable y, entonces, la materia del film adquiere

una singular ductilidad, abandona las asignaciones convencionales y se muestra dispuesta a aceptar nuevas configuraciones. Serge Toubiana sostiene —a propósito de *La vida y nada más*— que "el movimiento y la mirada están imbricados, ver y desplazarse no son sino una misma y única función". Pero en eso consiste siempre la mirada de Kiarostami: bajo la órbita del ojo, las cosas borronean sus contornos, se salen de foco. Imposible instalarse en un punto, imposible fijar la mirada. ¿Qué debe verse ahí, en el plano? Esta indecisión sobre el estatuto mismo de la imagen, su constitutiva ambigüedad, es lo que se halla en la base de la escena final de *A través de los olivos*.

### Principio de sustracción

Lo primero que llama la atención en esa imagen es que Kiarostami filma la escena romántica como se filmaría el plano de establecimiento en una batalla: desde lo alto y en plano general. (¿Por qué no, al fin y al cabo, si en *Alejandro Nevski* Eisenstein rodó la batalla del Lago Peipus como una estilizada sucesión de planos cerrados?) En vez de alternar plano y contraplano para poner en escena el duelo amoroso, un único plano general en donde los jóvenes se alejan cada vez más; en vez de acercar la cámara a los protagonistas para mostrar sus reacciones, una distancia que los deja hundirse en el paisaje; en vez de permitirnos oír sus dichos, un silencio apenas adjetivado por el viento.

Kiarostami sólo dirá: "la función del arte es acercarse a las personas. A veces el casillero en el que se coloca a un individuo resulta demasiado estrecho y es necesario ensancharlo (...) Para mí, un primer plano no implica necesariamente un acercamiento a la persona". Tal vez este romance imposible reclama un marco más amplio, pide no ser visto como una excepción, una anomalía. ¿Acaso, en su misma desproporción, el plano general permite advertir la dimensión íntima del conflicto amoroso, eludiendo la confrontación melodramática del plano / contraplano? Tal vez. Tal vez, una

perspectiva excesivamente cercana sería una intromisión impertinente en el espacio privado de la pareja. Ese momento de intimidad es exterior a la película. Kiarostami nunca fuerza la escena; entrega pudorosamente lo que ella está dispuesta a dar. Hay aquí una antropología de la imagen: el cineasta sigue a los personajes guiado por un principio de mínima intervención. Confiar en el plano, de eso se trata. No es la trampa de un final abierto en donde el realizador selecciona opciones para que el espectador decida; tampoco es una falsa retórica sobre la autonomía de los personajes que se emancipan de su creador. Es sólo que el cineasta no conoce más de lo que puede saberse. Ciertamente la escena ha dicho algo, pero eso ya no pertenece al orden del film.

Este final reformula la relación entre lo oculto y lo visible y plantea la pregunta sobre los objetivos que debería perseguir una narración cinematográfica. Para Kiarostami, lo evidente no encierra un enigma que sea preciso develar. No es cuestión de adivinar lo que se esconde detrás de lo visible sino de advertir cuán oscuro resulta lo observado. Las imágenes no se presentan directamente ante la mirada que las indaga. Parafraseando a Juan José Saer: percibir es apercebir(se). Más que señalar un contenido subyacente, es construir una textura visual. Desde el *par fábulas / syuzhet* del formalismo ruso hasta la distinción entre *comprensión e interpretación* de David Bordwell, la teoría cinematográfica

ha insistido a menudo en conceptualizaciones que se recortan sobre la vieja dicotomía entre *contenido y forma* (aun cuando sea para acentuar la preeminencia de ésta sobre aquél). Como si hubiera contenidos anteriores y al margen de formas que sólo intervendrían para vehicularlos; o al contrario, como si las técnicas constructivas pudieran vaciarse de toda materia. En el cine de Kiarostami no hay formas revistiendo contenidos. El plano no organiza un sentido, lo produce. Y lo produce, incluso, como opacidad. Si fuera posible determinar un rasgo fundamental de lo poético cinematográfico, habría que buscarlo allí donde la imposibilidad para rastrear en la imagen una avenencia entre toma y concepto vuelva inútil esa distinción.

Por lo tanto, más que una cubierta hermética, la pantalla es una llanura visual. En cuanto se advierte esto, todas las relaciones formales y dramáticas que instauró el cine convencional aparecen cuestionadas: el plano general desde lo alto no es necesariamente un punto de vista que domina la escena sino que se revela como una mirada incierta. Estamos comprometidos con los personajes y, a la vez, irremediablemente afuera. Imposible entrometerse. Esta distancia es el punto de máxima cercanía. André Bazin escribe: "Valéry condenaba a la novela por estar obligada a decir 'la marquesa ha tomado el té a las cinco'. Con este criterio, el novelista puede compadecer al realizador, obligado —además—

a mostrar a la marquesa". La cámara ve todo, incluso aquello que no entiende. Pero si el arte pertenece a una dialéctica entre lo que muestra y lo que en esa misma exhibición se ausenta, ¿cómo es posible representar a través de ese ojo insomne que nunca deja de atisbar? ¿Cómo es posible rozar lo indecible si se está obligado a la ostentación?

Kiarostami ha hecho de esta condena a los ojos abiertos la salvación del cine. Porque en la simple negociación entre una larga toma en plano general y un punto de vista distanciado, encuentra una imagen nítida y precisa pero ambigua a la vez: exacerba la visibilidad propia del medio, por un lado, y restringe, por otro, su capacidad de intromisión. Se deja ver todo y, aun así, no es posible saber qué ha sucedido. Comprendemos que hay una exterioridad más radical que el desconocimiento: cuando aquello que nos excluye se despliega ante nuestros ojos. La escena ya no alude solamente a la pareja sino también a esa mirada (que es la de Keshavarz, pero también la nuestra) pendiente de la pareja. Resulta evidente, entonces, que el plano secuencia y la visión general son funciones de la distancia; no están ahí para garantizar una visión amplia (amplificada) sino para introducir la irremediable exterioridad de un punto de vista. Para los términos de una planificación convencional, el plano acusa la ausencia del contraplano correspondiente: la mirada que sostiene la escena carece de representación. O sea, se

## HISPAMERICA

SAUL SOSNOWSKI

5 Pueblo Court Gaithersburgh  
MD 20878 USA

### Tariffas de Suscripción

Bibliotecas e Instituciones: U\$S 21  
Suscripciones individuales: U\$S 30  
Patrocinadores: U\$S 30  
(Excepción Año 1 N°s 1, 2 y 3 U\$S 25)

## REVISTA IBEROAMERICANA

Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

### Suscripción anual:

Socios del IILI: U\$S 55.00  
Individual para estudiantes: U\$S 30.00  
Individual para profesores jubilados: U\$S 30.00  
Socios protectores: U\$S 80.00  
Instituciones suscriptoras: U\$S 70.00  
Instituciones protectoras: U\$S 80.00

### Países latinoamericanos:

Individual: U\$S 30.00  
Instituciones: U\$S 35.00

Directora: Mabel Moraña

Secretario-Tesorero: Bobby J. Chamberlain

1312 CL, Universidad de Pittsburgh  
Pittsburgh PA 15260 USA

convierte en un fuera de campo absoluto. Esa enunciación distanciada define una modalidad de exclusión. Alguien observa pero ya no sabe qué debe ver. En un movimiento doble —sólo en apariencia contradictorio— Kiarostami marca fuertemente un punto de vista y declara, desde allí, su incapacidad para precisar un sentido. Quizás, en ese momento, cuando deja de perseguir a la pareja y se detiene a observar desde la colina, el cineasta advierte que siempre algo en la escena permanecerá intocado.

Refiriéndose a *Primer plano*, Kiarostami ha dicho que se sentía más un testigo del film que su realizador. Lo mismo podría afirmarse de estas otras películas suyas: el cine es esa exterioridad, cierta distancia, cierto pudor en la observación. Y eso es una característica de la mirada, no el resultado de una oposición entre plano secuencia y montaje por corte. No se trata de mostrar o no mostrar sino de qué puede apreciarse en lo mostrado. Resistirse a que la exuberancia visual del medio determine el sentido y hacer surgir lo incierto dentro de unos contornos demasiado precisos. En *¿Dónde está la casa de mi amigo?*, el pequeño Ahmad, que se ha escapado para devolver el cuaderno a su compañero, regresa tarde a casa y debe enfrentarse al castigo. Pero Kiarostami no muestra el camino de vuelta ni el escarmiento: el plano siguiente muestra al padre de Ahmad intentando sintonizar la radio mientras el niño lo observa en silencio. Nada se dice, no hay lágrimas ni penitencia, ninguna mirada de reproche; sin embargo es evidente que ha sido retado. Nada en la imagen parecería señalar al castigo pero todo está cargado con el peso ominoso de la culpa. No es sólo que un momento se intuye en el otro; hay, en la densidad de la escena, un modo diferente de construir la emoción. La elipsis no es aquí una cuestión de economía narrativa sino una meditada modulación dramática. Si Kiarostami decide no mostrar la reprimenda no es para eliminar un tiempo muerto (puesto que el hecho tiene una importancia central), sino para recuperarlo como violencia contenida. La elipsis no omite la información, en todo caso anula el

efecto melodramático que la representación de las acciones no hubiera podido evitar.

El final de *A través de los olivos* no opera con una elipsis entre planos sino con un solo plano secuencia. Pero así como en la odisea de Ahmad el corte eliminaba un momento de la acción, aquí la lejanía introduce una restricción en el punto de vista. La distancia equivale, por lo tanto, a una forma de la elisión. Y si en *¿Dónde está la casa de mi amigo?* lo excluido emergía como reminiscencia de la imagen, en *A través de los olivos* el fuera de campo instala la indecisión como estatuto del plano. Son procedimientos distintos pero solidarios. La acción omitida (por elisión temporal o distancia espacial) no está destinada a hacer avanzar la acción sino a potenciar dramáticamente lo que se muestra: no pretende aligerar la narración; es una ausencia que sigue presionando sobre la imagen. Lo excluido se filtra en lo que se ve, de manera que la imagen se libera de la literalidad. Es más de lo que es: revela otras capas de sí, en su misma superficie, sin apelar a ninguna profundidad.

Indudablemente, el problema del cine es que exhibe demasiado. Hay que poder ver menos. Sólo se ve más cuando se ve menos. O, en la fórmula de Godard: "hay que cerrar los ojos, no abrirlos". El film se construye sobre la rarefacción: no es una adición de planos sino, al contrario, lo que queda después de eliminar el exceso de imágenes que hubieran hecho de él una pura historia sin perspectiva. Por eso el final no progresa hacia una evidencia que, desde el principio, el film hubiera escamoteado y preparado a la vez. El cine es una sustracción, es un poco menos que la vida. Siempre se termina ignorando algo.

### Principio de incertidumbre

Ver es pretender atravesar el velo de las cosas que se resisten a revelarse; por lo tanto, sólo se puede concebir a la visión en el borde de un rechazo. Cierta decepción es constitutiva del ojo: siempre se es un poco miope. Por eso, el film de Kiarostami no intenta

mostrar lo que puede la mirada sino, justamente, poner de manifiesto que ver no es posible. El cine es, en este sentido, un ojo que se abre hacia aquello que no sabrá mirar. Un salto al vacío de la visión. Kiarostami logra, por persistencia de la observación, conferir a las cosas un misterio olvidado. Como todo gran cineasta, no filma para que el mundo le comunique su secreto sino, en todo caso, para devolverle su incertidumbre.

En *¿Dónde está la casa de mi amigo?*, Ahmad solicita a los lugareños alguna indicación que lo conduzca hasta la casa de su compañero; y en *La vida y nada más*, el director muestra un afiche de ese film anterior para recabar datos sobre el paradero de su pequeño protagonista.<sup>3</sup> La pesquisa procede de un interrogante a otro y cada información es una demora. Nunca se está sobre la pista segura: nadie conoce muy bien el camino, las indicaciones son imprecisas y el precario catastro rural es un verdadero laberinto. Hay un arte de la digresión en Kiarostami y un gusto por los recorridos: el camino zigzaguea por entre los montes y cada indicación inaugura una nueva pregunta que mantiene a los personajes en constante movimiento. El abuelo de Ahmad sostiene que "uno debe ser educado de manera que sea suficiente con que le digan las cosas una vez" y el maestro reprende a un alumno porque ya le ha dicho varias veces que debe hacer sus deberes en el cuaderno de clase. Pero el trayecto poco eficiente de Ahmad impugna —en su antojadiza mecánica de desvíos— tanto el rigor familiar del "escuchá a tus mayores" como la férrea pedagogía del "repita cien veces: no debo..." Ni el saber tradicional (que se presenta como síntesis de la experiencia), ni la repetición escolar (que instala el conocimiento como memorización): Ahmad necesita que el camino le sea indicado infinitas veces y, cada vez que repite la misma pregunta, escucha una respuesta diferente que contribuye al extravío. Finalmente encuentra a un anciano que accede a guiarlo, pero ya se está haciendo de noche y el hombre no puede caminar rápido: siempre hay algo que está fuera de lugar.

En *A través de los olivos*, más que del camino sinuoso de la interrogación, se trata de la obstinada negación de una respuesta. Si Hosein pregunta insistentemente no es porque circula a través de desvíos sino porque es continuamente rechazado. En un alto de la filmación, mientras Tahereh aprovecha para estudiar sus lecciones, el joven repite una vez más su monótona proposición. Y una vez más, la llamada indiferencia es el único eco. Desalentado pero no resignado frente a ese silencio, sugiere un código gestual: si ella no quiere hablar, bastará con que dé vuelta una página para que él sepa que no lo desprecia. Esta forma de diálogo no requiere casi esfuerzo por parte de ella, dado que sólo debe hacer lo que ya está haciendo; hasta podría pensarse que Hosein trampa sutilmente para contar con la complicidad de la situación y asegurarse el éxito: el desarrollo natural de la escena debería favorecer su interpretación de los hechos ya que, previsiblemente, ella voltará la página en algún momento de su lectura. Está acorralada; es imposible que no reaccione, que niegue la mínima cortesía de una respuesta. Hosein espera el veredicto con angustia, ahora él también en silencio, como si la insistencia de su mirada fija sobre las páginas pudiera susurrarles algún movimiento. Pero las páginas no se mueven, ni siquiera las afecta la leve brisa de la mañana, y ella parece dispuesta a seguir leyendo las mismas líneas eternamente. ¿O acaso su inmovilidad trasunta una duda? ¿Es que realmente su familia le ha prohibido hablarle? No lo sabremos porque, en seguida, el director los convoca para repetir la toma.

Importa aquí, ante la respuesta demorada, ese compás de espera redoblado por el acoso de una nueva pregunta que retoma y acentúa la anterior. Porque, aun sin réplica, las propuestas de Hosein nunca son preguntas retóricas. Y lo que resulta inquietante es que diseñan, en el reverso de su voluntarioso dialogismo, el hueco desdénso de una respuesta ausente. A esta altura ya no importa siquiera el carácter afirmativo o negativo de la decisión. Una respuesta, cualquier respuesta, le concedería a Hosein alguna

existencia ante los ojos de la joven. Si toda convicción fundamentalista prescinde de las preguntas porque se considera previa a todo diálogo, entonces lo intolerable de la escena es que el silencio de Tahereh impone una exclusión absoluta, un limbo infranqueable. Pero también es cierto que ningún fundamentalismo tolera la presión insistente de esa interrogación desterrada que, en su misma imperfección, corroe el muro aparentemente inexpugnable de la negación.<sup>4</sup> Por eso, al final, cuando Tahereh se decida a hablar con su pretendiente, no importará cuál sea su respuesta y el realizador no deberá conocerla. Digamos que hay una respuesta, sólo que el film no logra oírlo. Conservar ese gesto, inaudible pero constatable, es preferir mantenerse en la zona incierta y nómada del diálogo.

#### Principio de precariedad

No se hace un film para responder interrogantes. Hay, indudablemente, cosas sobre las que no es posible hablar. Kiarostami trabaja sobre un inefable visual: esa zona comunicable del plano, esa frontera resistente a la mirada que sólo podría precisarse traicionándose. Es decir, esa dimensión de la imagen que no puede ser mostrada por ninguna imagen.

La hierba tiembla suavemente y los olivos se mecen, acompañando el paso de los jóvenes. La imagen reverbera como un camino bajo el sol del verano; ingresa en un estado de oscilación. Todo está en trance. La excesiva longitud del plano provoca una detención en la escena y el suspenso debe entenderse aquí literalmente como suspensión: por un instante el paisaje se dilata y la imagen adquiere una fragilidad deslumbrante, luminosa.<sup>5</sup> Cézanne: "Las cosas están desapareciendo. Es necesario apresurarse si aún se quiere ver algo". Y es cierto, todo puede desvanecerse de un momento a otro: los olivos, los pastos altos, el chico, la chica. Es una extraña epifanía, no porque produzca alguna revelación sino porque, de pronto, el plano absorbe los avatares de la pareja y los convierte en motivo de una visión. La

imagen ha conquistado su precariedad. Nunca sabremos qué pasó realmente y, sin embargo, es sólo gracias a nuestro testimonio que los sucesos tienen algún sentido. Se tiene la impresión de que nunca lo mirado requirió tanto de una mirada. Como si fuera preciso

#### Notas

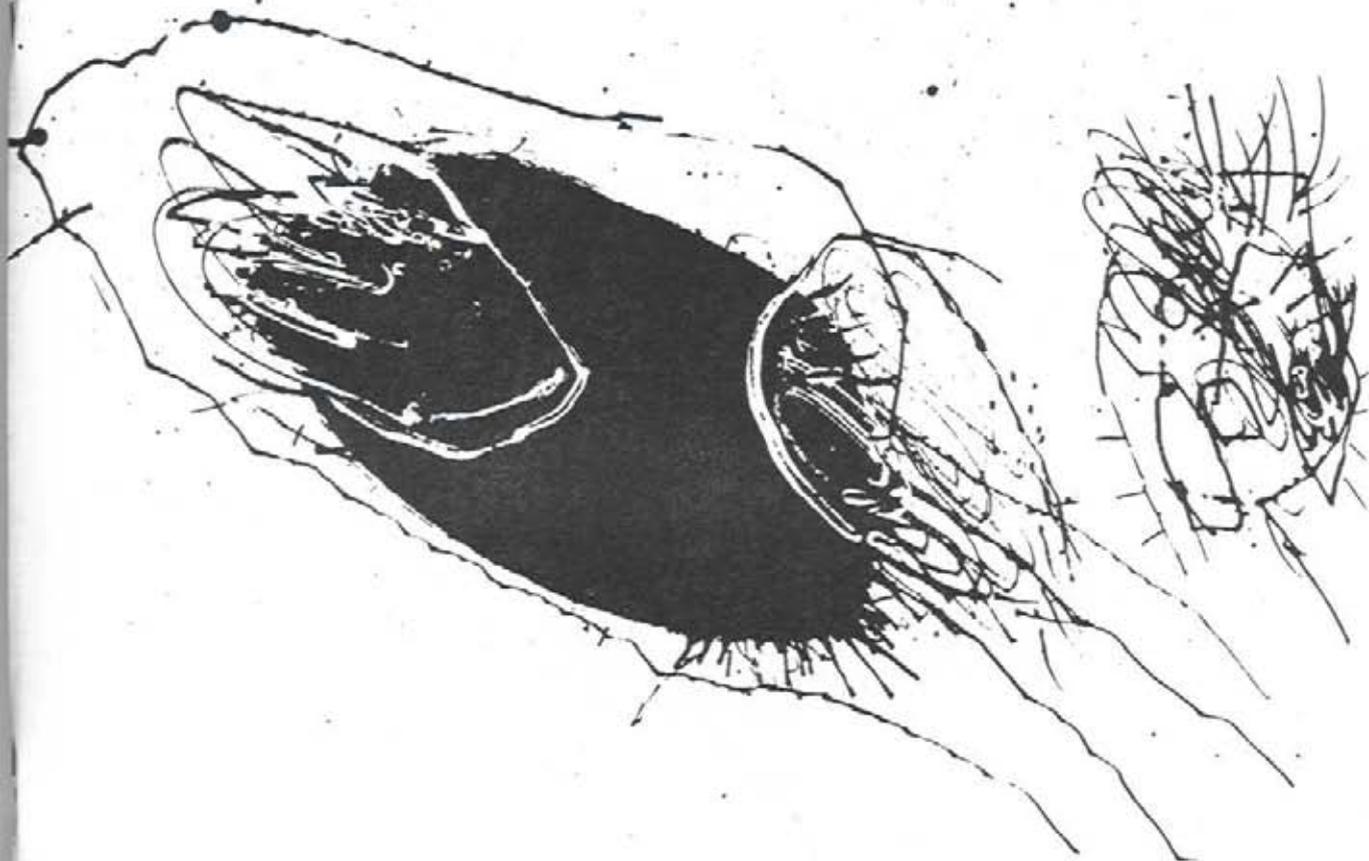
1. Utilizo la traducción castellana de los títulos aunque ninguno de estos films ha sido estrenado en Argentina: *¿Dónde está la casa de mi amigo?* (*Khane-ye doost kojast*, 1987). *La vida y nada más / Y la vida continúa* (*Zendege va digar hich / Zendege edame darad*, 1992). *A través de los olivos* (*Zir e darâkhatân é zeyton*, 1994). Kiarostami, que obtuvo este año la Palma de Oro en el Festival de Cannes, empezó a ser conocido internacionalmente cuando *¿Dónde está la casa de mi amigo?* fue premiada en el Festival de Locarno, en 1989. Para ese entonces contaba con tres largometrajes y una extensa trayectoria de cortometrajes que, en su gran mayoría, permanecen desconocidos para Occidente.
2. Este procedimiento es extremado, al parecer, en *Primer plano* (*Nama-ye nazdik*, 1990): el film es la historia real de un humilde obrero,

cuidar de esa imagen leve: eso que flamea en el paisaje no se despliega para nosotros sino por nosotros.

El film, entonces, es una ventana discreta. Ningún voyeurismo. La escena es eso que casi no se ve y que la cámara rescata en el instante de su de-

saparición, en el borde de la invisibilidad.<sup>6</sup> Se asiste a la escena así como observa Monet la difusión de la luz en los nenúfares de su estanque, como observa Matisse la borradura de sus olivos entre las fisuras de las ramas. No otra cosa es el rito de seducción

de los amantes: un pliegue de la visión, un juego cambiante de tonos y colores sobre un paisaje en movimiento. Todo se halla en flotación. El cine —podría decir Kiarostami— es esa refracción esquiva de una imagen sobre la mirada.



25

encarcelado por usurpar la identidad del director Mohsen Makhmalbaf (a quien admira por su defensa de los desposeídos) y así poder relacionarse con una familia rica de Teherán. Kiarostami convenció a los protagonistas de ese caso policial para que reactuaran los episodios previos al arresto y sumó esas escenas al material documental del juicio y al encuentro —filmado con cámara oculta— entre el verdadero Makhmalbaf y el impostor. La confusión de niveles es tal que, finalmente, cuando la madre de la familia engañada se despide del director auténtico, le dice un poco decepcionada: "señor Makhmalbaf, el otro señor Makhmalbaf era más Makhmalbaf que usted".

3. Un film se envuelve sobre el otro y ambos son variaciones de un mismo motivo argumental que avanza a través de la indagación de pistas. El personaje del director hace, en un film, lo mismo que su pequeño protagonista en el film anterior: deambula de pregunta en pregun-

ta, en busca de una dirección. Así, en *La vida y nada más*, el efecto de la interrogación se duplica en abismo. Buscando información, el hombre exhibe un afiche con la foto del niño y el título del film: "¿conoce a este niño?", inquiera mientras la foto repregunta "¿dónde queda la casa de mi amigo?".

4. El silencio de Tahereh es tan sordo como la verborragia del maestro de *¿Dónde está la casa de mi amigo?*: "no hablen a menos que se les indique", repite a sus alumnos. Pero por eso mismo, la insistencia apasionada de Hosein, su desobediencia y su impropiedad desafían la fijación de los dogmas.

5. El final de *La vida y nada más* está trabajado sobre el mismo tipo de plano, la misma larga duración y el mismo efecto de suspensión. En un camino desierto, el automóvil del director pasa sin detenerse junto a un hombre que hace dedo. Un poco más adelante hay una pendiente. El coche hace esfuerzos por subir,

pero se le apaga el motor y termina descendiendo por el declive hasta estacionarse en la base. El caminante se acerca y gentilmente empuja el auto para que arranque. Entonces, a lo lejos, cuando parecería que el auto va a continuar su camino, se detiene en la cima de la pendiente y espera a que el hombre se acerque y suba. Es cierto que aquí —a diferencia de *A través de los olivos*— la oscilación acaba eligiendo una definición pero, una vez más, lo que caracteriza el final del film es el mismo estatuto precario del plano. Como si, al margen y antes de su clausura, la imagen ya hubiera sido capturada en su punto de volatilización.

6. En Kiarostami, a diferencia de Hitchcock, el observador no está ahí para desentrañar algo en lo mirado. Aquello que ve posee una longitud de onda tan débil que no puede revelarle nada de lo que oculta. Imposible, aquí, jugar al detective: la mirada no es más que una caja de resonancia que acusa las vibraciones del paisaje.

## “Murió en la rada de Marsella”

### Imaginaciones colonialistas en Rimbaud

María Teresa Gramuglio

26



Arthur Rimbaud murió en un hospital de Marsella el 10 de noviembre de 1891. Un día antes, dictó su última carta, destinada al director de una compañía de navegación: “Me encuentro completamente paralizado: por lo tanto, deseo embarcar cuanto antes. Dígame a qué hora podrán llevarme a bordo”. Un mes después, *L'Écho de Paris* dio la noticia de su muerte en diez líneas, indicando el lugar con el curioso desplazamiento citado en el título de estas notas: “Murió en la rada de Marsella”. La rada es una ensenada natural donde los barcos pueden permanecer anclados mientras aguardan el tiempo propicio para salir al

mar. Y Marsella era por entonces la puerta francesa a Oriente y a las posesiones coloniales africanas. Hasta ahí había llegado Rimbaud, desde la granja familiar de las Ardenas a la que había regresado para reponerse, en la última de sus penosas peregrinaciones. Estaba convencido de que trasladándose al Mediodía se iría aproximando al sol y al calor del África, adonde quería retornar, porque allí depositaba sus esperanzas de recuperar la salud y el vigor perdidos.

En estos datos encuentro algo así como la cifra de una continuidad entre la biografía y la empresa poética. Como si reiteraran, en el final de la

vida, esa búsqueda siempre fracasada del “futuro vigor”, “salvación” o “salud” (expresiones todas tomadas de sus poemas), que recorre la escritura fulgurante de Rimbaud. Una búsqueda que anuda el proyecto poético con el devenir otro, y en la que el devenir otro reviste, muchas veces, la figura del viaje al mundo de los otros: el “otro mundo”, el de los “negros”, el de los “países cálidos”; el de las “llanuras de la pimienta” y las “flores de carne”.

Atravesados por el impulso hacia esa transformación, los textos de Rimbaud despliegan una geografía imaginaria: ciudades, países, territorios, paisajes, con su flora, su fauna, sus minerales y su población. Están allí los habitantes del mundo europeo: soldados, burgueses, obreros, muchachas, pero están también las figuras salvajes o exóticas del otro: negros, pieles rojas, italianas rientes y bailarinas árabes. El tópico del viaje, terrestre o acuático, caminata o navegación, entra en sistema con esas geografías. En ellas se recorta con nitidez una zona caracterizada por la presencia de lo que llamo “imaginaciones colonialistas”: un conjunto de pasajes en que reconocemos con claridad las referencias a los territorios coloniales europeos de América y de África.

Estas imaginaciones eran algo bien real en la Francia y la Inglaterra del siglo XIX, dos de los países europeos que con más ímpetu encararon la expansión de sus posesiones en ultramar. Su realidad no se limitaba a la co-

rriente de riquezas materiales que aflúa de las colonias a las metrópolis imperiales, sino que impregnaba la entera cultura de los países centrales de occidente. Como algunos estudios culturales han mostrado, el dominio colonial significó también la construcción de un discurso sobre el otro que, además de proveer un saber efectivo sobre el mundo colonizado (cosa que a mi juicio es erróneo negar), contribuía a reforzar la identidad y los valores europeos.<sup>1</sup> Al mismo tiempo, las diversas empresas de exploraciones y colonización configuraron un amplio espectro de prácticas, actitudes y expectativas, que se corporizaron en una igualmente amplia variedad de textos y discursos y se condensaron en una protonarrativa básica: "...se asocia[ro]n con sustanciosas posesiones, con espacios vastos y a veces desconocidos, con seres humanos excéntricos o inaceptables, con incrementos de fortuna y actividades fantaseadas como la emigración, el hacer dinero y las aventuras sexuales."<sup>2</sup> Un nutrido arsenal de lecturas, desde los trabajos de los eruditos hasta la literatura de viajes, desde las ficciones cultas hasta las populares, pasando incluso por los relatos orales, pero sobre todo por los periódicos y los folletos de divulgación, alimentó esas imaginaciones. Y ellas alimentaron a su vez buena parte de las geografías de Rimbaud. Le proveyeron un repertorio de motivos, tópicos y figuras que se revelan singularmente asociados a la búsqueda y a los límites de su proyecto creador. Sin pretender la exhaustividad, voy a señalar algunos momentos puntuales del trabajo poético con este archivo colonial.

Como comienzo, elijo algunos pasajes de "Los poetas de siete años":

A los siete años imaginaba historias  
/ sobre la vida  
en el gran desierto, donde brilla la  
/ Libertad robada:  
¡selvas, soles, riberas, subanas! Se  
/ servía de las ilustraciones  
de los periódicos en las que,  
/ ruborizado, observaba  
a las risueñas españolas y a las  
/ italianas.

.....  
¡Soñaba con la pradera amorosa,  
/ donde marejadas

luminosas, sanos perfumes,  
/ pubescencias de oro,  
crean su movimiento calmo y alzan  
/ el vuelo!  
¡Cómo saboreaba, sobre todo, las  
/ cosas sombrías  
cuando, en la habitación desnuda,  
/ con las persianas bajas,  
alta y azul, acremente presa de la  
/ humedad,  
leía su novela meditada sin cesar,  
repleta de pesados cielos ocres y  
/ anegadas arboledas,  
de flores de carne desplegadas en  
/ los bosques siderales,  
¡vértigo, hundimientos, derrotas y  
/ piedad!  
mientras abajo crecía el rumor del  
/ barrio,  
solo, acostado sobre piezas de tela  
/ cruda,  
¡y presintiendo el violento agitar de  
/ las velas!<sup>3</sup>

"Los poetas de siete años" es una poderosa trasposición a nuevos registros de la novela de formación del poeta, un tema central del primer romanticismo. Una de las lecturas que admiten los versos citados —no la única— es la de construcción de una escena paradigmática de iniciación literaria: el niño que lee se evade del encierro de la habitación mohosa hacia los mundos de la aventura que le brindan las novelas y los periódicos. La escena condensa así un núcleo de sentidos que se instala en el corazón de la poética rimbaldiana: el ser tiende a romper la cárcel oscura de lo inmediato y de lo doméstico para alcanzar una expansión imaginaria en los espacios abiertos donde "brilla la Libertad robada"; el impulso ascendente ("alzan el vuelo") conecta con las regiones luminosas; en los versos finales, las piezas de tela (*toile*) se convierten mágicamente en un presentimiento de las velas (*voile*) que simbolizan el viaje. Pero ese viaje, con uno de los movimientos deceptivos característicos del "método de Rimbaud",<sup>4</sup> es despojado de todo triunfalismo: al brillo de la Libertad y a las "pubescencias de oro" se opone el sabor de las "cosas sombrías"; a las "marejadas luminosas", los "pesados cielos ocres", y a los cuatro espacios arquetípicos del viaje colonial, "selvas, soles, riberas, sabanas", las imágenes de un abatimiento catastrófico: "¡vértigo, hundi-

mientos, derrotas y piedad!" Así, la "narrativa" del poema termina contradiciendo las promesas radiantes del relato maestro de las imaginaciones colonialistas. Y no obstante ello, queda instalada la tensión exaltada hacia el viaje: "presintiendo violentamente la vela", en traducción literal.

Se ha dicho que los manuscritos de Rimbaud son todo un género. Sólo establecer la cronología de los textos lleva ya un siglo de controversias. Resulta por lo tanto aventurado afirmar que ésta sea efectivamente la primera aparición de esos tópicos en los poemas. Pero si se la acepta como un punto de partida ideal, diremos que ahí se pone en marcha la serie de referencias que, por un lado, encuentra en la fantasía del viaje y en las imaginaciones colonialistas unas figuras de singular poder evocativo para encarnar el deseo exigente de una poesía y un sujeto poético fuertes y nuevos, de una poética radicalmente otra, superior y absoluta,<sup>5</sup> pero que, por el otro, consigna puntualmente, en cada una de sus apariciones, la irrisión o el fracaso de la empresa.

Otros dos poemas del mismo período ocupan en esa serie un lugar destacado y trazan una parábola semejante. "Lo que se dice al poeta a propósito de flores", el explosivo poema que Rimbaud envió en una carta a Banville, enumera con profusión barroca una flora utilitaria ("plantas productoras", "caobas", "tabacales", "algodoneros", "azúcares blancos, / pectorarios y gomas") o monstruosa ("flores semejantes a hocicos", "cálices llenos de Huevos de fuego", "flores que sean sillas", "flores que sean casi piedras... / ¡que en sus duros ovarios rubios / tengan amígdalas gemosas!", etc.) sobre un paisaje claramente ligado a los espacios canónicos de las imaginaciones colonialistas: pampas, picos nevados, trópicos. Como un "Colono" o un "Comerciante" (figuras que en verdad son las que conectarían los dos mundos), en Ríos, Floridas y Guyanas, el "Juglar" del "Siglo Infernal" convocado en estos versos deberá hacer "negros Poemas" y "cánticos de hierro" a esas "extrañas flores", y no a los lises de Banville, emblemas parnasianos de "los vegetales franceses, / ariscos, tsi-

cos, ridículos". En las dos últimas estrofas, una antífrasis introduce el movimiento deceptivo, añadiendo ironía a la ironía combatiente del poema, provocando la irrisión de los temas y delatando con sorna la biblioteca que los provee:

¡Rima, sobre todo, una versión  
sobre la peste de la papa!  
Y, para la composición  
de poemas llenos de misterio

que deban leerse desde Tréguier  
a Paramaribo, cómprate  
los Tomos del Señor Figuer  
—¡ilustrados!— ¡en lo de Hachette!<sup>6</sup>

28 El segundo de esos poemas, "El barco ebrio", despliega las visiones más deslumbrantes ligadas a la imaginación del viaje como símbolo de liberación. La libertad se asocia a la ruptura de toda amarra, al desprendimiento de todas las ataduras al mundo de la civilización burguesa, y es así como el poema trabaja con los dos grandes *topoi* que reescribió la literatura colonial: la Búsqueda y el Viaje a lo Desconocido. A lo largo de veinte estrofas, el viaje utilitario se transforma en una navegación gozosa que no reconoce límites por el "Poema de la Mar": figura que reúne las dos aventuras, la de la poesía y la del viaje, en una totalidad de dimensiones cósmicas. Pero hacia el final, una nota de nostalgia ("¡añoro la Europa de los viejos parapetos!"), anticipa los motivos del llanto y de la desolación, al introducir el deseo por el enigmático "futuro Vigor" que podría haber sido, tal vez, el objeto verdadero de la búsqueda que todo viaje implica ("¿Es en estas noches sin fondo donde duermes y te exilias, oh Millón de pájaros de oro, oh futuro Vigor?"). El poema vira entonces violentamente a la escena mezuquina de la infancia, con una fuerte oposición entre aquel mar luminoso, espacio del recorrido de un sujeto salido de sí mismo, en la embriaguez, y el agua estancada de un charco (que además nombra con un regionalismo de las Ardenas: *flâche*) por el que navega un barquito de papel. Estas notas de encierro y de fragilidad, signo de la disminución del deseo, conectan la figura infantil con el lamento final por el Vigor nunca hallado:

Si algún agua deseo de Europa es la  
/ charca  
negra y fría donde, hacia el  
/ crepúsculo embalsamado,  
un niño, en cuclillas, lleno de  
/ tristezas, suelta  
un barco frágil como una mariposa  
/ de mayo.

Ya no puedo, ¡ay olas!, bañado como  
/ estoy por vuestra languidez,  
seguir la estela de los cargueros de  
/ algodón  
ni atravesar el orgullo de las banderas  
/ y los gallardetes  
ni nadar bajo los ojos horribles de los  
/ pontones.<sup>7</sup>

En 1873, Rimbaud empezó y terminó *Una temporada en el infierno*. Mientras lo estaba escribiendo, se refirió a él como su "libro pagano o libro negro". Y en verdad, los escenarios y figuras de la otredad anticipados en esa adjetivación están presentes en cada una de las partes o pequeños "relatos" en que lo dividió. En la primera, "Mala sangre", el yo poético atraviesa, en sucesivas metamorfosis, varias figuras de alteridad en que se encarna, como en etapas históricas, su ser "de raza inferior": bárbaro, pagano, villano, y, finalmente, negro... Como si se advirtiera: en el mundo moderno, para devenir otro, para salir de la cárcel del yo, habrá que abandonar Europa, habrá que hacerse negro, o habrá que hacerse aventurero. La ensoñación con los poderes de transformación del viaje colonial alcanza en este punto uno de sus momentos de máxima intensidad:

Heme aquí sobre la playa armoricana. [...] Mi jornada está cumplida; dejo Europa. El aire marino quemará mis pulmones; los climas perdidos me curtirán. Nadar, triturar la yerba, cazar, fumar sobre todo.... Volveré, con miembros de hierro, la piel sombría, la mirada furiosa; por mi máscara se me juzgará de una raza fuerte. Tendré el oro. Las mujeres cuidan a estos feroces impedidos cuando regresan de los países cálidos. [...] Salvado. (p. 42-43.)

El viaje, el dejar Europa, vuelve en este pasaje como camino de pruebas hacia el encuentro del "futuro vigor". Procuraría ese "oro", que de inmediato se asocia con las riquezas de la promesa colonialista, pero también,

en sus varias connotaciones, con el oro alquímico, que en el simbolismo de las doctrinas ocultistas implica un triunfo espiritual: en ese oro se superponen el mejoramiento del "alma", o en otras palabras, la transformación del yo, y el oro de la poesía absoluta, el objeto de la búsqueda de "Alquimia del verbo". Procuraría, en otras palabras, la salvación. Pero en el párrafo inmediatamente siguiente se instala un vaivén de movimientos contradictorios: "No nos vamos. —Reanudemos los caminos de aquí...[...] ¡Vamos! El camino, la carga, el desierto, el hastío y la cólera." Si la transformación se alcanza ("Entro en el verdadero reino de los hijos de Cam"), el mundo occidental vuelve de inmediato para imponer sus leyes: "Los blancos desembarcan. ¡El cañón! Hay que someterse al bautismo, vestirse, trabajar." El sujeto se encuentra enfrentado nuevamente con la imposibilidad ("Adiós quimeras, ideales, errores."), pero reanuda de inmediato la búsqueda: "Quiero la libertad en la salvación. ¿Cómo conseguirla?" Así, como en diástole y sístole, en la agitada narrativa de "Mala sangre" los impulsos de acción y decepción se alternan hasta desembarcar en una renuncia: "Me acostumbraré. Sería la vida francesa, ¡el sendero del honor!" (p. 56-57).

Este movimiento muestra el paradigma que rige el tópico de las imaginaciones colonialistas en *Una temporada...* Más adelante, en "Alquimia del verbo", anima una réplica de los entusiasmos y fracasos del viaje colonial, transportada a los dominios de la búsqueda poética. Y luego, en "Lo imposible", el yo poético vuelve a advertir que para alcanzar la salvación deberá abandonar "las marismas de Occidente" por la "sabiduría de Oriente, la patria primitiva", pero esta revelación luminosa resulta a su vez ensombrecida: "Nada hay para ti en la historia de los pueblos orientales" (p. 102-105). Si se acepta seguir el hilo de esta lectura, se podría concluir que la síntesis perfecta y a la vez hermética de estas oscilaciones en los dos dominios, el del viaje y el del proyecto poético, es "Adiós", el texto que cierra *Una temporada en el infierno*.

¿Qué se puede inferir de un reco-

rido tan apretado y por cierto incompleto? Que tanto estas imaginaciones colonialistas como lo que Said ha llamado el "archivo orientalista" tienen en la literatura usos menos monocordes de los que el mismo Said les adjudicaba en su versión del relato maestro. Componen un conjunto muy variado, desde las rectas fantasías triunfales de conquista hasta las evocaciones nostálgicas o irónicas de tantos románticos, de Baudelaire, de Nerval y de Flaubert, o los conflictos morales de Conrad. En este caso, todo indica que las búsquedas exaltantes simbolizadas con el viaje al mundo otro, lejos de culminar en el acceso al nuevo lenguaje poético o a los espacios de la armonía primitiva, lejos de permitir las expansiones del ser o las celebraciones de la aventura de la transformación del sujeto, terminan por instalar la ironía y el desencanto, la impotencia y la desestabilización del yo. Y es así como el relato arquetípico de las imaginaciones colonialistas encuentra en los textos de Rimbaud su derrota y sus límites, y quizá también, de algún modo, su crítica.

Nadie que haya escrito sobre Rimbaud ha dejado de interrogarse por el absoluto silencio poético que siguió a su viaje verdadero al mundo colonial, durante los once años de su estancia en Adén y en Abisinia. A las múltiples respuestas ensayadas para ese enigma, quiero añadir un par de sugerencias más. Una, que su aventura colonialista tal vez haya sido, más que un corte, una continuación de la aventura poética por otros medios: ambas le revelaron que "el sueño en la riqueza es imposible". Otra, que Rimbaud, como Kurtz y como Marlow en *El corazón de las tinieblas*, pero también como lo prefiguraban sus propios textos poéticos, persiguiendo las promesas del viaje colonial se encontró con el horror que conduce a los bordes de lo indecible.

Desde el África, Rimbaud escribió muchísimas cartas, casi todas a su familia. Esas cartas forman también una especie de "relato" en el cual los tópicos de las imaginaciones colonialistas regresan, animados por el deseo de hacer fortuna. Al principio, manda a pe-

dir enormes cantidades de libros técnicos y manuales, brújulas, teodolitos, y hasta un equipo fotográfico. Más adelante, explora zonas desconocidas y redacta informes geográficos. Comercia con pieles, marfil, café y almizcle. Describe los conflictos y los errores de la política colonial. También intenta el tráfico de armas y tal vez hasta el de esclavos. Hacia el final, pide medicamentos y una media elástica para su pierna enferma. Fue el viajero científico, el comerciante, el colono, el explorador, el aventurero, siempre fracasando, siempre anunciando la partida hacia otro lugar (Zanzibar, Panamá), y siempre volviendo a Harar, la ciudad amurallada cuyas puertas se cerraban por la noche. Finalmente, fue el derrotado por los inconvenientes, las privaciones y la enfermedad. Cuando todavía no hacía un año que estaba en Harar, escribió:

"Y qué quieren que les cuente de mi trabajo aquí, que ha llegado a repugnar-me a tal punto, y de esta región, que me produce horror..." Y sobre el final de su estada, en 1890:

No se asombren de que casi no escriba: el motivo principal es que nunca encuentro nada interesante que decir. Cuando se vive en países como éstos, hay más cosas que pedir que cosas para decir. Desiertos poblados por negros estúpidos, sin caminos, sin correos, sin viajeros: ¿qué quieren que uno escriba acerca de eso? Que se aburre, se idiotiza, se embrutece; que ya tiene suficiente pero que no puede acabar con esto, etc. etc.

Eso es lo que escribió largamente, durante esos diez años, "el otro Rimbaud" (el mismo) en sus otros textos: la narrativa imposible de la aventura colonialista que son sus cartas africanas.

## Notas

Las citas de textos poéticos están tomadas de las siguientes ediciones bilingües (con algunas leves modificaciones): *Poesías y otros textos*. Traducción, introducción y notas de Juan Abeleira. Madrid, Hiperión, 1995. *Una temporada en el infierno. Iluminaciones*. Edición de Carlos Barbáchano. Barcelona, Montesinos, 1995.

1. Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación* (1992), Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1997. Traducción de Ofelia Castillo. Edward W. Said, *Orientalismo* (1979), Madrid: Libertarias, 1990. Traducción de María Luisa Fuentes. *Cultura e imperialismo* (1993), Barcelona: Anagrama, 1996. Traducción de Nora Catelli. Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros* (1989), México: Siglo XXI, 1991. Traducción de Martí Mur Ubarsart.
2. Said, 1996, p. 117-118.
3. *À sept ans, il faisait des romans, sur la vie/ Du grand désert, où lui la Liberté ravie/ Forêts, soleils, rives, savanes! —Il s'aidait/ De journaux illustrés où, rouge, il regardait/ Des Espagnoles rire et des Italiennes. [...] —Il revait la prairie amoureuse, où des houles/ Lumineuses, parfums sains, pubescences d'or/ Font leur remuement calme et prennent leur essor! Et comme il savourait surtout les sombres choses/ Quand, dans la chambre nue aux persien-*

*nes closes/ Haute et bleue, àcément prise d'humidité/ Il lisait son roman sans cesse médité/ Plein de lourds ciels ocres et de forêts noyées/ De fleurs de chair aux bois sidéraux déployés/ Vertige, écroulements, déroutés et pitié! —Tandis que se faisait la rumeur du quartier/ En bas, —seul, et couché sur des pièces de toile/ Écru, et pressant violemment la voile! (Poesías y otros textos, p. 212-215.)*

4. Cf. Alain Badiou, "La méthode de Rimbaud/ l'interruption", en *Conditions*, Paris: Du Seuil, 1992.

5. Aquí la referencia obligada es el célebre "es necesario ser absolutamente moderno". Pero el acento debería ser puesto sobre el "absolutamente" y no, como se hace habitualmente, sobre el "moderno".

6. *Surtout, rime une version/ Sur le mal des pommes de terre/ Et pour la composition/ De Poèmes pleins de mystère/ qu'on doive lire de Tréquier/ A Paramaribo, rachète/ des Tomes de Monsieur Figuière/ —Illustrés! —chez Monsieur Hachette! (Poesías..., p. 220-235.)*

7. *Si je désire une eau d'Europe, c'est la flèche/ Noire et froide où vers le crépuscule embaumé/ Un enfant accroupi plein de tristesses, lâche/ Un bateau frère comme un papillon de nuit/ Je ne puis plus, baigné de vos langes, ô lames/ Enlever leur sillage aux porteurs de cotons/ Ni traverser l'orgueil des drapeaux et des flammes/ Ni nager sur les yeux horribles des pontons. (Poesías..., p. 256-261.)*

## El cuerpo y su sombra

Los viajeros culturales en la década del 20

Gonzalo Aguilar

30



### 1. No hay banquete para Monsieur Duchamp

El 19 de septiembre de 1918 arribó a Buenos Aires, a bordo del Crofton Hall procedente de New York, Marcel Duchamp. Antes de emprender su viaje, había dibujado un mapa de Sudamérica en el que trazó un signo de interrogación: el punto negro coincidía con Buenos Aires. Lo que buscaba el artista francés, ya conocido por su *Desnudo bajando la escalera* y los *ready-made*, era un lugar tranquilo para trabajar. Sin embargo, Buenos Aires le resulta más moderna de lo que esperaba y eso lo entusiasma. Impacta-

do por el contraste entre la modernización incipiente de la ciudad y la falta de un arte acorde con sus formas, Duchamp se propone un proyecto desmesurado: "cubificar Buenos Aires". Les escribe a sus amigos para que le manden ejemplares de los libros de Apollinaire y Gleizes-Metzinger sobre el cubismo (quiere ahorrarse explicaciones y prefacios) e intenta hacer traer una exposición cubista que se estaba realizando en New York. No es difícil responder porqué su proyecto fracasó: Duchamp no encuentra interlocutores ni signos de las "elucubraciones modernas" en nuestra ciudad. Desilusionado, el artista pasa sus últi-

mos días en Buenos Aires jugando al ajedrez. El 22 de junio de 1919, parte hacia Francia en el transatlántico Highland Pride.

Duchamp es —qué duda cabe— un artista de vanguardia, pero su presencia aquí no llega a configurar un *viaje vanguardista*. Para que esto suceda, más que las características del viajero, debe existir, sobre todo, un *entorno* en el que la práctica artística pueda desplegarse: el viajero vanguardista no ejerce el papel de un testigo sino que sirve como punta de lanza o barreno contra las resistencias que ofrece el entorno. Exponerlo ante los otros, exhibirlo en las fotos como un trofeo y dedicarle poemas y "brindis" en los banquetes son algunos de los rasgos de este intercambio. Ésta es al menos la estrategia desarrollada por los grupos vanguardistas argentinos, principalmente por la revista *Martín Fierro* (1924-1927), la cual incorpora al viajero en su objetivo programático de establecer un entorno permeable, actualizado mediante incorporaciones de lo no tradicional y dislocado con presencias extraterritoriales.

Dos tipos de desplazamientos básicos se presentan en los movimientos de vanguardia. El primero podría denominarse *migratorio*, continuando la teorización de Raymond Williams quien sostiene que "las formaciones de vanguardia y sus formas distanciadas y 'enajenadas' tienen su matriz en una generación de inmigrantes 'provincianos' a las grandes capitales im-

periales".<sup>1</sup> Apollinaire, Picasso y Cendrars son los ejemplos que esgrime Williams. Podrían agregarse el del italo-egipcio F.T. Marinetti y el de aquellos artistas argentinos que pasaron los años decisivos de su experiencia de formación en Europa: Xul Solar, Pettoruti, Borges, Gironde y tantos otros. No es un desplazamiento necesario ni suficiente, pero se detecta con frecuencia en los integrantes de las vanguardias. Una diferencia fundamental, sin embargo, existe entre los argentinos y los otros ejemplos: ni Cendrars ni Marinetti ni Apollinaire (a quien siempre le gustó mantener un gran misterio alrededor de su origen) regresan a su lugar de procedencia, mientras Xul o Borges retornan para insertarse en una ciudad muy diferente a la que dejaron.

El otro tipo de desplazamiento tiene un carácter más transitorio y accidental: se trata del *viajero cultural* que si bien no es propio de las vanguardias encuentra en éstas un cumplimiento singular (sobre todo en el caso del que me ocupó aquí: el de los visitantes extranjeros a nuestro país). Según la hipótesis de Paul Virilio, lo que determina estos desplazamientos es el progreso tecnológico: "Atacadas en ese mismo momento por Marcel Duchamp, las vanguardias europeas se desplazan, en efecto, de ciudad en ciudad, incluso de continente en continente, como un ejército, al ritmo de la industrialización y de la militarización, de los progresos técnicos y científicos, como si el arte no fuera más que el último medio de transporte de la mirada, de una ciudad a otra".<sup>2</sup> Sin embargo, por más tentadoras que puedan resultar las metáforas militares cuando se habla de las vanguardias, estos desplazamientos se realizan según otros principios. Me resulta más verosímil pensar que la *tecnología* no determina el viaje sino que funciona, a principios de siglo, como una "condición irreductible" que se articula con la desmesura *metropolitana* (en el sentido de grandes urbes).<sup>3</sup> En esta conjunción, el espacio se transforma en el intervalo —cada vez menor— entre una ciudad y otra. Complementariamente, la modernización tecnológica produce un hiato con el pasado y ejer-

ce, de este modo, una fugaz borradora fabricadora y universal (desplazo a una dimensión temporal la metáfora espacial de Michel de Certeau: "l'écriture fabricatrice et universelle de la technologie"). Ciudades y tecnología, continuidad en el espacio y ruptura en el tiempo: nuevos puntos de partida para las prácticas artísticas y culturales.

Durante los años 20, Buenos Aires participa de este *momento tecnológico y metropolitano*, aunque su posición periférica exija nuevas astucias y estrategias. En este marco, mi hipótesis es que la presencia de los viajeros culturales en la Buenos Aires de los años 20 sirve a la estrategia de *dislocación* que llevan adelante las vanguardias. El viajero —o lo que el contexto de recepción pretende hacer de él— es el portador de una *inestabilidad*, de un momento de cambio que se vectoriza en sus traslados. A esto habría que agregar que no se trata del "transporte de la mirada", como cree Virilio, sino de la opacidad de un *cuerpo* que con su presencia redistribuye lugares en el campo cultural. Esta redistribución, así como la emergencia de lo nuevo, produce una perturbación que impide la constitución plena de la tradición o su clausura según orígenes estables (el viajero trae en su cuerpo la velocidad y el afuera). "Usted nos ayudó a emanciparnos de la *veneración del pasado*", le dice Macedonio Fernández a Marinetti en el brindis que le hace la *Revista Oral* en 1926, aunque esto no impida que —por sus teorías totalitarias— compare al futurista con Leopoldo Lugones, destinatario principal de esa veneración. El viajero es un fantasma, un objeto de proyección en el que se dirimen posiciones: Macedonio se dirige más a sus compañeros que al visitante y aprovecha la ocasión para erigirse en un viejo más venerable que Lugones y Marinetti.

El movimiento dislocatorio, entonces, es el momento cosmopolita y metropolitano de las vanguardias argentinas a partir del cual los integrantes piensan su recolocación, en definitiva, su acento nacional o "criollo": nuevos mapeamientos y nuevas posiciones.

## 2. Huellas del futuro

"Este cuadro ciertamente realiza una promesa moderna: la perturbación infunde valores en la experiencia."

Richard Sennett

El viajero es, desde Apollinaire y Cendrars a Gironde y los surrealistas, la metáfora: en sus desplazamientos, se condensa el modo en que los vanguardistas entienden la percepción y la experiencia. Dentro de esta figura móvil, el viajero cultural encarna una dimensión imaginaria que puede procesar tanto la idea de lo nuevo como la de lo nacional o lo cosmopolita. Pero antes de que encarne, los receptores se recuestan en esa dimensión imaginaria para trazar un espacio previo en el que se materializará un cuerpo que, por el momento, sólo tiene una densidad fantasmal. La política del "frente de revistas", como llamaba Oliverio Gironde a *Martin Fierro*, *Proa* y a otras revistas renovadoras, se irá desplegando poco a poco a medida que los viajeros vayan desembarcando. Así, puede decirse que la presencia de un autor no vanguardista como Jules Supervielle comienza —paradójicamente— a configurar el viaje vanguardista. En el primer homenaje conjunto que realiza el "frente de revistas", el paso del poeta en 1924 es convertido en un acontecimiento cultural. Supervielle, pese a escribir en francés, es proclamado "escritor sudamericano" porque nació en Montevideo y escribió una novela sobre la pampa. Su nacionalidad está en tránsito y, a diferencia de Laforgue o Ducasse, Supervielle habría erigido una sensibilidad nacional a partir de ese nacimiento "simpático e involuntario" (un juego semejante se observa en la "Carta abierta argentino-uruguaya" de Macedonio Fernández). Las cartografías literarias se superponen sobre las geográficas: "Antes de ayer —dice en el brindis Güiraldes— me han clasificado en un lote con Marinetti y Supervielle".

El anuncio de la llegada del escritor español Ramón Gómez de la Serna pone en funcionamiento todos los mecanismos del viaje vanguardista. El número 16 de la revista *Martin Fierro*

de julio de 1925 es el primer número homenaje dedicado a un escritor e imagina su visita bajo las figuras del escándalo y la fundación. De todos modos, con motivo de una enfermedad, el viaje debe postergarse y Gómez de la Serna sólo vendrá a Buenos Aires por primera vez en 1931, cuando la revista ya no existe.

32 Pese a que muchos de los martinfierristas lo habían conocido en España, todos parecen ansiosos por el hecho de que Gómez de la Serna pueda apreciar la modernidad de Buenos Aires: "Ramón era el episodio más urgente que necesitaba la ciudad" dice el editorial. La ciudad necesita de ese cuerpo y de esa mirada para legitimarse como metrópolis, de ahí que algunos lo consideren su futuro fundador. Borges piensa una nueva cartografía y compara al escritor con Cristóbal Colón y Juan Manuel de Rosas; Francisco Luis Bernárdez habla de la "tercera y definitiva fundación". Para la visita, los martinfierristas planearon, según lo cuenta Oliverio Gironde en la *Revista Martín Fierro*, un "banquete rodante" por la "ciudad cubista". Treinta años después, Gironde reconstruye el acontecimiento que no fue:

"El viaje se posterga y debe renunciarse al banquete rodante que se meditaba ofrecerle, dentro de un 'auto-bañadera', donde se ingeriría la clásica raviolada porteña, mientras se le iniciaba en las más pintorescas barriadas de la ciudad".<sup>4</sup>

Más allá de que hoy sorprenda la idolatría que despertaba este escritor pomposo, la complicidad establecida de antemano con él permite llevar al límite la estrategia de la *dislocación*: si Garay había fundado Buenos Aires alrededor de un palo clavado en el suelo, de la Serna fundaría la ciudad con sus neumáticos sin huella. El itinerario será tan perturbador como el de un fantasma, su cuerpo la materialización de un programa y de una poética, su *mimesis* tecnológica el testimonio de una borradura. Los transeúntes sólo verán pasar el auto: su experiencia debe definirse ahora por algo que fue pero que es anuncio de lo que será.

Lo que cuestiona la presencia fugaz de este banquete en la ciudad es

el *lugar*, categoría definida por Michel de Certeau como la "configuración instantánea de posiciones" en "relaciones de coexistencia" que indican una situación de estabilidad.<sup>5</sup> En su itinerario, el auto-bañadera hubiera construido un espacio en el que las posiciones deben redefinirse y en el que ciertas situaciones estables y localizadas son exhibidas como espectáculo móvil y, por lo tanto, de manera perturbadora: la contingencia del viaje, la capacidad de digestión, las fronteras entre lo privado y lo público (bajo otros signos, este acto acontecimiento encuentra su continuidad en la publicidad de *Espantapájaros* de Oliverio Gironde y en tantos otros actos martinfierristas que habría que documentar).

El traslado, entonces, afecta al cuerpo en su totalidad; ya no se trata del "transporte de la mirada" que suponen los viajes del siglo XIX sino de un shock que pone en crisis los límites del sujeto y el objeto, de lo propio y lo ajeno. En uno de los banquetes dedicados al músico Ansermet (director de orquesta suizo traído por la Asociación Amigos del Arte y muy celebrado por *Martín Fierro*), seis integrantes del grupo componen un "epigrama de acción", colocándose largas barbas postizas similares a las de su homenajeado. Y en el brindis al poeta Supervielle, Güiraldes dice:

"Desde las nalgas al cerebro, el tren ha sustituido nuestro ritmo por el suyo [...] Ya somos el tren [...] un mundo que realiza espacio por el tacto".

Gesto mimético anclado en la tecnología que permite una aceleración del campo, una vez atravesada "la teoría cubista de los suburbios". ¿Qué está pasando con Güiraldes?, se preguntan en la revista *Martín Fierro*, "¿irá a tomarse un cosmopolita literario, opulento y triste, algo así como un nuevo Barnabooth?"<sup>6</sup>

*Don Segundo Sombra* de Güiraldes es una respuesta a esta pregunta, una *ralentización* de este mimetismo tecnológico en función de otro mimetismo con la naturaleza ("somos el caballo"), una reterritorialización nostálgica y no-urbana que lo diferencia del resto del grupo (también hay que te-

ner en cuenta que sus dislocaciones habían sido más atenuadas, en una estética más tardo-simbolista que de vanguardia). En el programa martinfierrista está la localización ("Martín Fierro acepta las consecuencias y las responsabilidades de *localizarse*, porque sabe que de ello depende su salud") pero ésta sólo es posible después de la perturbación que se produce en la experiencia y que hace que las cosas —salvo por un afán regresivo— no puedan retornar a un origen estable. Existe en las vanguardias argentinas (en el breve pero decisivo tiempo en que se desempeñan como práctica social) una urgencia por relocalizarse en el *nuevo* mapa (podríamos decir, retomando irónicamente el lenguaje de Xul Solar, una neo-localización). Entre un lugar y otro existe un intervalo que sólo puede ser pensado bajo la forma de la negación y del antagonismo.

### 3. Voces en la sala

Alrededor de la figura del viajero puede ensayarse una respuesta a lo que se debate actualmente en relación con las vanguardias: cómo articularlas en una sincronía global, no para aceptar su pretensión universalista sino para construir una teoría coherente de las vanguardias y de la modernidad. Pese a que sus grandes centros urbanos desarrollaron una estrategia de incorporación crítica a la modernización en ciernes, la literatura latinoamericana suele estar ausente en estos panoramas. Para pensar en este recorte sincrónico sería necesario ampliar el corpus vanguardista, sobre todo después de la mutilación que significó la *Teoría de la vanguardia* de Peter Bürger quien, además, colocó erróneamente al surrealismo como dador de sentido y destinatario teleológico de la historia de las vanguardias. Frente a esto, la inclinación de las vanguardias argentinas hacia los autores anteriores al *black-out* de la Primera Guerra —sean vanguardistas (Apollinaire) o no vanguardistas (Valéry Larbaud)— se explica en términos de la estrategia que implementaron, que consistió en el movimiento paradójico (pero posible) de fortalecer las instituciones y

las incipientes formas de mecenazgo y, a la vez, de producir textos y prácticas de vuptura. Nada demasiado anómalo si se piensa que los modernistas ingleses recurrieron al poeta Jules Laforgue, vedado parcialmente a los argentinos por el uso que de él hiciera Lugones.

En la figura del futurista italiano F.T. Marinetti los vanguardistas argentinos trataron de *resucitar* al artista de pre-guerra o a la imagen que se habían hecho de él como "luchador, animador, higienizador, Mesías" ("non é vero che é morto Marinetti", cantaban por las calles porteñas). Traído por un empresario privado en mayo de 1926, su visita puso a prueba la capacidad de la revista de hegemonizar su itinerario. Pese a que Marinetti era un viajero vanguardista prototípico, con una historia jalonada por las giras y la acción propagandística, la elección no podía ser más desafortunada. Por un lado, su adhesión al fascismo acentuó el temor de la revista a que se borran las fronteras entre estética y política (aunque, finalmente, Marinetti no habló de política). Por el otro, Marinetti era la corporeidad pura: "Marinetti —como señaló Marechal— pudo evitar la obra escrita, inútil apéndice de su labor dinámica". La tensión con la obra desaparece en esta visita, fruto de la contingencia y la imposibilidad (económica o imaginaria) de los martinfierristas para imponer su propia política de contactos (seguramente, les importaba más derivar sus fondos a empresas editoriales).

En Marinetti, los martinfierristas imaginarán la posibilidad de establecer un nexo con el gran público; utilizarlo como un "barreno" y dislocar el entorno mediante una figura célebre, son los objetivos que se plantean. Sin embargo, y pese a hacer un excelente número panorámico sobre este fascinante movimiento, los integrantes del grupo sospechan que la ausencia de una gran poesía y de un conocimiento sólido del arte moderno (en el artículo sobre su visita a la Exposición de los Amigos del Arte se le señalan varios errores de apreciación histórica) no serán buenos aliados.

Desconfianza ante su palabra y deseo de su cuerpo como emblema cul-

tural fueron las características del discurso previo de la revista, deseo que se apaga cuando se descubre que el cuerpo de Marinetti admitía casi todos los itinerarios, casi todas las proyecciones (aun las caricaturescas, que el italiano, voluntariamente o no, alentaba). *Martín Fierro* descubre que ese cuerpo no podía transportar la renovación: del "rasurado Mesías de sombrero melón [que] atrae el calor de todas nuestras simpatías" que es antes de su llegada, se lo pasa a describir como el "hombre sincero y caballeresco lleno de simpatía personal", en el número editado tras su visita. Cómo capturar el itinerario de un cuerpo ubicuo que asiste al "banquete" que le ofrecen los nuevos poetas y también a la "comida íntima" que le prepara la tradicional revista *Nosotros*, quien lo utiliza para hacer tiros por elevación a los martinfierristas: su presencia "no puede asustar en la Argentina, donde carecen de arraigo los prejuicios académicos".<sup>7</sup> Los martinfierristas agitan un fantasma, pero éste no asusta a nadie. Con *Nosotros*, coincide el otro sector que intenta hegemonizar su figura: los periódicos masivos, quienes "impuestos de un vanguardismo de guardarrópía flamante y sobrador" (son palabras de *Martín Fierro*), también encuentran al futurista encantador.<sup>8</sup> Los martinfierristas quieren dislocar el entorno y legitimarse como los verdaderos aliados, pero Marinetti ya no está tan interesado en instalar conflictos como en celebrar el pasado del futurismo.<sup>9</sup>

El ciclo de los viajeros vanguardistas se cierra con Marinetti y, en menor medida, con Alfonso Reyes (quien acentúa los lazos continentales que había iniciado Gironde con su viaje). Pero, desde mi hipótesis, es más exacto decir que se cierra con la desaparición de la revista *Martín Fierro* que ya no está para darle un marco de antagonismo a los futuros visitantes. Por supuesto las tácticas de uso y apropiación de los saberes del viajero no desaparecen, pero se realizan con otro signo, con otra acentuación: el viajero es convertido ahora en un *conferencista*. No quiero decir con esto que antes no existiesen las conferencias ni que antes de *Martín Fierro* no hubie-

se banquetes, sólo marco acentuaciones y prácticas predominantes (así como Roger Shattuck pudo titular a su libro sobre los principios de siglo en Francia *The Banquet Years*).

En 1932, según Guillermo de Torre, "Buenos Aires es un gran importador de conferenciantes".<sup>10</sup> Esta veneración por la palabra del visitante, que dio lugar a las sátiras de Arturo Cancela, exigía toda una inversión económica (Gómez de la Serna aceptó venir solamente cuando le pagaron la primera clase del *Cap Arcona*). La institución que solía correr con estos gastos era la Asociación Amigos del Arte fundada en 1924 y recibida con entusiasmo por *Proa* y *Martín Fierro*, quienes trataron de influenciar en sus gustos. Sin embargo, la reelaboración más orgánica de estos viajes (junto con la implementación de una política de contactos) la lleva a cabo, a partir de 1931, la revista *Sur*. Más allá de la larga y necesaria discusión sobre *Sur* y los viajeros culturales, me interesa aquí ver brevemente cómo en sus primeros números la revista reelaboró los viajes de la década del '20.

El hecho de que, como dice de Torre, la élite "traduzca su curiosidad intelectual en una apetencia de conferenciantes" encuentra en el género de las conferencias su matriz: distancia del expositor y encuentro personal. Dos andariveles por los que corren también los textos de Victoria Ocampo: distancia de las cartas y testimonio de los encuentros. Adoración y necesidad de escucha: ya no se trata del viaje vanguardista, ya no se lo incluye al otro violentamente en el entorno sino que se crea el lugar para que haga su recorrido la palabra.

Alberto Prebisch, quien fuera uno de los protagonistas de *Martín Fierro*, ensaya, en el primer número de *Sur*, una sustitución imaginaria que delata estas diferencias: "Yo pienso en Marinetti, en sus gesticulaciones histriónicas, en todos sus artificiosos despliegues de oratorio forense. En Le Corbusier orador, la pasión está en la propia doctrina y no en el gesto". Prebisch, además de narrar el paso del cuerpo a la palabra, de la foto de *Martín Fierro* al privilegio de lo discursivo en *Sur*, trata de procesar una doble

frustración: el que llegó en tiempos del martinfierrismo no fue Le Corbusier sino Marinetti y la revista en la que ahora escribe se funda con una carta a Waldo Frank, interlocutor privilegiado de Victoria Ocampo y responsable del opacamiento de la presencia del urbanista en los días que compartieron en la ciudad.<sup>11</sup>

¿Cuál es el saber del viajero cultural que lo hace tan necesario? No basta, al menos para pensarlo en época de las vanguardias, entenderlo como una veleidad de nuestra situación periférica. Cómo se entenderían, entonces, el papel que desempeñaron los surrealistas en Estados Unidos en la posguerra o Marinetti en la Londres de 1912. En el viajero cultural, los grupos de vanguardia perciben la posibilidad de anudar un programa y un deseo en un cuerpo exterior como dislocación. Esto explica la frase disparatada pero sugerente de Prebisch antes del frustrado viaje de Ramón Gómez de la Serna: "mirando los cafetines saturados de humo y de tango de la calle Corrientes, Ramón sabrá decirnos mejor que don Ricardo Rojas, el rumbo de nuestros destinos". El viaje y la calle frente al gabinete, la apertura al futuro frente a las narraciones del pasado. Cuando Ramón Gómez de la Serna recuerda en sus memorias las conferencias que vino a dar en 1931, sólo menciona entre los asistentes a Ricardo Rojas, quien "refa francamente". Pero esto no importaba, porque los fantasmas ya eran otros.

## Notas

1. Se trata de una paráfrasis que hace Tom Pinkney del pensamiento de Williams, en su "Introducción" al libro de Raymond Williams, *La política del modernismo (contra los nuevos conformistas)*, Buenos Aires, Manantial, 1997, p.33.
2. *La máquina de visión*, Barcelona, Catedra, 1989, p.45.
3. El siglo XX podría pensarse como un estado de movilidad generalizada. En mi opinión, Virilio deja escapar los diferentes condicionamientos y las múltiples razones que explicarían los viajes culturales de las primeras décadas. El término "condición irreductible" lo tomo del ensayo "Traveling Theory" de Edward Said (incluido en *The World, the Text and the Critic*, Massachusetts, Harvard, 1983) que habla sobre el viaje pero referido al mundo de las ideas.
4. "El periódico *Martín Fierro* (Memoria de sus antiguos directores, 1929-1949)", reproducido en Jorge Schwartz: *Homenaje a Oliverio Girondo*, Buenos Aires, Corregidor, 1988, p.121.
5. "Récits d'espace" en Michel de Certeau: *L'invention du quotidien: 1. arts de faire*, París, Gallimard, 1990, p.173.
6. A.O. Barnabooth es un heterónimo del escritor francés Valéry Larbaud, autor cuya presencia en *Martín Fierro* y *Proa* es abrumadora. El ficticio Barnabooth es un poeta viajero que nace en Arequipa (una ciudad cuya nacionalidad está en cuestión) y que, gracias a la fortuna heredada, se desplaza a Europa en donde escribe sus poemas sobre las grandes metrópolis. La primera edición es de 1908, aunque la definitiva es de 1913. En 1991, Octavio Paz escribió un ensayo en el que reivindica este poemario generalmente descuidado por la crítica (ver "Intersecciones y bifurcaciones (Valéry Larbaud y Fernando Pessoa)" en *Convergencias*, México, Seix Barral, 1991) y desarrolla la idea del heterónimo.
7. Para la recepción a Marinetti de *Novotrois* consulté la revista en el número 205 de 1926 y lo relatado por Giusti en "Marinetti y Xul Solar" en *Visto y vivido*, Buenos Aires, Losada, 1965.
8. Sobre el papel que jugaron los grandes periódicos de la época en el viaje de Marinetti, me han sido de mucha utilidad la investigación y el análisis que hace Sylvia Saïta en "Mari-

netti en Buenos Aires" (*Cuadernos Hispanoamericanos*, núm.539-540, mayo-junio de 1995) y "Futurism, Fascism and Mass-media. The case of Marinetti's 1926 Trip to Buenos Aires" (ponencia presentada en "Movements of the Avant-Garde. An International Conference", Stanford University, 1997).

9. La estrategia más coherente hubiese resultado ser lo que insinúa Macedonio Fernández, esto es, oponerse a Marinetti (la revista es, de todos modos, bastante crítica con él). Eso fue lo que sucedió en Brasil, lo que se explica tanto por la radicalización de las vanguardias y su enfrentamiento con el fascismo como con el cumplimiento del viaje vanguardista en la figura de Blaise Cendrars. Para un trabajo comparativo, podría estudiarse la fortuna de los arquitectos rusos Gregori Warchavchik en Brasil y Wladimiro Acosta en Argentina. Algunas respuestas e hipótesis pueden encontrarse en "Nostalgia y plan: el Estado como vanguardia" de Adrián Gorelik en *Arte, historia e identidad en América (Visiones comparativas)*, tomo II, México, UNAM, 1994.
10. Las citas de Guillermo de Torre pertenecen a su ensayo "Crítica de conferencias. Ramón y Morand", *Sur*, Buenos Aires, núm. 4. Las citas de Alberto Prebisch que vienen a continuación son de su nota "Precisiones de Le Corbusier", *Sur*, Buenos Aires, núm. 1. En el número 2, Victoria Ocampo escribe un texto de bienvenida a Gómez de la Serna que invierte lo escrito en *Martín Fierro*: no se piensa al escritor hechizado por Buenos Aires sino que el escritor trae España a esta "fea ciudad".
11. Como lo he marcado a lo largo del trabajo, es notable cómo se proyecta un programa estético o cultural en un cuerpo: Le Corbusier, según Victoria Ocampo, es "físicamente muy grato de mirar, tan prolijo, tan limpio como la fachada de cristal del rascacielos de las Naciones Unidas en Nueva York", *Autobiografía*, VI, p.50. Para la visita de Le Corbusier ver el ensayo "¿Cuál Le Corbusier?" (*Prismas. Revista de historia intelectual*, UNQ, 1997) de Jorge F. Liernur. Waldo Frank y Le Corbusier coincidieron en nuestra ciudad a principios de noviembre de 1929. Liernur marca la oposición entre la concepción maquina del francés y el espiritualismo del norteamericano.

## REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL

DIRECTORA:  
NELLY RICHARD

SUSCRIPCIONES INTERNACIONALES

1 año, 3 números, vía aérea

Personal US\$ 20 / Instituciones US\$ 30

Adjuntar cheque a nombre de Nelly Richard. Revista de Crítica Cultural, Casilla 50736, Correo Central, Santiago de Chile

## ESTUDIOS

Revista del Centro de Estudios Avanzados  
Universidad Nacional de Córdoba

Director: Héctor Schmucler

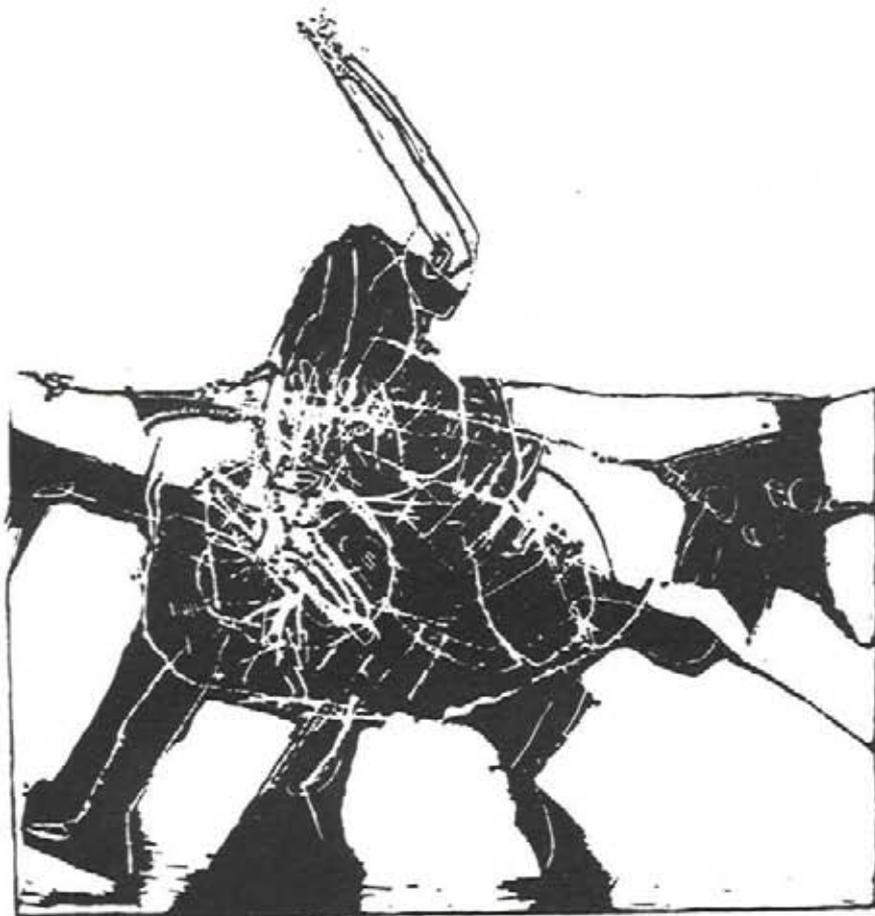
Sec. de redacción:  
Elsa Chanaguir y Horacio Crespo

Av. Vélez Sarsfield 153

Córdoba

Aventuras de un médico filósofo  
Sobre "Las nubes" de Juan José Saer

Beatriz Sarlo



Marcelo Soldi (especialista en viejos papeles, que en *La pesquisa* estaba juntando los del poeta Washington Noriega) encuentra y transcribe un manuscrito: Tomatis le anuncia a Pichón Garay que Soldi se lo está enviando. Las primeras páginas de *Las nubes* informan sobre esto y muestran a Pichón, sentado ante su computadora y comiendo unas cerezas en el verano de París, a punto de empezar a leer lo que ha recibido de su nuevo amigo santafesino. El manuscrito narra el via-

je por la pampa del doctor Real, médico y *philosophe*, a la cabeza de una caravana de locos en 1804. Para los lectores de Saer, la 'transcripción' del manuscrito tiene un suplemento de interés porque, como me dijo (encantado) uno de ellos, "quiere decir que leemos al mismo tiempo que Pichón Garay algo que ya ha leído Tomatis".

*Las nubes* es una novela de aventuras, una novela de viaje, una novela filosófica y una novela de caracteres. Se ubica en una tradición literaria que, de algún modo, podría llamarse clásica, pero lo hace cuando las formas plenas de la novela han sido debilitadas por la desconfianza. Escribiendo en

medio de la crisis de la forma novela, Saer recapitula los grandes momentos del género.

Dos observaciones antes de seguir. Primera: la novela, como espacio de experimentación estética e ideológica, hoy parece acorralada por lo que Borges en "Tlon, Uqbar, Orbis Tertius" llamó Hrófnir: objetos que se parecen a los objetos verdaderos pero que no lo son. Se publican centenares de novelas-Hrófnir, algunas de ellas declaran abiertamente su naturaleza secundaria, y otras no. La obra de Saer está entre las que nos permiten diferenciar. Segunda: la crisis de la narración, de la que se ha hablado con suficiente prolijidad en las últimas décadas, no tiene una salida única. La obra de Saer, también en este punto, permite pensar que, después de la crisis de la narración, todavía es posible narrar (*Wasabi* de Alan Pauls demuestra casi lo mismo). Saer puede inventar, es decir puede encontrar materias en la literatura o en la experiencia que le permiten armar configuraciones originales (uso este adjetivo, "originales", a propósito).

Leyendo a Saer es casi imposible dejar de preguntarse ¿cómo logra lo que logra? En *Las nubes*, esta pregunta se especifica: ¿cómo alcanza el efecto doble de levedad y de profundidad? ¿Cómo hace para ser, al mismo tiempo, cómico y serio, amable y pesimista, divertido y difícil? No pretendo dar una respuesta a estas preguntas, sino, simplemente, registrar que la lectura de la novela no deja de plantearlas.

Hay algo de asombroso en la destreza de Saer.

Dije más arriba que *Las nubes* combina varias formas históricas de la novela, pasando de una a otra con transiciones perfectamente motivadas y precisas, sin espectacularidad. Es una novela donde hay muchas aventuras, muchos caracteres, grandes desplazamientos y reflexiones a propósito de todo lo que se cuenta. Sin embargo, nunca se tiene la impresión de mezcla abigarrada. Por el contrario, el texto corre con una elegancia que parece lograda (como toda elegancia convincente) sin esfuerzo.

36 Esta novela permite, además, estudiar el modo compositivo de Saer en relación a dos masas de textos: la tradición literaria y, dentro de ella, la literatura argentina. Entre otras cosas, la novela cuenta un viaje por la llanura, realizado en 1804, entre Santa Fe y Buenos Aires. La idea misma de contar esto nos coloca en la tradición de la literatura de viajes. Pero esa literatura de viajes se define por ser contemporánea o casi contemporánea a los hechos narrados, mientras que la novela de Saer transcurre en 1804 casi dos siglos antes de su escritura. Saer es completamente no contemporáneo al relato del viaje de *Las nubes*. Lee entonces la ficción de una vieja escritura, enmarcada en la transcripción de Soldi, la lectura de Tomatis (que tiene una opinión sobre el texto) y la de Pichón Garay. Los pliegues de estas lecturas, escrituras y transcripciones ponen en relación el momento ficcional de escritura del manuscrito con el momento real de escritura de la novela y el momento ficcional de la lectura de Pichón con el momento real de lectura de *Las nubes*.

El recurso de atribuir a un manuscrito encontrados acontecimientos de ficción es clásico y es una de las formas de lo que se llama relato enmarcado. Así, el viaje por la pampa está enmarcado por las primeras páginas de *Las nubes* donde, de modo también clásico, se nos informa cómo ese manuscrito llegó a las manos de un personaje, que lo pone ante los ojos de otro personaje y, de paso, ante los nuestros. Saer dibuja estos pliegues limpiamente.

Sabemos que el manuscrito es un texto 'apócrifo', 'ficcional', que trabaja con la idea del relato de viajes verdaderos para contar un viaje imaginario. Sin embargo, hay un saber adquirido en los viajeros que visitaron el Río de la Plata en el siglo XIX que Saer utiliza en la redacción del viaje imaginario de *Las nubes*. Incluso arriesgaría la hipótesis (posiblemente indemostrable) de que Saer trabaja con los textos de viajeros, y de historiadores que citan a los viajeros, que usó para la composición de un texto sobre *La pampa* de Alfred Ebelot<sup>1</sup> y, sobre todo, de *El río sin orillas*. Son restos de ese "ensayo imaginario" los que emergen en el viaje por la pampa del doctor Real y su caravana de locos (que, dicho sea de paso, tiene una extraña familiaridad con la loca empresa de cavar trincheras que dirige Ebelot).

Muchos de los tópicos que se encuentran en los relatos de viajes están en la novela de Saer: los cuentos escuchados a la luz del fogón, las postas y posadas del camino donde se hace noche y se cambian caballos, los rumores alarmantes sobre los indios, la descripción de tipos pampeanos 'originales', la sorpresa frente al paisaje y, en relación con esto, los tópicos de la extensión, de la ilusión horizontal, de la peculiaridad de la luz y del cielo, de los extremos climáticos y las catástrofes naturales.

Como Sarmiento que, como se sabe, trabajó con relatos de viajes, Saer también aprovecha una lectura atenta y admirativa de Sarmiento. Ambos, por otra parte, han coincidido en la lectura de los viajeros. De seguir la hipótesis de Adolfo Prieto, esos relatos de viajes proporcionaron una forma a la literatura argentina en sus primeras décadas y, junto con la novela de aventuras, proponen algo así como un esquema de ritmo a la narración de hechos verdaderos o ficcionales<sup>2</sup>. Por *esquema de ritmo* quiero decir formas de alternancia entre descripción paisajística, descripción de tipos humanos, descripción de acciones e interpretación. Por otra parte, quien escribe el manuscrito es un tal doctor Real que, aunque nacido en Paraná, pasó parte de su juventud en Europa y vuelve a estas tierras con una mirada que,

si bien no es la del extrañamiento del viajero, tampoco es la de quien nunca se ha alejado de los hechos y costumbres que describe. Tiene la mirada de quien está viajando por tierras que le son conocidas, pero a las que vuelve después de pasar por una cultura que le permite observarlas desde afuera (algo similar a la posición del propio Saer que vuelve a describir el Paraná cuando ya hace mucho que la campaña francesa le es completamente familiar).

Novela de aventuras, dije también al principio. No solamente por las aventuras que le suceden a la caravana en su viaje por el desierto (que son destacables y arquetípicas: se encuentran con los restos de otros viajeros carcomidos por las aves de presa, temen un ataque de los indios, deben refugiarse adentro de una laguna para evitar cocinarse vivos en un incendio gigantesco), sino también por las aventuras que los viajeros, los guías, los puesteros cuentan o escuchan en la rueda junto al fogón, en esa situación característica donde el relato es convocado por la sociabilidad y la sociabilidad es sustentada por el relato. Personajes principales y secundarios tienen cosas para contarse mutuamente, historias verdaderas, correcciones de las historias que otros han contado, 'historias clínicas' muy aventureras (ya que, como se verá en seguida, por lo menos cinco personajes de la novela son locos). Naturalmente, el doctor Real, joven y relativamente inexperto ya que, como se enteró a mitad de camino, éste es su viaje de aprendizaje, tiene buena disposición para contar sin exageración y sin atenuantes, con una mirada calma y una prosa distinguida, lo que le va sucediendo. Incluso antes de comenzar el viaje, las actividades amorosas de su maestro, el doctor Weiss, provocan una aventura, un poco a lo Dumas, llena de malentendidos cómicos que el manuscrito cuenta detalladamente hasta un final digno de Stevenson donde ambos doctores huyen de Buenos Aires, salvados por el

1. Véase "Ebelot" en: Juan José Saer, *El concepto de ficción*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

2. Véase: Adolfo Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina; 1820-1850*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.

cónsul inglés e introducidos, atados y a la fuerza, en una nave próxima a zarpar hacia Europa. Este episodio, que se cuenta al principio es, en orden cronológico, la última aventura de maestro y discípulo en tierras de la futura Argentina.

Naturalmente, el hecho de que en la caravana dirigida por Real vayan cinco locos, complica la trama: dos de los locos tienden a escaparse de la necesaria disciplina produciendo conflictos pintorescos o peligrosos, ya entre los miembros de la caravana (las prostitutas que sienten que la monjita ninfómana les roba la clientela), ya con los indios del cacique Josesito. La caravana por el desierto tiene algo de barco atravesando el océano (desde los viajeros son clásicas las comparaciones de la pampa con el mar) y, por lo tanto, las dificultades para mantener la disciplina de esa andrajosa tripulación de gauchos a punto de retozarse es tan esencial como en las novelas de aventuras marítimas. Además, el territorio que atraviesan está en un estado casi líquido, no sólo por las inundaciones sino por su carácter socialmente informe, la ausencia de instituciones y la precariedad.

Dije que los locos acentuaban el carácter aventurero de la caravana. En efecto, cada uno de ellos tiene una historia que el manuscrito cuenta con la tranquila objetividad de un informe científico redactado por un médico *philosophe* que practica la tolerancia como deber moral, la ironía frente a un mundo lleno de rarezas y la cortesía mezclada con firmeza frente a la originalidad extravagante de quienes lo rodean. Eximio retratista, el doctor Real comienza su *memoria* sobre el viaje con un retrato, compuesto de descripción y narración, de su amado maestro, el doctor Weiss. Luego, cada uno de los personajes que la historia va introduciendo es iluminado expresamente para que el lector capte sus particularidades físicas y morales. Osuna, el baqueano de la expedición, el civilizado Parra (padre de uno de los locos), el médico de aldea, los indios Josesito y Sirirí, el vasco que acompaña la caravana con una pulpería ambulante, la prostituta francesa.

Y, por supuesto, los cinco locos

que, por una parte, serán siempre enigmáticos ya que, como lo ha enseñado el doctor Weiss "o prescinden del lenguaje, o lo tergiversan, o utilizan uno del que ellos solos poseen la significación"; y por la otra, presentan locuras interesantes (tanto para el médico que debe atenderlas como para la narración donde se inscriben). Hay de todo: ninfomanía, depresión, melancolía, obsesión y manía. Los locos del doctor Real exageran pasiones bien conocidas: el deseo sexual, el deseo de poder, el deseo de saber, el deseo de lenguaje. Dominados por una pasión fundamental, todos ellos imprimen en esa pasión única una marca de estilo original: la monjita ninfómana es autora de un *Manual de amores*, especie de herejía que avanza desde la mística hasta la obscenidad; el maníaco Troncoso es un dandy milagrosamente atildado en el medio del barro, el polvo y el agua de la llanura; el melancólico Parra, hundido en su letargo, repite con sus manos los gestos con que Zenón simbolizaba el conocimiento; los dos hermanos Verde y Verdecito, obsesivos exasperantes, llevan al paroxismo la imposibilidad de significar que amenaza siempre al lenguaje. La monjita y Troncoso, especialmente, protagonizan verdaderos *happenings* en el medio del desierto: ella organiza orgías campestres con los gauchos de la caravana; él se precipita en una aventura paródica frente a los indios del cacique Josesito. Todos, como bien se lo había enseñado el doctor Weiss a Real, son, más que nada, cansadores.

Real define su relación con los locos como la de un malabarista que debe mantener cinco platos girando a la vez, sin que ninguno se caiga o se rompa. De hecho, el relato también se ve obligado a cumplir esta proeza de mostrar los cinco locos sin que su singularidad rompa el efecto unitario de toda la aventura y, al mismo tiempo, sin que la búsqueda de una única línea de relato sacrifique el relieve de los temperamentos. "Locura y razón son indisolubles", ha dicho el doctor Weiss. El relato de Real acepta este principio de escepticismo.

Muchos años después, cuando ambos viven en distintas ciudades de Europa, el doctor Weiss le comunica a

su ex discípulo una definición de alma que había sustentado la amplitud tolerante de sus enseñanzas y de la práctica de ambos en el Río de la Plata: "...esa mezcla de sentimientos, pasiones, imaginación y pensamiento, mentira y verdad, bien y mal, amor y odio, crimen y arrepentimiento, deseo y renunciamiento que es el alma". Tolerancia y escepticismo dan el tono del relato reflexivo de Real. Es más, los episodios que cuenta llaman a la reflexión porque Real debe interpretarlos antes que encasillar a cada loco en su temperamento.

No podía ser de otro modo, ya que el doctor Real es un médico *philosophe*; su relato de aventuras, en la medida en que lo enfrenta con realidades desconocidas, le exige muchos esfuerzos reflexivos; y el viaje mismo es ocasión de un aprendizaje donde las ideas adquiridas se ponen a prueba frente a sucesos imprevistos. Desde el comienzo, la Casa de Salud construida por Weiss en el Río de la Plata, se presenta como la realización espacial y práctica de un proyecto moral que funciona no sólo como utopía médica sino que, en la llanura próxima al Buenos Aires de comienzos del siglo XIX, es también una utopía social. Los locos que viven en la Casa de Salud lo hacen bajo un régimen benévolo, inspirado en la aceptación de la resistencia que el delirio opone a la razón.

Este racionalismo atenuado que reconoce las diferencias entre la naturaleza (que puede ser dominada por la razón) y las almas, hace posible una perspectiva a la vez benévola e irónica, que reconoce sus límites sin ser por ello desesperanzada ni pesimista. Esa es la perspectiva del relato del doctor Real cuando su tema son los desvaríos de la locura, a la que encara con la paciencia que le ha enseñado su maestro cuando le advirtió, de manera bien realista, que los locos son básicamente "cansadores". Real es firme si la situación se lo impone, pero conserva siempre un segundo plano de reflexión donde gobiernan los principios aprendidos con Weiss.

Hay, sin embargo, un punto donde la reflexión calma del médico *philosophe* se conmueve. Este narrador ilustrado es sensible al carácter sublime

del paisaje: "En la oscuridad de la noche, el firmamento gélido en el que las estrellas coaguladas por el frío ni siquiera titilaban, nos envolvía por todos lados, tan inmediato y aplastante, que una noche tuve la impresión inequívoca de que estábamos en uno de sus rincones más remotos, insignificantes y efímeros". Como en los últimos libros de Saer, se funde la descripción poética y la dimensión metafísica de la naturaleza. El relato del doctor Real une, de este modo, la perspectiva tolerante del ilustrado y el temblor del romántico frente a lo sublime (o más exactamente: Real es un prerromántico). La novela teje los dos

de Saer, hay padres que confían sus hijos a un sabio, sin saber muy bien cuáles serán los resultados de esa confianza, guiados más por intereses egoístas que por la búsqueda de un bien para quien es entregado al filósofo en un caso o al médico en el otro. Anoto de pasada dos coincidencias: la primera sobre la palabra *nubes*, que son el coro en la comedia de Aristófanes, y aquello que provoca las lluvias e inundaciones decisivas para el desarrollo de las peripecias en la novela de Saer; la segunda, el incendio que, tanto en la comedia de Aristófanes como en la novela de Saer, están próximos al desenlace, aunque sirvan en

sualidad? Una cita comprobada como verdadera, más que tranquilizar la lectura nos devuelve a un escenario divertido y, al mismo tiempo inquietante, de *forgeries*, atribuciones falsas y orígenes borrados.<sup>3</sup> El peligro de la sobreinterpretación y de la búsqueda detectivesca irrisoria es tan fuerte como el de pasar por alto algo oculto que nunca sabremos si es extremadamente significativo. La lectura es siempre insegura.

Pero los lectores somos tercios, incluso cuando el peligro es el ridículo de la sobreinterpretación de las pistas. Varios eslabones unen *Las nubes* con la tradición literaria argentina. Sin alardes, esta novela de Saer es una *summa* de recuerdos de textos escritos en el Rfo de la Plata, lo cual no significa que sean textos amados por Saer. Simplemente, quiero decir que, al construir su novela de aventuras, Saer escribe nuevamente las zonas más aventureras de la literatura de este país. Los dos indios, el cacique Josecito y el asimilado Sirirí, son tan extravagantes, caprichosos y originales como algunos de los personajes de Mansilla; hay un puestero borracho que replica el puestero trastornado de *Don Segundo Sombra*; el incendio en la pampa, casi al final del viaje, fue el tema final de *Raquel* de Benito Lynch; la descripción de Troncoso cuando ya ha perdido su apariencia de dandy extraviado responde casi exactamente a la de Facundo; y el baqueano Osuna pertenece a la escuela del Calibar de Sarmiento; el sargento que acompaña la caravana lleva el apellido Lucero, famoso en la literatura gauchesca.

De estas citas o vestigios de otros textos ni siquiera podría decirse que son deliberados. Pero, aunque sólo pueden probarse como coincidencias, esto no los vuelve menos sino quizás más interesantes. Están mostrando que Saer, un escritor decisivo en la literatura argentina de este siglo (pero no sólo en ella), tiene una relación imborrable con esos libros que para citar la cita que Saer recuerda con frecuencia, son, como el lenguaje, la única patria del escritor.



tonos, uno adecuado a la consideración de la sociedad y el otro preparado para percibir en la naturaleza una dimensión inasimilable a la razón.

La comicidad y la ironía, la exageración y la crítica en las reflexiones sobre la sociedad de los hombres, tienen una larga historia literaria de la que no fueron un capítulo menor las novelas filosóficas de Voltaire. *Las nubes*, como ya es inevitable observarlo de todas las novelas, trabaja con materiales de la tradición literaria. El título provoca desde el comienzo para que hagamos la pregunta sobre la comedia de Aristófanes. A primera vista, los dos textos tienen muy poco en común. Sin embargo, la novela de Saer podría pensarse como una lectura y refutación de *Las nubes* de Aristófanes. En la comedia griega, Sócrates es criticado por sofista y aprovechador de la buena fe, por tramposo y barullero. Al contrario, la novela de Saer tiene una figura de maestro, el doctor Weiss, que junto a sus debilidades, en especial por las prostitutas y las mujeres casadas, puede reivindicar un conjunto de virtudes. Tanto en la comedia de Aristófanes como en la novela

uno y otro texto a propósitos bien distintos. Quien quiera creer más a Saer que a estas coincidencias, podrá aceptar como mejor razón el hecho de que "las nubes" no fue la primera sino la segunda opción de título.

Menos conjetural es la relación con el parágrafo 47 de las *Cuestiones académicas* de Cicerón. Casi literalmente Saer sigue el texto ciceroniano cuando describe los gestos que el loco melancólico realiza, en sueños, con sus manos. Esos gestos que primero le parecen incomprensibles al doctor Real, luego comienzan a evocarle un recuerdo que no logra aferrar hasta que finalmente descubre que son los que Cicerón le atribuye a Zenón en las *Académicas*. Esta clave nos la da el propio relato, podemos controlarla y, eventualmente, sentir la satisfacción de no haber sido engañados. Sin embargo, el hecho mismo de que esta clave sea controlable, en lugar de tranquilizar la lectura (cerramos las *Académicas* y volvemos a la novela) produce un efecto de inseguridad. ¿Qué más hay en el texto de *Las nubes* (en realidad en todos los textos), que no sabemos o que sólo descubrimos por ca-

3. Sylvia Molloy lo ha analizado a propósito de Borges, en *Signs of Borges*, Durham and Londres, Duke University Press, 1994 (traducción corregida de *Las letras de Borges*, Buenos Aires, Sudamericana).

## La nave de los locos de Juan José Saer

Hugo Vezzetti



Si se admite que el doctor Real, alienista atípico afincado en el Río de la Plata a comienzos de siglo XIX, se ha formado, junto con su maestro el doctor Weiss, en los hospicios franceses, es claro que no fue con Pinel con quien aprendió las artes y la ciencia del tratamiento de la locura. Nadie se hubiera animado a decir frente del patrón de la Salpêtrière que la alienación mental (un término que está ausente del vocabulario del doctor Real) es una "enfermedad del alma" sin recibir una enérgica desmentida. Más aún, las disposiciones de la Casa de Salud fundada por el doctor Weiss y en la que los médicos trabajan la tie-

rra junto con los enfermos, son tan contrarias a los principios del manicomio pineliano, sostenidos en la autoridad distante e inmovible del alienista (y, por lo demás, a los que dominaron la psiquiatría médica hasta el presente), que si Pinel y sus discípulos hubieran sabido de la existencia de tal experimento, no digo que se hubieran sumado a la turba que con tanta saña lo destruyó, pero muy probablemente hubieran sentido un comprensible alivio frente a tal desenlace. De modo que, de ser cierta la circunstancia de la pasantía por el manicomio de París, podría conjeturarse que el doctor Weiss y su devoto discípulo

terminaron en el Río de la Plata expulsados del círculo de los verdaderos discípulos de Pinel.

Más en general, puede decirse que, cuando el doctor Real resalta que su especialidad son "las enfermedades que desquician no el cuerpo sino el alma", la proposición negativa es la indicación de un combate que lo separa de toda la medicina mental decimonónica, la que lejos de oponer el alma al cuerpo situaba la locura en la superficie de contacto, podría decirse, del alma y el cerebro. Pero ¿qué es el alma en esta "Memoria" médico-filosófica? No puede ser, claro, la "sustancia" incorpórea en sentido cartesiano: si el alma es inextensa, simple e indivisible no puede enfermar. El "alma", nos dice nuestro cronista es, para su maestro, un conjunto heterogéneo de sentimientos, pasiones e imaginación, incluye "mentira y verdad, bien y mal, amor y odio, crimen y arrepentimiento, deseo y renunciamiento". Pero tal descripción, más que la sede de la locura parece ser el despliegue amenazador de la sinrazón que habita en el corazón del ser humano. El relieve metafísico de esa locura afincada en el alma parece servir ante todo para revelar un fondo oscuro y activo, hecho de debilidades, ensueños y pasiones siempre excesivas: la locura inherente al alma es la imagen misma de la insondable naturaleza humana, exhibida más que explorada en las producciones de esos locos, altamente simbólicos, que revelan los extravíos del amor, del

conocimiento, del lenguaje y del poder.

En todo caso, si hay que asociar la empresa del doctor Weiss con el nacimiento de la medicina mental moderna, es claro que viene a separar la reforma humanista inaugurada por el alienismo de su encarnación en los manicomios como instituciones de gobierno. Es esa dimensión "tecnológica", anticipadamente "positivista", del asilo la que está ausente en "Las tres acacias": no hay reglas de "policía", ni organización estricta del tiempo y el espacio, ni disciplina de trabajo, ni castigos, ni "tratamiento moral". Del mismo modo, puede pensarse que el rechazo de la materialidad del cuerpo en la locura expone la oposición a la disposición estrictamente determinista que remitirá, al margen de Pinel, toda patología mental a su correlato orgánico lesional. En ese sentido, no puedo evitar la evocación de otro personaje de Saer, Bianco, igualmente trasplantado de Europa a estas tierras en *La ocasión*, casi un siglo después del doctor Weiss: un extraño investigador de los poderes del espíritu, empujado en un combate, perdido de antemano, con los "positivistas" para demostrar que el pensamiento es capaz de vencer las leyes de la materia.

En el manicomio del doctor Weiss y el "hospicio ambulante" del doctor Real conviven diversas épocas de la locura, a partir de una recepción abierta que encuentra en ella la ocasión de un diálogo filosófico y una reflexión irónica sobre los límites y las incertidumbres de la razón. La innovación político-institucional, que concibe la Casa de Salud como la realización de una sociedad de iguales, convive con la concepción antigua de la locura sagrada que va a dominar en el vínculo con esos otros locos que son los indios del cacique Josesito. Ahora bien, los locos conducidos en este viaje por el doctor Real se cruzan sin compartir sus respectivos extravíos y sin interactuar entre ellos; casi puede decirse que no existen como personajes sino por lo que sus dichos y sus acciones producen en esos otros, los cuerdos, los que "sólo por un otro giro de la locura pueden no estar locos". En efecto, el doctor Real, cronista del viaje y

enunciador de las teorías de su maestro, el doctor Weiss, está más cerca de Pascal que de Pinel.

Y sin embargo, al mismo tiempo, es decididamente contemporáneo en el modo en que cancela el universo moral prescriptivo edificado por la ciencia y la filosofía en el tratamiento de la locura. Decididamente terrenal en sus opciones, la sabiduría del doctor Weiss proclama que sólo el sexo y la filosofía nos arrancan del instante y de la muerte. No hay conflicto ni escándalo, entonces, entre su amor a la ciencia y sus hábitos eróticos, atraídos por las "razas oscuras" y las mujeres casadas. El doctor Real no emite juicios morales, ni respecto de la conducta del doctor Weiss (más aun, es fácil ver su admiración por la figura ideal de quien ha sido capaz de extender su sabiduría a los placeres de Venus) ni de los locos a los que trata con más permisividad que rigor; y si no deja de ejercer su autoridad lo hace siempre en el sentido de ofrecer a ese coro de desvarios las mejores condiciones para un despliegue en libertad.

Si una novela histórica debe cumplir con una regla de oro (heredera de los hábitos escolares) que prohíbe tanto los anacronismos como las sorpresas, de modo que, sobre todo, debe confirmar lo que ya se sabe, entonces, Saer no ha escrito una novela histórica. Quien quiera saber cómo eran realmente los locos en los albores de la Revolución (y constatar que no existían alienistas) es mejor que se dirija al trabajo insuperable de José Ingenieros. Pero no deben extrañar esas transgresiones: no sólo los locos y los médicos, tampoco las monjas y los caballos se comportan en esta novela como uno esperaría que lo hicieran.

En todo caso, el sorprendente trabajo de Saer sobre el tópico de los locos trastoca la construcción artiana que ubicaba, modernamente, a la locura en el espacio urbano y proyectaba su potencial revulsivo a los extravíos de la revolución social. Frente a los insensatos de *Las nubes* es difícil evitar la evocación de una composición literaria que Foucault situó en el pórtico de su gran investigación histórica: la "Nave de los locos". Es el tó-

pico renacentista de un "viaje simbólico" en el que la locura se ubica en un espacio exactamente contrario al del encierro y la mazmorra. Y en la ficción de Saer se dibuja, para esos extraños viajeros reunidos por la voluntad de otros, la cifra de un destino trágico. Si la condición del viaje es la exclusión del mundo de los hombres (los locos son, sobre todo, "cansadores"), el grupo de lunáticos (que extiende su influjo al conjunto de los acompañantes) queda como suspendido en el tránsito entre la llanura y el agua, en la extensión de un espacio sin caminos y dado a la incertidumbre. En ese microcosmos que no corresponde a ningún lugar, espacio simbólico de mezcla y reintegración de lo rechazado, se construye ante todo la ocasión de un diálogo en el que la locura es situada como un límite analítico e indagador de la razón.

Pero en ese viaje que es también una experiencia de iniciación, una excursión abierta a lo "otro", la locura de los hombres y la insondable presencia de la naturaleza se superponen en una experiencia de revelación. Ante todo, porque en el doctor Real la curiosidad domina sobre la autoridad y porque ha aprendido de su maestro no sólo a subordinarse a la observación de los hechos de la naturaleza, sino, lo que es más importante, ha incorporado un principio hermenéutico que dice que el orden natural sólo se revela a quien repudia las jerarquías.

Los locos de Saer no provienen de los tratados médicos sino de una tradición poética que les ha reservado, dice Foucault, el lugar de enunciación de las "semejanzas salvajes" ("el jugador sin reglas de lo Mismo y de lo Otro"). Estos locos, lejos de la figura de la disociación y la segregación, reunen y revelan los secretos lazos que habitan los deseos y las palabras de los hombres y los comunican con la densa voluntad de la naturaleza. En efecto, una extraña comunidad reúne a estos locos con los alienistas que los admiten, de modo que esos tipos humanos, con sus extravagancias, sacan a la luz ocultas correspondencias, exponen las zonas marginales, impensadas, no sólo de estos médicos dispuestos a contemplarse en el espejo



rado en el enfrentamiento, puro despliegue de la palabra y la mirada, que somete al cacique Josesito. Finalmente, en los hermanos Verde la locura está instalada en el núcleo mismo de lo que en el lenguaje articulado puede fundar un orden compartido. Pero justamente si el viaje aparece creando su propio universo y sus propias normas, lo hace en el sentido de dejar atrás la ciudad de los humanos, y en esa pérdida de contacto con los enclaves de la civilización, en el acceso perturbador a la totalidad de la naturaleza, la plenitud animal se erige por sobre los inciertos espejismos de un lenguaje que ha sido desplazado por la acción.

En este descenso al "Hades" (según Tomatis), el "idioma del mundo", dice Real, se ha puesto a hablar por sí mismo. De modo que cuando nuestro cronista dice que las acciones de sus locos siempre tienen "significación" no se trata de Freud anticipado en la mesopotamia argentina. (No es difícil imaginar que el juicio de Freud sobre estos médicos heterodoxos sería tan negativo como el de Pinel.) Estos locos, más que significar, "reconcilian" las diferencias y anulan las distancias, reduplican lo que tocan en el espacio infinito de las analogías; finalmente, socavan las distinciones mediante las cuales la razón y el poder han impuesto un orden hecho de jerarquías.

¿Hace falta señalar en esa reiteración de la experiencia de la *unidad* (del amor, del conocimiento y la vida, la razón y la locura, la ciencia y la barbarie, los lenguajes...) un tópico romántico? Pero, en todo caso, esa reunión precaria y amenazada no deja lugar para la exaltación de una locura sabia que sería un doble del poeta refugiado en la cima de una serenidad iluminadora. Las potencias transfiguradoras encerradas en la locura están más cerca del fuego que calcina: no hay reconciliación en este universo mítico en el que todo es conflicto y tensión. Si en el final de la novela el viaje parece llegar a un término feliz, si la advocación a la cuarta Bucólica parece anunciar el lugar familiar y la promesa de una armonía posible de la razón, la locura y la naturaleza, sabemos por anticipado que el final trágico aguarda en un futuro que siempre llega.

deformante de la sinrazón, sino del círculo total de los viajeros y las circunstancias de su aventura singular.

No es difícil ver el lazo profundo entre la "teología práctica" de Sor Teresita, que busca reunir el amor espiritual con el carnal en un fantasma de salvación, y la cosmovisión filosófica, política y erótica encarnada en la existencia del doctor Weiss. Pero el saber reservado a los locos ofrece más de un camino a nuestras incertidumbres. Prudencio, instalado en la locura del conocimiento, que ha transitado del "frenesi" filosófico a un ritual que concentra en su puño cerrado la comunicación posible del cuerpo al orden, necesariamente conflictivo, del universo, no está lejos del doctor Real, en ese diálogo mudo con su caballo en la so-

ledad de la laguna, súbitamente transportado a la revelación de una perfección de la naturaleza de la que queda excluido y a un acceso despersonalizador en el que el éxtasis cósmico lo enfrenta a los fantasmas de una locura disgregadora.

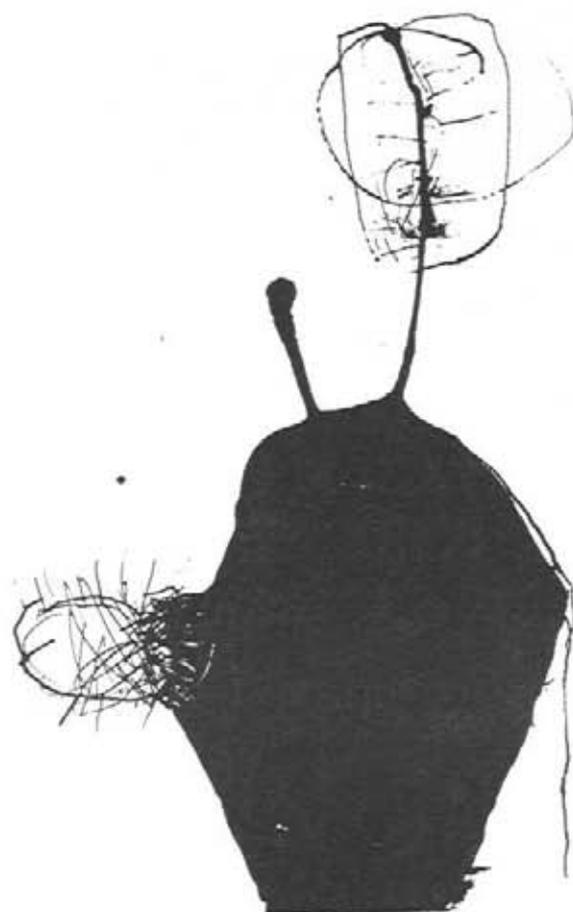
La manía de Troncoso, por su parte, comunica con los extravíos de la voluntad aplicada a la dominación de los hombres y al sometimiento de la vida natural, excesos de la razón política que se desplazan de los gestos del dictador a la rebeldía hueca de un delirio megalómano, en el que (como el Presidente Schreber) apostrofa al sol. Y no es en contra sino sostenido en la fuerza de esa pura voluntad extraviada, más fiera que ser humano, que se convierte en un héroe inespe-

# La distancia justa: una aproximación a la historia del antisemitismo desde la perspectiva freudiana

Jorge Belinsky

Para Daniel Samoilovich

42



## I

¿Puede el psicoanálisis decir algo consistente acerca del antisemitismo, de su historia, de sus causas, de sus consecuencias? Mi respuesta es afirmativa. Y puede decirlo porque el antisemitismo, como proceso, se inscribe en la dimensión de lo imaginario, que es parte constitutiva de toda sociedad y de toda cultura. Desde luego, se trata de un fenómeno complejo que exige abordajes múltiples. Pero, si se omite lo imaginario, la comprensión del fenómeno queda irremediabilmente mutilada, porque esa dimensión remite a lo inconsciente y a la subjetividad. Más

precisamente, a las relaciones entre cultura y subjetividad; es decir, al campo específico del psicoanálisis.

El primer paso de esta exposición, entonces, es definir lo que entendemos por *imaginario*. Comenzaré tomando un fragmento de Hegel, que figura en *Filosofía real*, bajo el título de "Noche de la custodia":

"Esta imagen *le* pertenece [al Espíritu], se halla en su posesión, él es su dueño, se guarda en su *noche*, la imagen es *inconsciente*, es decir: no se destaca como objeto de representación. El hombre es esta noche, esta vacía nada, que en su simplicidad lo encierra todo, una riqueza de representaciones sin cuento, de imágenes que no se

le ocurren actualmente o que no tiene presentes. Lo que aquí existe es la noche, el interior de la naturaleza, *el puro uno mismo*, cerrada noche de fantasmagorías: aquí surge de repente una cabeza ensangrentada, allí otra figura blanca, y se esfuman de nuevo. Esta noche es lo percibido cuando se mira al hombre a los ojos, una noche que se hace *terrible*: a uno le cuelga delante la noche del mundo."<sup>1</sup>

Desde esta perspectiva, lo imaginario puede definirse como el conjunto de representaciones y referencias a través de las cuales una colectividad (una sociedad, una cultura) se percibe, se piensa, incluso se sueña, y obtiene, de este modo, una imagen de sí misma que da cuenta de su coherencia y hace posible su funcionamiento. Esta imagen de sí es, en gran medida y en sus aspectos esenciales, inconsciente; es decir que remite a las relaciones entre cultura y subjetividad en el sentido más arriba mencionado.

## II

Toda cultura, para poder definirse como tal, tiene que plantearse una doble y decisiva cuestión, referente a la identidad y al deseo: ¿Quiénes somos?; ¿qué deseamos?

Estos interrogantes conciernen a lo íntimo de cada cultura; sin embargo, no pueden responderse en el plano de

1. G.W.F.Hegel, *Filosofía real*, traducción de José María Ripalda, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1984, pág. 154.

la intimidad, sino que remiten, a su vez, a otras dos preguntas que introducen —y esto es esencial para el fenómeno que nos ocupa— la cuestión de la alteridad: ¿Qué llegaremos a ser; en qué nos transformaremos?; ¿quién o quiénes nos han hecho así?

Ninguna de estas preguntas, sin embargo, se formula explícitamente. Lo que aparece, en cambio, son respuestas concretas; y aparecen bajo la forma de narraciones y de mitos que alimentan y dan forma a la imagen de sí (inconsciente, en gran medida) que toda cultura tiene. De este modo, esas narraciones y estos mitos, que son en lo esencial mitos acerca del origen, constituyen, desde la perspectiva psicoanalítica, el núcleo central de lo imaginario.

Con lo desarrollado hasta aquí tenemos los puntos mínimos para pensar el antijudaísmo y el antisemitismo como fenómenos específicos en la historia de Occidente. En primer lugar, está claro que el espacio propio de cada cultura, su *intimidad*, se constituye a partir de otras culturas y otras colectividades que la preceden. Esto significa que ese espacio de lo íntimo no es un bien dado, sino que debe conquistarse y construirse a partir de la alteridad en la cual halla su fundamento y a la cual, en mayor o menor medida, habrá de enfrentarse, no sólo en el curso de su constitución, sino también una vez constituido.

La intimidad, por consiguiente, no sólo no es un bien dado, sino que una vez alcanzada debe mantenerse en un cuidadoso equilibrio con la alteridad fundante; es decir que entre alteridad e intimidad debe existir una distancia óptima: ni demasiada proximidad, ni demasiada lejanía.

Además, "alteridad" es un término genérico que, según los casos, asume distintas figuras. Puede expresarse en un régimen plural: los otros; en un régimen singular: el Otro; o, por último, en una forma, igualmente singular pero, al mismo tiempo, indeterminada y neutra: lo Otro.

Estas figuras tienen un desarrollo histórico en lo que a su emergencia concierne y un modo de darse diferente según la cultura o la colectividad considerada. La diversidad de las culturas, de los grupos, de las etnias y

de las colectividades es, por supuesto, inmensa. Pero siguiendo ciertos desarrollos de Freud en *Moisés y la religión monoteísta*, trabajaré sobre cuatro modelos ideales: el judío, el pagano, el cristiano y el germánico que, en la Alemania moderna, alcanzará su forma culminante en el mito ario del nazismo. Y trabajaré partiendo de la hipótesis de que la especificidad de cada uno de esos modelos tiene que ver, sobre todo, con los mecanismos a través de los cuales la cultura en cuestión resuelve o, al menos, intenta resolver "qué hacer" con la alteridad fundante.

En ese sentido, la alteridad puede ser afirmada o negada, pero también puede ser afirmada y negada a la vez. Además, la negación puede asumir dos formas, según lo negado permanezca bajo forma inconsciente o sea totalmente excluido; en el primer caso hablaremos de represión; en el segundo, en cambio, hablaremos de una negación radical.

Aunque los términos empleados —alteridad, intimidad— resulten abstractos, en el fondo se refieren a una realidad que envuelve sentimientos básicos, como el amor, el odio, la idealización y la desvalorización, y que remite, en última instancia, al problema del narcisismo y de la agresividad dentro de las relaciones que las diversas culturas mantienen entre sí alrededor del eje de las diferencias y las semejanzas.

La *economía* del narcisismo y de la agresividad dentro de las relaciones que las diversas culturas mantienen entre sí es central para esta exposición. Cuando las diferencias son demasiado pequeñas nos irritan, cuando son demasiado grandes nos asustan. Así, puesto que el narcisismo es un bien necesario para que una cultura se constituya y, al mismo tiempo, la agresividad es inseparable del narcisismo como rasgo constitutivo de todo individuo y de toda colectividad, las relaciones que las culturas mantienen entre sí depende de un delicado equilibrio que podemos denominar *narcisismo de las diferencias óptimas*.

Cuando el equilibrio se rompe, en un sentido o en otro, porque las diferencias se han hecho demasiado pequeñas o demasiado grandes, apare-

cen el odio y la xenofobia o bien la idealización y el consiguiente sometimiento. Sin embargo, esta configuración general no es suficiente para explicar la historia del antisemitismo. Al menos, a partir de un momento determinado de esa historia: el momento en el cual las diferencias adquirieron matices tales que el equilibrio se rompió definitivamente y se produjo un punto de no retorno.

Digámoslo de otro modo: desde las reacciones antijudías de la antigüedad pagana, en especial del Imperio Romano (siglo II a.C. al siglo IV d.C.), pasando por las persecuciones generalizadas, alrededor de la primera cruzada (1096) y la consolidación definitiva del antijudaísmo con el Edicto de Expulsión de los reinos de Castilla y Aragón en 1492, hasta llegar al antisemitismo feroz de la Alemania nazi y la sombra que la *Shoah* proyecta en nuestros días, una línea de dolor recorre la historia de Occidente.

Pero antes de entrar al análisis pormenorizado de ese proceso, es preciso señalar que para que el antisemitismo llegue a ser lo que fue bajo "el imperio de los mil años", tienen que darse, a mi juicio, tres condiciones básicas:

1) Que haya algo específico en el judaísmo que amenace romper, definitivamente, el equilibrio, por precario que sea, entre lo semejante y lo extranjero (*narcisismo de las diferencias óptimas*) en el modo en que cada cultura se sitúa ante las otras y las capta.

2) Que en el seno del judaísmo surja algo, a la vez semejante y diferente a él, y se le oponga en esos mismos términos (identidad y semejanza), haciendo de aquella amenaza virtual una posibilidad concreta.

3) Que se produzca una interpenetración entre los ámbitos de lo religioso/espiritual y lo profano/carnal.

Y creo que, efectivamente, tales condiciones se cumplen, a lo largo de un proceso, cuya descripción corresponde hacer ahora.

### III

En las religiones paganas, cuyo paradigma será, a efectos de este trabajo,

el de la Roma imperial, hay dioses propios y dioses ajenos, pero no existe, en sentido estricto, la figura del Otro, del Dios único. La multiplicidad de credos, propia de estas religiones, implica la inexistencia de un principio de trascendencia absoluta; principio que sí existe en el judaísmo, primero, y en el cristianismo, después. En lugar de esa trascendencia absoluta, hay teogonías y panteones de divinidades diversas.

Lo anterior no significa que el problema de la alteridad fundante no se plantee para las culturas politeístas, más concretamente, para aquélla que hemos escogido como modelo: la Roma imperial. Sin embargo, ese problema es menos religioso que político o, mejor dicho, es, a la vez, religioso y político, ya que para los romanos la religión era asunto de Estado y el Estado estaba a su vez traspasado de religión.

Ya que entre los romanos la intolerancia religiosa era algo bárbaro, hemos de concluir que aquella "interpenetración" entre Estado y religión funcionaba en el sentido mencionado (moderar la intolerancia religiosa) gracias a que se trataba de un ámbito politeísta. A la inversa, en los ámbitos monoteístas, la intolerancia es tanto mayor cuanto más intensa sea la interpenetración entre Estado y religión.

Por eso, entre los romanos la modalidad dominante, en lo que a la alteridad se refiere, es una modalidad afirmativa: en el origen de la historia de Roma, Virgilio coloca a un extranjero noble, Eneas, que desposa a la hija del rey Latino, Lavinia, y funda lo que será el Imperio romano. La alteridad fundante, en cuanto tal, es afirmada claramente en ese carácter de Eneas: un *extranjero noble* venido de la mítica Troya.

#### IV

Para que haya antijudaísmo tiene que haber, primero, una cultura y una religión judías. Esta verdad de perogrullo apunta a destacar que, para lo imaginario de Occidente, el judaísmo representa el primer monoteísmo y el paradigma mismo de la alteridad en

su forma trascendente y singular: el Otro. La fórmula del monoteísmo, que en la Biblia aparece como "No hay otro Dios que tu Dios", puede expresarse en los términos que estamos utilizando en la siguiente forma: no hay más Otro que el Otro.

Esta sola condición es suficiente para explicar las reacciones antijudías, pero no para dar cuenta del antijudaísmo, que recién surgirá cuando aparezca un nuevo monoteísmo, el cristiano, lo que supone un desdoblamiento (una duplicación) de la figura del Otro con las consecuencias que de allí se derivan bajo la forma de una pregunta ineludible: ¿cuál es el Otro verdadero; cuál es el Otro originario? Éste es el punto de partida del antijudaísmo y es también el punto en el que interviene Freud para postular la imposibilidad de afirmar la existencia de un origen absoluto.

Como se sabe, en Egipto, durante el reinado de Amenothep I (Ikhnatón), se desarrolló una forma plena de religión monoteísta alrededor de la figura del dios solar Atón. El proyecto de Ikhnatón fracasó y, después de su muerte, los sacerdotes egipcios de Amón restauraron las formas politeístas anteriores.

Sin embargo, según el relato freudiano, un miembro de la casa real egipcia, Moisés, decidió llevar adelante el fracasado proyecto de Ikhnatón. Para ello, escogió al pueblo cautivo de Israel al cual impuso ese proyecto, con rasgos más duros, incluso, ya que la figura misma del dios solar desaparece en beneficio de la de un Dios del cual toda forma de representación queda excluida.

Los israelitas, díscolos y rebeldes, terminan por asesinar al *extranjero noble*, Moisés, cuyo liderazgo habían aceptado al principio, y reprimen luego el recuerdo de ese acto. Transcurrido el tiempo, bajo el peso de la culpa y la añoranza, parte de lo reprimido retorna: el pueblo de Israel adopta el severo monoteísmo de Moisés, pero éste, en el interregno, se ha transformado, definitivamente, en judío.

La intención política, mejor aún, teológico-política del texto de Freud era clara: si cada pueblo, para formarse una imagen de sí, ha de interrogar-

se por sus orígenes, debe aceptar que no hay comienzo absoluto, porque siempre existen antecedentes y precursores (que son los otros o el Otro anterior).

En el caso del monoteísmo judío, el antecedente es el *episodio egipcio* representado por el proyecto monoteísta de Ikhnatón. Fracasado ese proyecto en su tierra de origen, es retomado por Moisés para moldear, y en cierto sentido crear, al pueblo judío, con su religión y sus grandes instituciones.

Para que semejante proyecto triunfe, es preciso que su creador, Moisés, sea asesinado, que se reprima el recuerdo de ese asesinato y, por último, que transcurrido un prolongado tiempo de latencia lo reprimido retorne, parcialmente, con fuerza avasalladora, una fuerza capaz de modelar el destino y la historia del "pueblo elegido".

Así queda constituido, desde la perspectiva psicoanalítica, el monoteísmo judío en su forma canónica. Un monoteísmo cuyos rasgos específicos son el surgimiento pleno del Otro como figura de alteridad y el modo en que ese surgimiento se verifica: constitución de la intimidad a partir de una alteridad fundante que es reprimida como tal. Asesinato y represión mediante, el pueblo del Pacto y del Libro transformará esa alteridad constituyente en profunda interioridad; pero no podrá borrar nunca del todo la dolorosa cicatriz de la antinomia originaria: *Moisés, un egipcio*.

La represión, modo específico de constituirse del ámbito judío, es un mecanismo complejo que comporta un aspecto de negación: el borramiento de la consciencia colectiva de aquella antinomia originaria. Pero la represión también supone un aspecto positivo: lo borrado (el Otro anterior) perdura en lo inconsciente y, parcialmente transformado, retorna como Dios único e irrepresentable. Esto supone la emergencia de un espacio radicalmente nuevo, porque se trata de un espacio trascendente, irreductible a cualquier forma de immanencia.

Podemos ahora aventurar una hipótesis: entendido el Otro anterior como alteridad fundante de una intimidad, de un espacio nuevo y singular,

su destino es oscilar entre las dos formas extremas de la alteridad: el Otro y lo Otro. Sin embargo, al principio un mismo término recubre ambas figuras, así como ciertas palabras recubren originariamente sentidos antitéticos que en el curso de la evolución semántica se diferencian. De los muchos ejemplos de este sentido antitético hay uno que resulta particularmente apto para el fenómeno que estamos examinando: se trata del latín "sacer", que significaba, tanto "sagrado" y "santo", como "maldito" y "execrable". Desde esta perspectiva, podemos decir que *ese Otro siempre anterior* recubre el doble sentido de el Otro *sagrado* y lo Otro *execrable*.

Podemos añadir también que todo mito de los orígenes que incluya la figura del Otro y, por tanto, de lo Otro, implica una modalidad negativa: esta modalidad puede ser dominante (judaísmo, cristianismo) o absoluta, punto que examinaremos a propósito del nazismo.

Por último, aunque esto más que una hipótesis sea una mera intuición, digamos que la oposición entre las dos figuras del Otro aparece, para lo imaginario del propio judaísmo, como oposición entre ese Dios inconcebible e irrepresentable y el falso Mesías, el Apóstata.

Y podemos preguntarnos, por inquietante que esta pregunta sea, si acaso al principio esas dos figuras —la del Dios inconcebible y la del Apóstata— no eran partes de una unidad. Esto comporta, sin duda, un aspecto siniestro; sin embargo, si así no fuera, el abismo que, en el curso de una historia más de dos veces milenaria, se abre entre judíos y gentiles sería insalvable.

## V

Si nos situamos en la perspectiva de lo que el judaísmo debió representar para la Roma imperial, lo primero que se nos plantea es la diferencia entre los dioses y el Dios. Para los pueblos que rodeaban *el pueblo*, ese Dios de prohibida imagen y nombre impronunciable debió aparecer, al mismo tiempo, como fuente de peligro y como

fuerza de poder; como algo en lo que se confundían el Otro y lo Otro.

Frente a las religiones paganas, el Dios de los judíos aparece como fuente de poder: para quien lo acepte, puede ser garantía de unidad y trascendencia. Pero aparece también como fuente de peligro: porque la mera presunción de su existencia supone la anulación de la diversidad, tal como la afirma, por ejemplo, la Roma imperial en su modo de narrar el mito de sus orígenes y la historia de su constitución como Imperio.

A la vez fascinante y repelente, ese Dios invisible de los judíos pone en crisis el equilibrio representado por el

enfrentamiento a él. Tal fue el caso del cristianismo, nacido de una "religión madre", a la que no podía negar por medio de la represión (como había hecho el judaísmo con el monoteísmo egipcio), pero tampoco aceptar en términos de una filiación plena, pues esto supondría la intolerable existencia de una doble alteridad, de un Otro del Otro.

Si aceptamos que aquel desdoblamiento entre el Otro y lo Otro *ya era parte* de lo imaginario del judaísmo y del modo como éste se presentaba ante lo imaginario de las culturas paganas, entonces, para entender su cristalización, su paso de lo virtual a lo real,



*narcisismo de las diferencias óptimas*. Sagrado y execrable al mismo tiempo, se ubica sobre un eje, todavía virtual, que hallará su realización (su concretización) en la alianza entre el cristianismo y el Imperio. Pero ese eje no es sino el despliegue de una dualidad —el Otro/lo Otro— *ya presente*, desde el principio, en el surgimiento del monoteísmo judío.

Corresponde ahora considerar la emergencia del cristianismo y sus características. Hasta aquel momento, la diferencia radical a la que nos hemos referido entre los otros y el Otro (entre los dioses y el Dios), había provocado reacciones antijudías, pero no aún antijudaísmo en sentido estricto.

Para que ocurriera esto, era necesario, como dijimos, que un nuevo monoteísmo surgiera del anterior y se

tenemos que examinar, recurrentemente, lo que el surgimiento del cristianismo y su ulterior evolución representó para cada uno de los actores del drama que iba a desarrollarse.

El cristianismo comenzó por ser una secta más dentro de las diferentes sectas judías. En algún momento, podemos suponer, esa secta se planteó la posibilidad de ser una nueva religión consagrada por la llegada del Mesías. Naturalmente, semejante posibilidad hubo de despertar en lo imaginario del judaísmo un intensa sensación de peligro, porque representaba un retorno de lo reprimido en torno de la figura de Moisés: su origen egipcio, su acto fundacional y, sobre todo, su ulterior asesinato. Al mismo tiempo, el cristianismo naciente debió ejercer una gran fascinación en el viejo judaísmo,

ya que suponía el cumplimiento de múltiples profecías bíblicas en relación con el Mesías.

Que el cristianismo se planteara la posibilidad de ser una nueva religión no era una cuestión baladí, ya que afectaba, de manera neurálgica, al judaísmo, al paganismo y al propio escenario del cristianismo naciente.

Para los judíos la figura de Cristo representaba un retorno parcial de lo reprimido: Cristo no era Moisés, pero bien podía ser su sucesor y su sustituto. Ante este doble inquietante el judaísmo reaccionó afirmando, por una parte, la represión a través de la repetición. La muerte de Cristo fue una reiteración del crimen que ya estaba en la raíz de la antinomia originaria, la que oponía el Moisés egipcio al Moisés judío.

46 Pero esa repetición también suponía una diferencia: mientras el judaísmo había nacido de un extranjero, Cristo se presentaba, a los ojos de los judíos, como alguien nacido de su propio seno que pretendía ser el verdadero fundador *après-coup*. El pueblo judío se negó a aceptar esa pretensión, ya que hacerlo significaba renunciar a la represión que garantizaba su intimidad. Para los judíos, Cristo no fue el Mesías verdadero, sino un falso Mesías, y en último extremo un Apóstata.

Para el paganismo, el surgimiento de un nuevo monoteísmo planteaba el problema de cómo asimilar semejante hecho e incorporar esas dos figuras del Otro: el Dios de los judíos y el Dios de los cristianos; figuras que, durante cierto tiempo, compitieron en el seno del imperio. Podemos conjeturar que frente a la debilidad del panteón pagano, con sus múltiples dioses, la existencia de un espacio trascendente, representado por los dos monoteísmos, adquirió una importancia creciente como posible factor de cohesión. Finalmente, como se sabe, el cristianismo triunfó en la pugna; pero el judaísmo perduró y en esa perduración se transformó, definitivamente, en lo Otro.

Por último, para los cristianos la cuestión fundamental debió ser qué posición a adoptar frente a aquello de lo que habían nacido, el viejo judaísmo. Como *religión del Hijo*, el cristianismo se enfrentó a la *religión del Pa-*

*dre*. El problema era definir la espinosa cuestión de quién era el verdadero Otro, El Otro del origen. Ya que se trataba de un nuevo monoteísmo y no de una religión politeísta, la afirmación plena del judaísmo como "religión madre" resultaba imposible, pues suponía aceptar la dualidad representada por la existencia de un Otro del Otro. Pero tampoco era posible una negación radical, porque Cristo había nacido, efectivamente, en el seno del judaísmo y no podía renunciar, en consecuencia, a ese acta de nacimiento.

El "genio del cristianismo" resolvió este nudo gordiano apelando a un mecanismo complejo de escisión, esto es, a una negación y a una afirmación simultáneas. Específica del cristianismo en su modo de concebir sus orígenes (su mito fundacional), esta escisión inaugural afecta, de hecho, toda la historia de Occidente, tributaria de las relaciones entre los dos monoteísmos, por un lado, y de las relaciones entre cristianismo e Imperio, por otro.

El cristianismo es una religión ecuménica y, por consiguiente, sus márgenes, en relación con las otras religiones o los otros credos, son básicamente fluctuantes. La existencia de márgenes de este tipo implica, siempre e inevitablemente, un cierto grado de contaminación. Esto no supone peligro alguno en relación con las diferentes religiones politeístas, ya que el cristianismo se revela siempre más fuerte que ellas; el verdadero peligro está en el enfrentamiento con el judaísmo, ese Otro anterior cuya sola existencia pone en crisis la supuesta singularidad del monoteísmo cristiano.

Ese peligro nace con la constitución misma de la intimidad cristiana a partir del judaísmo como alteridad fundante. El tipo de mecanismo escogido por el cristianismo, la escisión, nunca terminará de resolver el problema que lo enfrenta con sus orígenes porque, por más que endurezca su límite en relación con el judaísmo y los judíos, ese límite resulta transitable, dada la naturaleza ecuménica del cristianismo, a través de la conversión. Si, por el contrario, el judío es encerrado dentro de sus "propios límites", es decir, en el ghetto, su *Otredad* no hace sino crecer entre los muros que lo confinan.

El cristianismo, como dijimos, apeló a un mecanismo de escisión. Precisamos ahora: escisión entre el Otro (el pueblo judío como *testigo sagrado* del advenimiento de Cristo) y lo Otro (el pueblo judío como *execrable negador* de la condición mesiánica de Cristo y responsable de su muerte).

Sobre el terreno ya abonado del paganismo, se produce el deslizamiento, en lo que al judaísmo concierne, de lo sagrado a lo execrable, del Otro a lo Otro con la consiguiente crisis del *narcisismo de las diferencias óptimas*. Esa crisis alcanza su punto culminante entre los siglos VIII y XII. Durante esa fase, frente al peligro representado por el judaísmo, funciona el doble mecanismo de la exclusión (ghetto) y de la inclusión (conversión).

Sin embargo, el peligro persiste: el judío sigue siendo, a la vez, un *cuerpo extraño* y un *cuerpo necesario*. Por esa doble condición, el judío se transforma en algo inasimilable, fuente de contaminación, sin dejar de ser, igualmente, sede de poderes tremendos y ocultos. De ahí las leyendas que rodean la imagen del judío en el mundo medieval (y no sólo en ese mundo): Diablo, Anticristo, demonio y vampiro. El judío, en suma, es como *la noche* de la que habla Hegel y como *lo que habita esa noche*: "aquí surge de repente una cabeza ensangrentada, allí otra figura blanca, y se esfuman de nuevo".

Las medidas para controlar ese peligro resultan cada vez más insuficientes, ya que, como lo demuestra la Historia, nunca es posible expulsar al judío del todo, ni encerrarlo sin posibilidad de que trascienda los muros de ese encierro. El caso más ilustrativo y más dramático es el de la España de los siglos XIV y XV. Para esa España, el judío, excluido, encerrado, incluso expulsado, funciona, a todos los efectos, como una suerte de fetiche/testigo que obsede lo imaginario del reino cristiano; sólo queda, en apariencia, el camino de la conversión. Pero entonces, el converso, lejos de aplacar aquella obsesión, se transforma de perseguidor externo en perseguidor interno, verdadero *fetiche internalizado* que resulta infinitamente más temible que el fetiche/testigo exterior.

Prueba de lo anterior es que la oposición judíos/cristianos, lejos de resolverse con la conversión masiva sumada a la expulsión total de los judíos de los reinos de Castilla y de Aragón en 1492 y después de la España entera, se reproduce en el seno mismo del cristianismo. Y esto, como veremos en seguida, resulta, por sus características singulares, una prefiguración de lo que ocurrirá después en la Alemania moderna.

Así, la oposición entre cristianos y judíos es reemplazada por otra, interior al cristianismo: la oposición entre cristianos viejos y nuevos, estudiada en los clásicos trabajos de Antonio Domínguez Ortiz y de Albert Sicroff acerca de la cuestión de los estatutos de pureza de sangre.

Que se trate de pureza de sangre y no de fidelidad a un credo, significa que, en la transformación de una oposición en otra, un pasaje decisivo se ha operado: las diferencias de religiones, convicciones y creencias, que corresponden al ámbito de lo espiritual, se han transformado, definitivamente, en diferencias que conciernen a la sangre y, por tanto, a la "raza", diferencias, en suma, que se juegan en el ámbito de lo carnal:

"La existencia de los conversos, más aún que la de los propios judíos, envenenó la vida española durante siglos [...] La consecuencia más trascendental de la existencia de un grupo converso fue la determinación, por parte de los *cristianos viejos*, de implantar una segregación que, aunque de base religiosa y fundada en la sospecha de que no todos los conversos eran sinceros, no tardó en teñirse de tintes raciales [...] Surge así, con caracteres obsesionantes, la cuestión de la *limpieza de sangre* [...] La limpieza de sangre no consistía en tener una ascendencia noble. Limpieza y nobleza eran conceptos muy distintos. La sangre limpia se concedía a quienes tenían antepasados cristianos; quienes tuvieran un antepasado judío o musulmán, por lejano que fuese, quedaban motejados de conversos, confesos, marranos o cristianos nuevos, nombres todos que se aplicaban a los que tenían *sangre infecta*. Ningún estigma social era más terrible que éste."<sup>2</sup>

Con el pasaje de lo espiritual a lo corporal, se ha cumplido la tercera y

última condición para que aparezca el antisemitismo en su forma moderna. Porque las diferencias que conciernen al ámbito de lo corporal son muchísimo más tajantes que las que atañen al ámbito de lo espiritual: ¿qué conversión puede purificar lo que es irreduciblemente impuro porque es parte misma de la carne? Y esas diferencias se vuelven aún más fuertes si los respectivos ámbitos cesan de tener fronteras nítidas y precisas y, en el límite, se *interpenetran*.<sup>3</sup>

## VI

El camino que conduce al antisemitismo en sus formas extremas es largo, y a menudo sinuoso: abarca el proceso de emancipación de los judíos en Europa durante los siglos XVIII y XIX, con la consiguiente salida del ghetto y la restitución plena de los derechos civiles. Paradójicamente, ese proceso de asimilación es paralelo al crecimiento del antisemitismo en sentido estricto, a través de diferentes escenarios y según las diversidades culturales reflejadas en los respectivos imaginarios: el nazismo se revela como una compleja e intrigante fusión de esas corrientes paralelas.

Pero cabe establecer una matización: los tres ámbitos considerados hasta aquí —judaísmo, paganismo y cristianismo— aceptan la existencia de una alteridad fundante, cualesquiera sean los mecanismos que adopten frente a ésta y los peligros que ella represente. En este sentido, puede decirse que la articulación entre alteridad e intimidad asegura la eficacia de lo simbólico en su relación con lo imaginario.

Desde esta perspectiva, en la Alemania moderna se produce la ruptura de esa articulación y la alteridad se hace una con la intimidad. Un proceso de semejantes características supone también la ruptura del orden de las filiaciones, cuya consecuencia sería una especie de "derivación de sí mismo": en ausencia de toda forma de alteridad fundante, sólo yo puedo ser mi propio fundamento (y por extensión el fundamento de todos). Esto no quiere decir que los resortes históri-

cos, económicos y políticos del proceso nazi confluyan en aquella ruptura o se subordinen a ella; pero en el espacio estricto de la perspectiva psicoanalítica, cabe especular sobre sus características y sus consecuencias.

Puede decirse que en este nuevo ámbito, frente a la alteridad fundante se da la negación radical: no hay, ni hubo nunca, Otro anterior. La fórmula, entonces, se enuncia como sigue: "nosotros somos nuestro propio fundamento y el fundamento de todo". Tal sería, en apretado resumen, el modo de funcionamiento de esa negación radical de la alteridad fundante. Al mismo tiempo, *ese no hubo nunca* choca con lo que el judaísmo y los judíos representaban para lo imaginario de la Alemania nazi.<sup>4</sup>

En términos lacanianos, lo negado radicalmente en la dimensión simbólica —la cuestión del Otro— reaparece como fusión de lo imaginario y lo real. Esto plantea el problema de la relación del nazismo con los otros ámbitos antes señalados. Podríamos decir que con el cristianismo y el paganismo se mantiene una relación de contigüidad y que esos ámbitos, en tal sentido, quedan subordinados al del nazismo. En cambio, con el judaísmo se daría una relación de especularidad y antagonismo extremos, donde lo dominante es el vínculo entre narcisismo y agresividad.

Elías Canetti, nada sospechoso de simpatizar con el enfoque psicoanalítico, veía en las *Memorias* del Presidente Schreber una forma del futuro discurso nacionalsocialista:

"En varios aspectos Schreber por cierto se adelanta a su siglo. Por el momento no era imaginable una ocupa-

2. Antonio Domínguez Castro, *Los judeoconversos en España y América*, Madrid, Ediciones Istmo, 1988, págs. 13 y 77; las cursivas son del autor.

3. Esta interpenetración se ve en los múltiples discursos (plásticos incluso) de la Alemania del III Reich.

4. Para un imaginario de estas características, los peligros no provienen de nada que se dé en el exterior, y menos aún de posibles contradicciones internas. El único peligro provendría de la ausencia misma de límites y, paradójicamente, de la posibilidad de que exista algo más allá de esa ausencia: algo absolutamente diferente, es decir, inasimilable.

ción de planetas habitados. Ningún pueblo elegido se ha visto perjudicado aún en la empresa. Pero a los católicos, los judíos, los esclavos, él ya los percibía de la misma manera *personal* que el posterior paladín —no designado por él—, como *masas* hostiles, y los odió por su mera existencia. Una urgente tendencia de aumentar les era innata en cuanto masas. Nadie ve mejor las propiedades de la masa que el paranoico o el poderoso, palabras que —como ahora quizá ya se admitirá— son equivalentes. Porque él, para designar a ambos con un único pronombre, sólo se ocupa de las masas que quiere enemistar o dominar, y éstas tienen en todas partes, la misma simple faz.”<sup>5</sup>

48

Para quienes en plena modernidad siguieron alimentando la ilusión de ser su propio fundamento y el fundamento de todo,<sup>6</sup> la imagen de Israel tenía que ejercer una fascinación casi hipnótica: un Dios que elige a un pueblo y un Pueblo que se elige a sí mismo son ideas que están, a la vez, próximas y distantes. Esa fascinación, conforme a la lógica del auto engendramiento (parte importante de los procesos paranoicos), desemboca en su contrario extremo: el rechazo total. La idea de admirar a los judíos se vuelve intolerable.

No sería aventurado entonces recurrir a las figuras del “álgebra” que Freud puso al descubierto en las *Memorias* del Presidente Schreber para dar cuenta de algunos de los mecanismos que gobernaron la “lógica” de la Alemania nazi. Esas figuras, que la

paranoia presenta con tanta nitidez, nacen del terror que produce la fraternidad. No soportamos amar y admirar al otro que querríamos ser y que no somos: al extranjero/semillante. Lo convertimos entonces en *lo Otro*, en lo excluido desde siempre y para siempre: tal fue el caso del judío en la Alemania nazi; pero también fue el de la mujer. A este respecto, *Sexo y carácter* (1904), de Otto Weininger, sigue siendo el texto más revelador de la raíz común de esos dos odios.

El intento de exorcizar, de negar radicalmente esa admiración y ese amor, llevan al delirio de persecución: *no lo amo, lo odio; y lo odio porque él me odia y me persigue*. En el caso de la Alemania nazi, la proyección, a escala colectiva, completaría el cuadro: *ellos nos odian y quieren destruirnos, por eso nosotros los odiamos y los destruiremos*.

## VII

En la segunda de las *Elegías del Duino*, escribe Rilke:

Si encontráramos también nosotros  
algo humano [...],  
una franja nuestra de tierra fértil entre  
el torrente y la roca.

Lo que tuvo lugar en la Alemania nazi, lo que se plasmó en los discursos e imágenes que condujeron a los hechos, podría leerse como una inversión perversa de ese poema: no hay tierra fértil que resista nuestro pa-

so, nosotros somos la roca y el torrente.

La fusión entre alteridad e intimidad anula la “franja” de lo humano. De ahí la vigencia de la posición freudiana, que consiste en la búsqueda obstinada de esa franja. Freud nunca fue partidario de grandes efusiones o de sentimientos exaltados; por el contrario, abogó por una discreta fraternidad fundada en la tolerancia y el respeto, no en el amor. Por eso *su Moisés* puede escucharse, también, como una variante del poema de Rilke: cada pueblo debe ser tierra fértil donde afluyan los torrentes de los otros, para partir de allí transformados en palabras; palabras duras como rocas que digan, cuantas veces sea necesario, “el extranjero es siempre *un semejante*”, pero también, del mismo modo, “el semejante es siempre *un extranjero*”. Las manos que se estrechan son la distancia justa.

5. Elías Canetti, *Masa y poder*, Barcelona, Muchnik Editores, 1971; las cursivas son del autor.

6. Como señala León Poliakov (*Le mythe aryen*, París, Calman Lévy, 1971), la historia de los pueblos europeos comienza, por regla general, con la descripción de los otros que poblaban su suelo y formaron parte de sus orígenes; pero la historia de los alemanes comienza con una “onda expansiva”: relatando cómo ellos estuvieron en el suelo y el origen de los otros y cómo, por fin, están en el origen de sí mismos.



## papeles de Montevideo

Publicación independiente,  
cuatrimestral, que tiene como objetivos  
difundir asuntos de crítica literaria y  
cultural que estimulen la reflexión y el  
debate teórico.  
Director: Carlos Liscano  
Editor: Pablo Harari  
Consejo Asesor: Hugo Achugar, Mabel  
Morán, Pablo Rocca, Hugo Verani

Nº 2 - Octubre 1997

Aproximaciones a la narrativa  
uruguaya posterior a 1985

TRILCE

Ediciones Trilce, Casilla de Correos 12203, 11300 Montevideo, Uruguay  
tel. y fax: (5982) 402.77.22, 402.76.62 email: trilce@adinet.com.uy

## ESTUDIOS SOCIALES

Revista Universitaria Semestral

Consejo de Redacción: Darío Macor (Director),  
Ricardo Falcón, Eduardo Hourcade, Enrique  
Mases, Ofelia Pianetto, Hugo Quiroga

Nº 13 - Segundo semestre 1997

Escriben: Palermo • Cheresky • Colon González •  
Wortman • Ospital • Piazzesi • Chartier  
Entrevistas a Barros y Portantiero

ESTUDIOS SOCIALES, Universidad Nacional del Litoral, 9 de julio 3563,  
Santa Fe, Argentina; telefax directo: (042) 571194  
DIRIGIR CORRESPONDENCIA A: Casilla de Correo 353, Santa Fe, Argentina

# PUNTO DE VISTA

Si usted no tiene todos los números atrasados de *Punto de Vista*, ahora puede obtenerlos:

- En la Librería Gandhi, en Corrientes entre Montevideo y Paraná.
- En la Librería Prometeo, en Corrientes entre Riobamba y Ayacucho.
- En nuestras oficinas: Llámenos por teléfono al 381-7229 y encargue los números que necesita. O escribanos a: Casilla de correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires.



**Punto de Vista**  
incluye los sumarios  
de sus ediciones  
en la base de datos **Latbook**  
(libros y revistas). Disponible en  
Internet en la siguiente dirección:  
<http://www.latbook.com>



## NUEVA SOCIEDAD

Director: Heidulf Schmidt  
Jefe de Redacción: S. Chejfec

Página digital: [www.nuevasoc.org.ve](http://www.nuevasoc.org.ve)

SUSCRIPCIONES (Incluido flete aéreo)	ANUAL (6 núms.)	BIENAL (12 núms.)
América Latina	US\$ 50	US\$ 85
Resto del mundo	US\$ 80	US\$ 145

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones. Dirección: Apartado 61.712- Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Telfs.: 267.31.89/265.99.75/265.53.21/266.16.48/265.18.49. Fax: 267.33.97; Correo E.: <nuso@nuevasoc.org.ve> <megonzal@nuevasoc.org.ve>

## DIARIO DE POESÍA

Nº 44 / Verano de 1997

Ensayo de Henri Michaux  
Reportaje a Luis Tedesco  
Dossier: nueva poesía cubana

**SUSCRIPCIONES: (4 números, 1 año)  
US\$ 40**

CHEQUES A LA ORDEN DE DANIEL SAMOILOVICH  
Bartolomé Mitre 2094, 1º (1039) Buenos Aires



Editores: Ivan Almeida & Cristina Parodi.

Consejo Internacional de Redacción: Jaime Alazraki, Daniel Balderston, Lisa Block de Behar, Umberto Eco, Sigrún Eiríksdóttir, Noé Jitrik, Djelal Kadir, Wladimir Kryszynsky, Michel Lafon, Pino Paoloni, Roberto Paoli, Piero Ricci, Hans-G. Ruprecht, Beatriz Sarlo, Sadi Somnowski, Peter Standish.

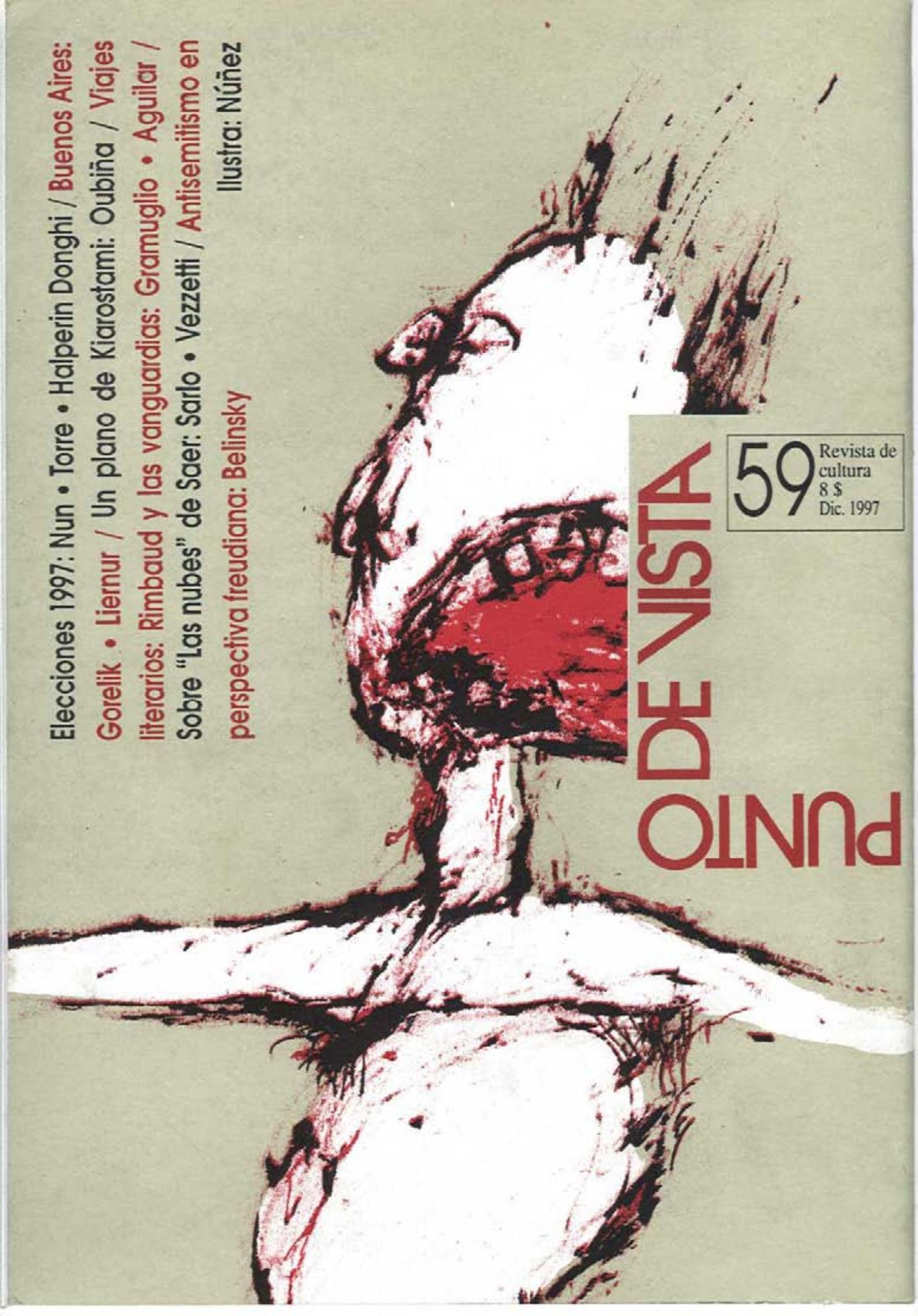
Administración:

Borges Center • Aarhus Universitet • Romansk Institut • Niels Juelsgade 84  
8200 Aarhus N • Dinamarca • Telephone: 45/86 16 39 72 • Fax: 45/86 16 38 61  
e-mail: romivan@hum.aau.dk

Internet: <http://www.hum.aau.dk/Institut/rom/borges/borges.htm>

Elecciones 1997: Nun • Torre • Halperin Donghi / Buenos Aires:  
Gorelik • Liernur / Un plano de Kiarostami: Oubiña / Viajes  
literarios: Rimbaud y las vanguardias: Gramuglio • Aguilar /  
Sobre "Las nubes" de Saer: Sarlo • Vezetti / Antisemitismo en  
perspectiva freudiana: Belinsky

Ilustra: Núñez



PUNTO  
DE VISTA

59

Revista de  
cultura  
8 \$  
Dic. 1997